

María C. García



**LAZOS DE
HIELO (I)**

D.J.57

LAZOS DE HIELO (1ª PARTE)

María C. García

1ª Edición: Octubre 2019

Texto © María C. García 2019

Todos los derechos reservados

La presente novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier posible semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

A Óscar, por seguir aquí.

LAZOS DE HIELO (I)

PRÓLOGO

Aquella mañana se levantó sabiendo que todo estaba decidido. No podía pensar, no quería recordar la forma en que su vida se había destruido sin remedio hacía pocos meses. Ya no le quedaba nada, nada por lo que vivir, y eso sólo podía significar una cosa: su mundo se había derrumbado, e iba a vengarse de lo que le habían hecho. Aquella guerra absurda ya había durado demasiado, e iba a terminarla a lo grande. No había nadie más que pudiera ajustar cuentas por lo que había ocurrido, así que no tenía otra salida. Habían cometido un error. Se habían metido con la persona equivocada, e iban a averiguarlo en poco tiempo. Antes de darse cuenta de lo que ocurría, se puso en pie y caminó hacia la ventana. Allí, pudo confirmar que el mundo continuaba con su normalidad habitual, ajeno a su dolor. El sol volvía a aparecer en el horizonte, los niños seguían corriendo por la calle, molestos por tener que ir al colegio y los hombres y mujeres continuaban con sus vidas absurdas y monótonas, sin tener idea de lo injusto que el mundo podía llegar a ser. Cerró los ojos, y caminó de nuevo hacia su habitación, donde la soledad recibió a su débil alma herida una vez más, tal como lo había hecho a cada instante de las últimas semanas. Alargó el brazo y se decidió al fin a coger un AK47 que había junto al resto del arsenal que había reunido para su última hazaña. Movi6 el cerrojo del arma y disfrut6 con el sonido que 6ste le regal6, demostrando que estaba preparado para la acci6n. Respir6 hondo y acarici6 el metal con cuidado mientras una t6trica sonrisa se dibujaba en sus labios. Disfrut6 de aquel gesto antes de que desapareciera un instante despu6s, y finalmente la seriedad volvi6 a su rostro. Sus ojos se fijaron en la pared que haba frente a su mirada y se puso en pie con el arma en sus manos. Había llegado el momento. Pronto todos iban a saber de su poder, sobre todo los culpables de su desgracia. En ese momento, el universo volvería al fin a la normalidad, y podría volver a disfrutar de la vida... pero sólo después de haber destruido la de quienes habían acabado con su suerte. Sólo era cuesti6n de tiempo.

CAPÍTULO 1

Nadia levantó la mirada y observó su reflejo en el espejo una vez más. Su cabello cobrizo se veía inadecuado para la ocasión, dado que, de nuevo, se había quedado demasiado alborotado por más que ella había tratado de evitarlo. Su piel pálida tampoco ayudaba, y sus grandes ojos azules parecían inexpresivos, algo muy extraño, teniendo en cuenta lo intimidada que se sentía. Aquel era un día importante. Al fin, había conseguido que Alessandro Bassetti, el dueño de una de las compañías más grandes de Madrid, le concediera una entrevista para ser su secretaria, y todo debía salir perfecto. Sin embargo, su cabello no parecía estar de acuerdo con ella, y había decidido que iba a ponérselo difícil de nuevo. Tenía que haber ido a la peluquería, estaba claro. Miró a su alrededor y observó su apartamento. Acababa de terminar la Universidad y, por mucho que le encantara vivir sola, necesitaba un trabajo. Sus padres la habían dado el dinero suficiente para los primeros meses, pero si quería comportarse como una adulta de verdad, tenía que empezar a valerse por sí misma, y lo primero era conseguir un buen empleo para poder independizarse y devolver a su familia el dinero que le habían prestado. Trabajar en una compañía como Bassetti Inc. sería una buena forma de conseguirlo, aunque por desgracia no tuviera demasiadas esperanzas. Al fin y al cabo, era su primer trabajo después de sus estudios, era su primera entrevista, y la empresa era grandiosa, así que dudaba mucho de que todo fuera a resultarle tan fácil. Lentamente, caminó hacia la puerta de salida, a la que llegó antes de lo esperado debido al pequeño tamaño de su apartamento, y se miró una vez más en el pequeño espejo de la entrada. Trató de alisarse el cabello de nuevo y, frustrada al no conseguir su objetivo, soltó un resoplido antes de coger el picaporte para marcharse al fin. Mientras caminaba concentrada en que de ninguna forma podía llegar tarde, su móvil sonó dentro del bolso. Ni siquiera necesitó mirar la pantalla para saber quién era.

—Hola, mamá —Dijo sin pensar mientras trataba de mantener la cabeza fría.

—Hola, hija ¿Ya estás de camino?

Nadia dejó escapar un pequeño suspiro, tratando de controlarse. No podía negar que adoraba a su madre, pero la forma en que siempre la había controlado a veces la sacaba de quicio, sobre todo cuando estaba tan nerviosa como aquel día.

—Sí, claro que estoy de camino. Si no, llegaría tarde... —Contestó con toda la paciencia que fue capaz de reunir.

—Bien, me alegro —Su madre se quedó un momento en silencio, y ella casi pudo sentir su sonrisa a través de la línea telefónica—. Espero que estés tranquila. Estoy segura de que vas a conseguirlo...

—Eso espero... —Nadia sabía que se había preparado a fondo, pero a la vez estaba convencida de que no iba a resultar tan sencillo conseguir un trabajo como aquel. Al fin y al cabo, ella no tenía experiencia y la empresa a la que optaba era famosa... Estaba segura de que habría una fila de muchachas igual de preparadas que ella, o incluso más, esperando para conseguir un puesto como aquel. Era, sin duda, un lugar maravilloso donde empezar la carrera laboral para cualquiera.

—No... No hagas eso. No es el momento de mostrarte derrotista ahora, Nadia. Sabes de sobra que, si quieres conseguir algo, debes estar decidida a ello ¿Recuerdas?

—Sí... —Nadia asintió, sabiendo que su madre tenía razón, aunque fuera difícil obedecer sus órdenes—. Es verdad, mamá. No te preocupes, cambiaré mi actitud, te lo prometo.

—Bien... Así me gusta, mi niña —Escuchó de fondo la voz de su padre y no pudo evitar sonreír —Tu padre te manda buena suerte, pero yo no porque sé que no la necesitas. Eres la mejor y vas a conseguir el puesto. No lo dudes ni un momento.

Aún con la sonrisa en los labios, Nadia negó con la cabeza. Aún no podía creerse que su madre tuviera tanta confianza en ella. Era cierto que sus notas habían sido inmejorables desde que era pequeña, y siempre se había implicado a fondo en sus responsabilidades, pero no era imbatible, por supuesto, y en aquel caso no tenía puestas demasiadas esperanzas, por mucho que en general soliese confiar en sí misma sin problemas.

—Bien, así lo haré, mamá, pero ahora tengo que dejarte. Te llamaré luego.

En ese momento, colgó el teléfono y se quedó mirando frente a ella. Un gran edificio que llegaba tan alto que incluso se perdía entre las nubes del cielo, plagado de ventanas acristaladas con reflejos se abrió paso ante ella, empezando a hacer tambalear su ansiada confianza. Aquel lugar era tan perfecto, tan elegante y atrayente, que no pudo negar que, en aquel momento, de verdad necesitaba conseguir el puesto, por difícil que fuera. Estaba claro que tendría que emplearse a fondo, pero estaba decidida a ello. Respiró hondo y dejó que las palabras de su madre resonaran en su mente antes de empezar a caminar con la cabeza alta y la espalda recta. No sabía cómo, pero iba a conseguir aquel puesto de secretaria por complicado que fuera. Iba a confiar en ella e iba a cumplir sus objetivos aquel día, tal como le había prometido a su madre, y a sí misma.

CAPÍTULO 2

Nadia subió en el ascensor aquella mañana sintiéndose mucho más confiada de lo que esperaba. Había esperado que en aquel momento las piernas le temblaran, sobre todo cuando vio cómo la recepcionista la miraba de arriba a abajo antes de esbozar una pequeña sonrisa burlona. Por un instante, pensó que aquel extraño gesto significaba que no creía que estuviera a la altura de aquel lugar, pero no tardó en percatarse de que, en realidad, estaba proyectando sus propias inseguridades en aquella mujer que no la conocía en absoluto. Además, su mirada era amable y sus ojos despiertos parecían apacibles. Se había puesto un traje de falda y chaqueta azul oscuro con una camisa azul eléctrico, lo que la había parecido más que adecuado para el lugar al que se dirigía, aunque viendo la elegancia del edificio en el que se encontraba empezó a pensar que quizá deberían haber sido de marca, y en eso tenía ocupada su mente cuando el ascensor alertó de que había llegado a su destino y las puertas se abrieron frente a ella. Dio unos cuantos pasos y, de repente, su mente se quedó en blanco. Allí, frente a ella, había un hombre no mucho mayor de treinta años rebuscando en la mesa que había frente al despacho al que se dirigía. Su pelo era castaño y sus ojos azules brillaron cuando levantó la mirada para observarla antes de fruncir el ceño. Por un instante, se quedó boquiabierto admirando lo atractivo que era, hasta que al fin le escuchó hablar.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Su voz era tan sexi que apenas podía creerse que se estuviera dirigiendo a ella. No parecía un asistente, sino más bien un modelo, lo que la dejó desconcertada. Sin embargo, no tardó en tomar conciencia de donde estaba una vez más, así que se acercó a él mostrando una seguridad que en aquellos momentos parecía que se la escapaba y tendió su mano para saludarlo con cortesía.

—Sí... Buenos días. Tengo una entrevista con el señor Alessandro Bassetti por un puesto de secretaria...

El hombre asintió con la cabeza con naturalidad, y se puso en pie suavizando el gesto, a pesar de que no llegó a sonreír como esperaba. Eso la confundió bastante. Quizá en aquella empresa tan exitosa no necesitaban que los asistentes fueran agradables, aunque ella siempre había pensado que era algo muy valorado en ese tipo de puestos.

—La señorita López, entiendo —Comentó estrechando su mano con

seguridad.

—Exacto.

—Bien, perfecto. La estaba esperando. Pase, por favor.

Ambos entraron en el despacho y Nadia tomó asiento, esperando que el señor Bassetti no tardara en llegar. Sin embargo, su sorpresa fue total cuando el hombre al que acababa de saludar se sentó frente a ella ¿Acaso no iba a ser su futuro jefe quien iba a entrevistarla o, al menos, estar presente en la sala? Porque, de ser así, aquella falta de decoro no auguraba nada bueno. Cuando ambos se acomodaron, el hombre la miró con detenimiento, concentrándose en su pelo cobrizo. Estaba claro que su peinado revuelto no era el más adecuado para la ocasión, y él también se había percatado de ello, por desgracia.

—Bien... Empecemos —El hombre la miró como si la estuviera estudiando sin cesar, y ella se sintió intimidada de repente. Las preguntas empezaron siendo inofensivas, hasta que empezaron a ser un poco más invasivas, pero ella se defendió bastante bien. Se había preparado a conciencia para la ocasión, y eso la ayudó bastante a conseguir que aquella primera entrevista no acabara siendo un desastre. Poco a poco, las preguntas empezaron a ser un poco más complicadas, pero ella no perdió los nervios. El hombre que la estaba entrevistando era mucho más atractivo de lo que jamás hubiera imaginado, pero al menos no era su futuro jefe. Estaba segura de que eso hubiera sido una presión mucho mayor, y aquel detalle la ayudó a relajarse un poco —¿Y qué le hace pensar que usted sería apta para este trabajo? Porque tengo muchísima gente interesada en el puesto...

—No lo dudo, señor —Admitió ella sin dudar —Y entiendo que al carecer de experiencia pudiera dar la impresión de no ser la más adecuada, pero estoy segura de que no es así. Mi carrera me ha preparado para llevar los casos más complejos, y soy implacable en todos los aspectos. Mi organización es sublime y, además, siempre he deseado trabajar en una gran empresa como esta. Ese es mi gran sueño, así que, si me contrata, no se arrepentirá, estoy convencida de ello.

El hombre la miró un instante mientras se acariciaba el mentón y un amago de sonrisa cruzó por sus labios, aunque no llegó a materializarse del todo en ningún momento.

—Comprendo —Murmuró pensativo —La verdad es que me corre un poco de prisa... Mi secretaria ha sido ascendida y, tal como ha podido comprobar cuando ha llegado, necesito un asistente cuanto antes. Así que necesitaría disponibilidad inmediata...

Nadia escuchó aquellas palabras y lo miró boquiabierta. Entonces, ¿aquel hombre era Alessandro Bassetti? ¿Era él quien iba a ser su jefe? Su mirada implacable y su traje impecable deberían habérselo comunicado, pero por algún

motivo estaba tan nerviosa y distraída que no había sido así. No comprendía cómo no se había dado cuenta antes, pero no tuvo más remedio que recuperarse antes de carraspear para continuar con la entrevista, fingiendo normalidad.

—Por supuesto, señor. Yo estoy disponible desde este mismo instante. Puedo empezar a trabajar cuando lo desee...

Alessandro la miró con curiosidad un momento. El carácter de aquella mujer parecía fuerte y decidido a pesar de su falta de experiencia, y eso le hizo pensar que podía realizar sus tareas sin problema.

—Bien, perfecto. Entonces, salga y tome asiento en su nueva mesa. En unos minutos le enviaré un e-mail con sus obligaciones y los datos más importantes de mis últimos negocios. Si tiene alguna duda, no dude en preguntarme lo que necesite.

Y, con aquellas sencillas palabras, se puso en pie, y esperó a que Nadia hiciera lo mismo. Ella se levantó un instante después y se quedó mirándolo atónita.

—Entonces... ¿He conseguido el puesto?

—Sí, exacto —Aceptó Alessandro extrañado. Nadia no pudo evitar sonreír al escuchar aquellas palabras que confirmaban lo que aún no podía creer, pero pronto cambió el gesto, puesto que su nuevo jefe la miró molesto por su falta de reacción —Y, como le acabo de decir, necesito que se incorpore cuanto antes... Así que le agradecería que saliera ya para empezar con su trabajo.

—Por supuesto, así lo haré, señor Bassetti —Admitió ella al fin antes de erguirse, tratando de mostrar su faceta más profesional —Estaré fuera si necesita algo —Dijo antes de cerrar la puerta tras ella.

Alessandro miró cómo se alejaba y frunció el ceño. Aquella muchacha parecía demasiado joven e inexperta para desempeñar su trabajo de forma correcta, pero siempre había confiado en su instinto, y en ese momento le decía que ella era la persona adecuada para el puesto. Eso unido a prisa que le corría encontrar una nueva secretaria habían sido factores definitivos para elegirla. Sólo esperaba no equivocarse en aquella ocasión, porque de ser así estaba seguro de que acabaría pagándolo caro.

CAPÍTULO 3

A pesar de que conseguir el puesto de una forma tan apresurada, aquello había sido como un sueño hecho realidad, aunque su alegría inicial había comenzado a disminuir a lo largo de la mañana en cuanto su jefe empezó a mostrarla cómo iba a ser su trabajo. A pesar de que dijo que iba a tener paciencia para permitir que se adaptara a su nuevo empleo a su ritmo, pronto decidió que no parecía que fuera a cumplir su palabra. De hecho, su primera mañana transcurrió en un estrés constante de búsquedas, informes y documentos varios mientras ella aún seguía tratando de ubicarse, algo que no la resultó demasiado agradable. De todos modos, cuando llegó la hora de irse, se sentía satisfecha. A pesar de la dificultad a la que se había enfrentado, creyó haber desempeñado su trabajo con eficacia, al menos hasta que el señor Bassetti la llamó a su despacho antes de que se marchara. Entonces, empezó a pensar que quizá no había sido tan eficiente como se esperaba de ella y la iba a despedir en ese mismo instante, sentimiento que se enfatizó cuando entró a la oficina y vio el rostro serio de su jefe clavado en ella.

—Siéntese, por favor —Solicitó haciendo un gesto educado con la mano. Nadia estaba tan nerviosa que apenas podía controlarse. Lo único que deseaba era preguntar qué estaba ocurriendo, pero decidió que lo mejor era permanecer en silencio. De ese modo, trató de ocultar sus temores y se mostró calmada mientras aguardaba a escuchar lo que su jefe iba a comunicarle. Sin embargo, Alessandro se tomó su tiempo, consiguiendo así que ella se pusiera cada vez más nerviosa. Alessandro levantó la mirada al fin y concentró su vista en los atentos ojos castaños de su nueva secretaria.

—Bien, señorita López. Su jornada ha terminado por hoy.

—Lo sé, señor —Admitió Nadia asintiendo con la cabeza.

—Sólo quería decirle que... —Nadia respiró hondo, esperando escuchar las palabras que suponía que venían a continuación, agradeciéndole los servicios prestados antes de decirle que ya no iba a necesitarla más porque no había pasado el período de prueba, decidida a mostrarse fuerte cuando lo escuchara por mucho que le doliera, cuando su jefe continuó hablando —La verdad es que no sé por dónde empezar. Pero supongo que, en resumen, quería explicarle lo mucho que me ha sorprendido —En ese momento, Nadia sintió que se quedaba sin respiración ¿Que le había sorprendido? ¿Qué quería decir con eso? ¿Acaso era algo positivo, o simplemente había elegido una palabra ambigua para

expresar lo que sentía? Lo cierto era que su gesto serio y preocupado no parecía transmitir nada bueno, pero, en realidad, eso no significaba nada. En todo el tiempo que había pasado allí esa mañana, no había visto a Alessandro sonreír ni un instante, así que quizá era algo habitual en él, y no debía tomarlo como un detalle a tener en cuenta. Todo era demasiado complicado, así que decidió que lo mejor era seguir escuchando con atención para ver si, finalmente, podía sacar algo en claro —Cuando la contraté, no pensé que sería tan competente como me ha demostrado hoy, a pesar de lo que la he importunado. Créame, me hubiera gustado no tener que necesitarla tan a menudo, pero como le dije su puesto es imprescindible para mi puesto, y aunque sólo he estado sin secretaria un par de horas esta mañana, tenía demasiado trabajo acumulado... De modo que sólo quería asegurarme de que, después de un día de trabajo tan estresante, usted está bien.

Nadia se quedó un instante observando a su jefe con perpeljidad. La costó un poco asimilar que, en lugar de despedirla como ella esperaba, su jefe sólo estaba interesado en su bienestar, y de repente se percató de que aquel trabajo iba a ser mucho mejor de lo que esperaba. No iba a tener demasiado tiempo libre, de eso no cabía duda, pero todo iría bien de todas maneras.

—Sí, señor Bassetti. Yo estoy bien, no se preocupe. En realidad, los ficheros informáticos están muy bien organizados, así que no me ha costado demasiado encontrar los archivos que necesitaba, y, por supuesto, me alegra haber desempeñado mis obligaciones de forma correcta.

—Créame, ha hecho mucho más que eso —Explicó Alessandro con calma — Me ha demostrado de lo que es capaz, y nunca hubiera imaginado hasta dónde puede llegar. Así que ya no tengo ninguna duda, está usted contratada. Espero verla mañana aquí a primera hora, y le aseguro que intentaré darle un tiempo prudencial para adaptarse a su nuevo puesto, aunque sea con retraso.

—Perfecto —Alessandro se puso en pie y le tendió la mano y ella la estrechó satisfecha —Hasta mañana entonces, señor.

—Hasta mañana.

En ese momento, Nadia se sintió tan feliz que no pudo contener su sonrisa cuando salía de aquel lujoso edificio en el que, finalmente, había sido contratada de forma definitiva. Por suerte, su primera impresión sobre el señor Bassetti había sido errónea. Parecía mucho más comprensivo de lo que esperaba, aunque sin duda era implacable en el fondo, algo que le constaba ser común en los triunfadores natos, como lo era él sin duda. Escribió un mensaje a su madre confirmando que había conseguido el puesto, y no pudo evitar la carcajada que escapó de sus labios al leer su contestación:

Enhorabuena, cariño, aunque en ningún momento lo había dudado.

En realidad, su madre tenía tanta fé en ella que a veces incluso la incomodaba. Por suerte, en aquella ocasión no la había defraudado, pero desde hacía tiempo vivía asustada pensando que pronto iba a decepcionarla debido a las altas expectativas que tenía sobre ella. Por suerte, su humor volvió a ser el mismo de antes en cuanto escuchó un nuevo pitido proveniente de su smartphone.

Has estado muy callada durante todo el día, pero creo que tenías algo importante que contarme ¿Qué tal ha ido todo?

Una de sus mejores amigas, Miriam, eligió ese momento para preguntar sobre el resultado de su entrevista, lo que provocó que la gran sonrisa que había perdido por un instante volviera de nuevo a sus labios.

Bien. Todo controlado. Aunque aún no puedo creérmelo, he conseguido el puesto y acabo de salir de trabajar. Es como un sueño...

Hubo un pequeño silencio antes de recibir un nuevo mensaje, lo que la comunicó que su mejor amiga se había quedado tan sorprendida como ella.

¡¡Genial!! Bien hecho. Entonces, tenemos que quedar esta noche todas juntas para celebrarlo.

Pese a que sabía que tenía que madrugar a la mañana siguiente, no pudo pensar en una idea mejor que aquella, así que no dudó antes de contestar:

Perfecto. Entonces, nos vemos luego ;)

CAPÍTULO 4

Nadia miró la barra una vez más, a pesar de que ya sabía que había bebido demasiado aquella noche. Sin embargo, pensó que por un día no ocurría nada si sobrepasaba los límites que con tanta firmeza se había trazado en su vida. Al menos, sólo iba a hacer una excepción aquella noche... En el pasado lo había hecho sólo un par más, pero nada de lo que debiera arrepentirse. Siempre había controlado todo en su vida, y no tenía intención de dejar de hacerlo. Sólo iba a ser un pequeño paréntesis para desconectar y volvería a su actitud habitual de nuevo.

Miriam se quedó mirándola un instante antes de que una pequeña sonrisa acudiera a sus labios.

—Sé lo que estás pensando... —Murmuró al fin, obligando a su mejor amiga a volver a la realidad. Nadia permitió que su mirada se concentrara en su grupo de amigas de nuevo, y frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? —Preguntó al fin con curiosidad.

—Pues a lo de siempre... —Aclaró su mejor amiga sin perder la sonrisa burlona que había aparecido en sus labios —Ya estás pensando que es tarde y deberías irte a casa... Pero no es cierto. Esta noche no voy a permitir que te vayas hasta que te pilles una buena borrachera...

Tanto Miriam como sus otras amigas, que observaban la escena con curiosidad, rompieron a reír de repente tras escuchar aquellas palabras, mientras Nadia trataba de concentrarse en lo que estaba escuchando. Sin embargo, no tardó en empezar a reír también. Por extraño que pudiera parecer, aquello era muy divertido. Dejarse llevar y no pensar en las consecuencias de sus actos era mucho más interesante de lo que nunca hubiera imaginado, y por un instante pensó que quizá debería hacerlo más a menudo.

—Pues lamento tener que decirte que esta vez te equivocas —Explicó con toda la naturalidad que pudo mientras trataba de hablar con claridad. Estaba claro que tomarse aquella última copa había sido un error, pero ya era demasiado tarde para pensar en ello —En realidad, estaba pensando en tomarme otra copa...

—¿En serio? —Preguntó Miriam perpleja mientras la observaba esperando que lo negara.

—Genial, entonces voy a por una ronda más para todas... ¿De acuerdo? — La voz de Kira se escuchó tras ella, pero antes de que pudiera girar la cabeza para mirarla, su amiga había desaparecido. Estaba claro que la pregunta no era real y ya se había contestado ella sola.

—Qué extraño... —Miriam volvió a hablar de nuevo con actitud reflexiva, algo que no era muy común en ella.

—¿El qué? —Preguntó Nadia tratando de centrarse —¿Qué te parece tan extraño?

—Que el mismo día que empiezas en tu nuevo trabajo decidas emborracharte por primera vez en tu vida...

—No es la primera vez —Le corrigió Nadia molesta. En realidad, quizá era la tercera o la cuarta... pero no era la primera.

—Ya, claro...

—Además, tú misma dijiste que había que celebrarlo... He conseguido algo que no imaginaba ni en mis mejores sueños... Supongo que salir un rato a celebrarlo no es tan extraño...

—Para mí no... —Intervino entonces Kira, que había vuelto con cuatro copas llenas hasta arriba mientras el camarero que la había atendido la miraba con fijeza desde la barra sin que ella fuera consciente de ello —Ni tampoco para Miriam, o Lourdes, o nadie que yo conozca... Pero para ti sí lo es... Muy, pero que muy raro...

—Exagerada...

—No... No es nada exagerada, Nadia... Yo también estoy de acuerdo... — Confirmó Lourdes entonces, mirándola al detalle —Esto no es propio de ti, aunque ojalá lo fuera... Créeme. Siempre he pensado que estás echando a perder tu vida con tanta responsabilidad... En serio...

—Pero, ¿qué es esto? ¿Un complot hostil contra mí? —Preguntó Nadia tratando de parecer enfadada mientras daba un sorbo a su nueva bebida. No estaba segura de qué llevaba, pero sabía un poco a lima, y estaba deliciosa, así que supuso que no importaba.

—No... Claro que no. Sabes que somos tus amigas y te queremos... — Admitió Miriam mientras luchaba por ponerse seria de nuevo, sin llegar a conseguirlo del todo —Es sólo que... Nos preguntábamos a qué se debe este cambio... ¿Es que has cambiado tu filosofía de vida de repente?

—Qué tontería... ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Pues entonces... ¿Qué ocurre? —Preguntó Kira antes de mirar a las demás como si estuvieran escondiendo un secreto —¿O es que, quizá, tu nuevo jefe te gusta, o algo así, y por eso has decidido saltarte las reglas por una vez...?

—Pero... ¿Qué estás diciendo? Eso es absurdo... Ni siquiera lo conozco...

Sólo lo he visto una vez...

—Eso es más que suficiente... —Lourdes miró a sus amigas como si creyeran que habían dado en el clavo —Y, según creo, tú misma admitiste que estaba muy bueno...

La mirada de Nadia se clavó entonces a Miriam mientras fruncía el ceño.

—Eres una traidora... Sabes que eso te lo conté en secreto...

—Ya, lo siento. Pero era tan bueno que no he podido callármelo... En serio...

—Bien, al menos ya sé que no se puede confiar en ti...

—No digas eso... Sólo ha sido un desliz. Sabes que yo jamás cuento tus secretos...

—Pero, ¿es que tienes más? —Preguntó Kira sorprendida.

—No, claro que no. Sólo es una forma de hablar... —Respondió Miriam sin demasiada contundencia.

—Ya, claro...

—Da igual, sea como sea ese es el último secreto que te cuento —Nadia trató de mostrarse ofendida, pero la bebida le ponía aquella tarea cada vez más difícil. Lo único que le apetecía era reír, no cabrearse con sus amigas, por muy chismosas que fueran.

—Pero, entonces, ¿ha pasado algo entre vosotros...?

—No, claro que no. Ni va a pasar nunca —Aseguró Nadia sin dudar. En efecto, Alessandro era uno de los hombres más guapos que había conocido jamás, pero en ningún momento había pensado en él como nada más que su jefe —Estoy segura de que tiene pareja, porque es demasiado guapo, y además yo nunca me liaría con alguien del trabajo. Puede conllevar muchos problemas...

—Sólo si sale mal... —Kira apartó la mirada por un momento, tratando de olvidar el día en que conoció a su último novio. A pesar de que ya no era más que su ex, aún pensaba en él, y en todo el daño que la había hecho. Era tan guapo y parecía tan bueno que nunca pensó que fuera a engañarla, y menos con alguien de su trabajo. Después de aquello, había tenido que dejar su empleo y buscar otro de forma desesperada, así que no pudo negar que comprendía bastante bien el punto de vista de Nadia, aunque no lo compartiera. Para ella, el amor siempre era lo primero, y apostaba todo por el hombre al que amaba. Así, aunque al final no saliera bien, siempre podía pensar que lo había intentado con todas sus fuerzas, y algún día sería la definitiva y conseguiría al hombre de sus sueños —No puede salir mal siempre...

—Ya, pero aún así... No es mi tipo, simplemente.

—Ya, claro... —Miriam recuperó su actitud burlona al instante —Nadie es tu tipo desde hace meses. Deberías olvidar al capullo de Juanjo...

—Está olvidado —Afirmó Nadia a pesar de que todas sabían que aquello no era cierto —Ahora, ya no es más que un mal recuerdo...

En efecto, Juanjo la había hecho daño de verdad. Se conocieron en la Universidad, en su segundo año. Él siempre pareció muy interesado en ella, y siempre le había creído cuando decía que la quería... Pero, para su sorpresa, un día llegó y le dijo que debían dejar de verse. Al parecer, había conseguido un buen puesto en Barcelona en una empresa de lujo y ella no combinaba demasiado bien con su nueva vida de felicidad y opulencia. Un par de meses después de dejarla, pudo ver a su nueva novia en facebook. Era como una modelo, mucho más apropiada para su nuevo puesto laboral, estaba segura de ello. Era lo último que había sabido de él antes de bloquear su página en la red social, decidida a olvidarlo por completo.

—Vaya. Está claro que nos hemos equivocado de tema... —Comentó Miriam a modo de disculpa, viendo el gesto triste que se había apoderado del rostro de su mejor amiga.

—No, no pasa nada. Es el alcohol, que no estoy acostumbrada y me parece que está empezando a darme el bajón. Lo mejor es que me vaya a casa.

—¿Estás segura? —Preguntó Miriam, insegura.

—Sí... Mejor me voy ya. Hablamos luego.

Nadia salió a la calle y agradeció sentir el aire frío en su piel mientras pedía un taxi para volver a su casa. Durante el camino de vuelta, no pudo quitarse a Juanjo de la cabeza ni un instante, pero por suerte, para cuando llegó a su apartamento y se tiró sobre la cama, aquellos pensamientos habían desaparecido al fin de su mente, justo antes de que perdiera el conocimiento.

CAPÍTULO 5

Por suerte, aquella mañana su jefe no notó la terrible resaca que latía en su cabeza, así que pudo hacer su trabajo con calma y, poco a poco, siguió adaptándose a su puesto. Una semana después, ya creía tener todo controlado, y era tan eficiente que incluso el mismísimo Alessandro se sentía sorprendido por ello. Ella, por su parte, cada día estaba más a gusto en su nuevo puesto. A pesar de que el trabajo era mucho más complejo de lo que hubiera deseado para un primer empleo, le gustaba sentirse útil, y al contrario de lo que le había parecido en un principio su jefe era mucho más paciente y amable de lo que había pensado, así que todo iba según lo esperado... hasta aquella mañana.

Llevaba unas horas muy tranquilas, por lo que estaba empezando a relajarse, algo no muy común desde que había empezado en aquel empleo. Su jefe no le había dado demasiado que hacer y había salido de la oficina un momento, así que había decidido ordenar todos los documentos que había en su mesa. No es que lo necesitara, pero no estaba dispuesta a quedarse quieta, y un poco de orden nunca venía mal... Estaba concentrada en aquella idea cuando una voz varonil que no reconocía sonó a su espalda, sorprendiéndola. Del susto, dio un pequeño respingo antes de darse la vuelta para mirar al hombre que había interrumpido su trabajo, pero cuando levantó la mirada hacia él, de repente se quedó sin respiración. Sin duda, era atractivo. Sus ojos castaños eran penetrantes mientras la observaban con fijeza, y su pelo oscuro era un poco más largo de lo usual, pero no podía negar que aquello le favorecía. Iba vestido con un hermoso traje gris oscuro impecable, pero algo en su rostro gritaba que le acompañaba el peligro allá donde iba, y eso no la gustó nada. Quizá fue la forma en que la observó durante un buen rato, como si tratara de desnudarla con la mirada, quizá la forma arrogante en que sus ojos se clavaron en sus pupilas, pero algo no iba bien, estaba convencida de ello. Y, lo peor de todo, era que no podía obviar el hecho de que, por primera vez en su vida, deseaba a un hombre al que no conocía de nada, un hombre que estaba segura de que no la convenía en absoluto, y por el que nunca pensó que iba a sentirse atraída. No se parecía en nada a Juanjo, eso estaba claro. Ese hombre era mucho mayor y, de alguna forma, resultaba fascinante, pero supuso que eso debía ser algo bueno, aunque aún no llegara a comprender del todo el motivo.

—Buenos días, señor. Disculpe, no le había visto —Le saludó con educación antes de ponerse en pie —¿Puedo ayudarle en algo?

—Sí. He venido a ver a Ales... ¿Está dentro?

Por un instante, Nadia se sintió confundida por la forma en que aquel hombre se comportaba. No parecía mantener con su jefe una relación de negocios, pero no tenía idea de quién era, así que decidió que no debía darle demasiadas explicaciones hasta que supiera exactamente su identidad.

—No, no está. Ha salido un momento, pero volverá enseguida.

—Bien, entonces le esperaré dentro.

—¡No! —Gritó Nadia de repente, suponiendo que aquello no era lo más adecuado. Por desgracia, aquella mañana Alessandro se había dejado su puerta abierta, algo que no era muy habitual en él, por lo que supuso que no iba a tardar demasiado en volver.

Al escuchar su grito, el visitante se detuvo en seco y se dio la vuelta frunciendo el ceño.

—¿Cómo dices?

—Quiero decir... —Nadia se esforzó en suavizar su tono un instante antes de decidirse a mantener la mirada a su interlocutor de nuevo —Que el señor Bassetti volverá enseguida. Puede esperarle aquí fuera, si le parece bien.

—Entiendo, pero la verdad es que no me parece bien... —Su gesto arrogante le mostró que, en efecto, su primera impresión había sido certera. Aquel hombre llevaba escrito en la frente que atraía los problemas como la miel a las moscas, pero ella no permitió que la intimidara a pesar de todo —Voy a esperarle dentro, si no te importa...

—La verdad es que sí, me importa —Concluyó ella sin dudar. En aquel momento, para su sorpresa, el caballero se cruzó de brazos y una pequeña sonrisa burlona apareció en sus hermosos labios gruesos —Espero que lo comprenda, no puedo dejarle pasar si no sé quién es usted...

—Vale, si ese es todo el problema... —Entonces, alargó su mano ofreciéndosela para estrecharla con naturalidad —Mi nombre es Marco Bassetti. Soy el hermano de tu jefe. Encantado.

De repente, Nadia sintió que se quedaba sin respiración. Eso no era posible. Aquel hombre no podía ser el hermano de su jefe. No se parecía en nada, ni siquiera en la forma de moverse, y además su gesto continuaba siendo burlón, así que debía estar mofándose de ella.

—No me gustan las bromas, señor...

—Me alegro, porque no estoy bromeando —Confirmó él con tranquilidad, retirando la mano al comprobar que ella no tenía ninguna intención de estrechársela —Ahora, ¿puedo pasar?

—No, lo siento —Se reafirmó Nadia una vez más antes de tomar asiento en su mesa de nuevo —Como ya le he dicho antes, puede esperarle aquí fuera.

Estoy segura de que no tardará demasiado en volver...

Al fin, Nadia pudo ver que el hombre perdía la sonrisa y negaba con la cabeza antes de sacar su smartphone del bolsillo y ponérselo en la oreja. Esperó un instante mientras suspiraba y después se quejó del trato que le había dado. Para ese momento, Nadia ya estaba segura de que se había equivocado. Estaba claro que, en efecto, aquel era el hermano de su jefe, e iba a recibir una reprimenda por su inadecuado comportamiento, pero ya no había forma de arreglarlo, así que se quedó allí, sentada, escuchando la conversación que mantenía con su hermano, hasta que colgó el teléfono.

—Dice que ahora viene —Le explicó petulante. Ella no fue capaz de contestar. Únicamente asintió con la cabeza y él la observó un instante más antes de apoyarse en la pared que había a su lado, decidido a esperar fuera como ella le había indicado. El tiempo transcurrió con lentitud hasta que apareció Alessandro con Emma, su novia. Por suerte, no parecía enfadado. Al contrario, la saludó con su educación habitual antes de preguntar si ya había comido.

—Sí, hace un momento, gracias... —Marco carraspeó fingiéndose ignorado, y Alessandro volvió la cabeza para mirarlo al fin.

—Por cierto, este es mi hermano, Marco. Le agradecería que en el futuro me avisara si viene a visitarme...

Nadia se sintió intimidada al confirmar al fin el terrible error que había cometido.

—Lo siento, señor. No volverá a pasar... Es sólo que... No sabía quien era... Y usted no me había dicho nada.

—No se preocupe, no tiene importancia. Pero téngalo en cuenta a partir de ahora, ¿de acuerdo? —Ordenó Alessandro sin más, como si no le diera al asunto demasiada importancia.

—Por supuesto —Nadia asintió y volvió la mirada hacia Marco, que la observaba arrogante. Después, observó cómo, tras hablar brevemente de sus planes, los dos hermanos y Emma, la novia de Alessandro, una mujer tan bella que incluso hacía daño a la vista, se fueron a comer juntos, dejándola a ella allí traumatizada. Al menos, Alessandro no parecía haberse tomado aquel error como algo personal, lo que calmaba un poco sus nervios. Sin embargo, no estaba segura de que Marco fuera igual de indulgente que su hermano, y era posible que tuviera intención de vengarse por su ofensa. Sólo esperaba que se estuviera equivocando y también él lo hubiera olvidado todo ya, o que, al menos, si no era así, no fuera a ser muy cruel con ella.

CAPÍTULO 6

—Así que ese tío te vaciló y tú se lo permitiste... ¿Es así?

Nadia levantó la mirada y observó la sonrisa burlona que había en los labios de su mejor amiga. Por un instante, pensó que llamar a Miriam para tranquilizarse había sido un gran error... Era como intentar saciar su sed bebiendo bicarbonato: una muy mala idea.

—No... No, claro que no. Simplemente, cometí un error. Eso es todo.

—Vale... Pero, si ese es el único problema ¿Por qué estás tan nerviosa? — Miriam cogió la botella de vino que había sobre la mesita de madera de la casa de su mejor amiga y se sirvió un poco más en su copa como si estuviera en su propio hogar, pero a Nadia aquello no le sorprendió en absoluto. Para ella, Miriam era casi como su hermana —No es como si fuera tu jefe... Él no puede despedirte... No trabaja contigo...

—Ya, pero su hermano sí. Y, después de la forma en que lo he humillado, estoy segura de que buscará venganza... Y, ¿cuál podría ser mejor que dejarme en la calle...?

—Eh, eh, espera un poco —La interrumpió Miriam después de dar un sorbo para finalmente dejar la copa con cuidado sobre la mesa —Creo que no deberías ir tan deprisa... En realidad, no sabes lo que ha ocurrido. Y ese tío no parecía enfadado cuando se fueron, ¿no es así?

Nadia dudó un instante antes de decidirse a contestar.

—Creo que no... —En realidad, lo que más recordaba era su gesto petulante, lo que, aunque fuera preferible a la ira, tampoco auguraba nada bueno.

—Entonces, no hay razón para preocuparse. Cuando tengas razones reales para pensar que tiene intención de vengarse es cuando debemos pensar en ello, no ahora...

—Pero entonces ya no habrá remedio. No habrá nada que hacer...

—Igual que ahora —Miriam la observó un instante muy seria antes de negar con la cabeza —Mira, sé que te gusta tenerlo todo controlado, pero eso no siempre es posible. A veces hay cosas que escapan a nuestro poder, y sinceramente me parece que esta es una de ellas. Si ese tío quiere joderte, puede hacerlo, sobre eso no cabe duda, pero por ahora no tenemos razones para pensar que tiene esa intención, así que creo que deberías olvidarlo. Hablo en serio.

—¿Y si no puedo? —Preguntó Nadia confundida. Miriam la observó desconcertada y ella negó con la cabeza, tratando de aclarar sus ideas —Me

refiero a que no sé qué me pasa. Desde que ha pasado eso esta mañana no soy capaz de dejar de pensar en ello. Es como si estuviera obsesionada...

—¿En serio?

—Sí... No sé, no puedo controlarlo, y créeme lo he intentado, pero no soy capaz... Yo soy la primera que no lo entiendo, pero me ha absorbido la mente...

—¿El qué? ¿El conflicto o él?

Nadia se quedó un instante perpleja antes de abrir mucho los ojos mientras su mejor amiga sentía como su sonrisa crecía una vez más en sus labios.

—No... No sé de qué me hablas. Yo me refiero al conflicto, claro. Me da miedo que pueda afectar a mi trabajo...

—¡Me estás mintiendo! —Gritó su mejor amiga, interrumpiendo su perfecto monólogo ensayado —Pero te conozco demasiado bien como para que lo consigas, lo siento. Entonces, ese tío te gusta, Nadia. Es increíble... Sabía que había algo más aparte del trabajo, pero pensé que el que te molaba era tu jefe... Aunque, al parecer, esta vez me he equivocado...

—No sé de qué me hablas... —Nadia negó con la cabeza una vez más mientras fruncía el ceño ¿Le gustaba? ¿De verdad le gustaba Marco, el hermano de su jefe? No era posible. De ser así, parecía aún más locura que haberse interesado por su jefe. Aquel hombre era un problema en sí mismo, estaba segura de ello, aunque sólo fuera debido a un presentimiento, y debía mantenerse alejada de él. No era el hombre adecuado para ella, por muy atractivo que fuera. Que hubiera sentido que su respiración se detenía en cuanto le había visto carecía de importancia. Ella siempre había sido demasiado racional como para dejarse llevar por un sentimiento, por fuerte que éste fuera...

—¿Ah, no? Pues yo creo que sí —Discrepó Miriam mientras la cogía del brazo, obligándola a mirarla —Hasta te has puesto roja, Nadia, y tú nunca te pones roja... Ese tío te gusta de verdad...

—No digas tonterías... Sólo lo he visto una vez, y no ha sido de una forma muy romántica, precisamente...

—Ya, pero es que no todo tiene que ser siempre romántico. Al fin y al cabo, no estamos en una novela rosa... ¿Verdad? —Nadia la observó un momento, tratando de comprender por qué su mejor amiga odiaba tanto la literatura. A ella siempre le había encantado leer, a pesar de que últimamente no había tenido tanto tiempo para ello como le hubiera gustado —En la realidad algunos asuntos son complicados, pero hay cosas que son incuestionables, auténticas, y sabes que a mí no puedes engañarme. A ti ese tío te atrae. Estoy segura de eso.

Nadia dudó un instante, pero finalmente no tuvo más remedio que aceptar la verdad, ante su mejor amiga y ante sí misma. Cuando conoció a Alessandro no sintió nada por él, por muy atractivo que le hubiera parecido, pero su hermano...

Nada más verlo, y a pesar del malentendido que hubo entre ellos, había sentido un escalofrío por todo el cuerpo. Lo único que le apetecía era estar más cerca de él, lo que se complicaba con el hecho de que era el hermano de su jefe, que debía de odiarla por la forma en que lo había tratado aquella mañana, y, sobre todo, algo la decía que iba a tratar de vengarse de su ofensa antes de lo que imaginaba. Pero eso no invalidaba sus sentimientos. Él la gustaba, eso era obvio incluso para su mejor amiga. A pesar de que no lo conocía, había algo que la atraía a él sin remedio, algo que no podía controlar, y eso no podía ser nada bueno.

—Sí, es posible que tengas razón, pero...

—Pero nada —Su mejor amiga se mordió el labio, como hacía siempre que trazaba una de sus travesuras, aunque en aquella ocasión era peor, porque estaba segura de que iba a involucrarla a ella en sus planes, y eso no auguraba nada bueno —Tu jefe hubiera sido un problema, pero su hermano está permitido. No trabajas con él, y si no te odia por lo que ha pasado, lo que es bastante probable si es lo suficientemente maduro para ello, puedes liarle con él y quitártelo de encima de una vez...

—Pero, ¿qué dices? —Preguntó Nadia, escandalizada —Eso no es propio de mí, y además nunca haría eso con el hermano de mi jefe... Podría traerme problemas.

—Lo sé —En ese momento, Miriam la miró preocupada, aunque sin perder del todo la sonrisa. La cogió la mano y la miró a los ojos con sinceridad —Y creo que eso es lo que tú y tu aburrida vida necesitáis cuanto antes. Problemas, y cualquier cosa que te haga salir de tu monótona rutina...

—Pues entonces me iré a la tienda y me compraré un perro labrador. Es menos arriesgado.

Miriam se apartó y se recostó sobre el respaldo mientras la miraba incrédula.

—Es posible, pero también sería menos divertido... —Comentó con naturalidad antes de encogerse de hombros —Mira, sé que es decisión tuya, pero si ese tío está tan bueno como dices y te gusta tanto, creo que deberías soltarte un poco y dejarte llevar por una vez en tu vida. Es lo más sano... Aunque, por supuesto, conlleva un riesgo. Ya sabes que el que no se arriesga no gana...

—Ya, y a veces pierde... —Nadia se quedó un momento pensativa, pero finalmente negó con la cabeza. No había nada que pensar. No iba a arriesgar aquel maravilloso trabajo por nada del mundo. No había opción —No... No puedo. Ni siquiera estoy segura de cómo he conseguido este trabajo. No tengo experiencia, y mi jefe es mucho mejor de lo que imaginaba... No voy a mantener relaciones personales con nadie vinculado con la empresa. Jamás. Y no voy a cambiar de opinión en algo tan importante como esto.

Miriam perdió la sonrisa y dio un sorbo a su copa de vino antes de encogerse

de hombros.

—De acuerdo. No voy a seguir tratando de convencerte de esto, pero creo que cometes un error.

Nadia la miró directamente a los ojos antes de asentir con la cabeza.

—Es posible, pero al menos así evitaré cometer otro más grave —Explicó antes de levantar su copa para brindar con su mejor amiga —Además, me estoy cansando de hablar sobre esto. Háblame un poco de ti ahora. Eso me ayudará a desconectar de mis problemas...

Miriam no dudó y empezó a explicarle su día en el trabajo, pero Nadia no fue capaz de seguir su conversación más allá de un par de minutos, aunque trató de simular que era así con sus asentimientos. Durante el resto del día, sólo pudo pensar en Marco y su mirada penetrante ¿Estaría aún furioso con ella? ¿Habría olvidado lo que había ocurrido aquella mañana ya? Y, lo más importante, ¿había sentido algo en cuanto la había visto, como le había ocurrido a ella?

CAPÍTULO 7

Un par de días después, Nadia se sentía mucho más calmada. Por suerte, Alessandro no había vuelto a sacar el tema de su hermano y se había seguido comportando con ella de una forma respetuosa y atenta, como era habitual, así que sus nervios habían desaparecido por completo. No parecía que fuera a perder su empleo, y no había vuelto a ver a Marco por allí, así que supuso que no había nada por lo que preocuparse. Al menos, así fue hasta que a las once notó que alguien se acercaba. De alguna forma, supo quién era antes de que llegara frente a ella, pero eso no impidió que, cuando lo tuvo delante, se quedara sin aliento una vez más, aunque en aquella ocasión no estaba segura de si fue por su latente deseo o por el miedo de que, en efecto, tuviera intención de vengarse de ella.

Por desgracia, su gesto no auguraba nada bueno. Su expresión era arrogante y la sonrisa que traía dibujada en los labios igual de burlona que siempre mientras la observaba con fijeza antes de decidirse a hablar.

—Buenos días, Nadia ¿Está mi hermano dentro? —Preguntó con naturalidad, como si no recordara la forma en que le había ofendido la última vez que se habían visto.

—Sí, señor Bassetti. Su hermano está en su despacho ¿Quiere que le avise de que ha llegado? —Preguntó ella con toda la educación que fue capaz de reunir, luchando para conseguir que no notara lo nerviosa que estaba.

—No, no hace falta. Gracias.

Nadia observó cómo Marco abría la puerta del despacho y entraba dentro y dejó escapar un suspiro de alivio. Al parecer, aquello había resultado mucho más sencillo de lo que esperaba. Aquel hombre no parecía guardarle ningún rencor por lo que había ocurrido unos días antes, así que no tenía motivos para preocuparse. Sin embargo, aún pensaba que debía aclarar las cosas si deseaba dejar todo aquel malentendido en el pasado, así que decidió que lo mejor era disculparse directamente con Marco cuando saliera. Por desgracia, tardó más de lo que pensaba, lo que le dio tiempo para reflexionar sobre lo que le había dicho Miriam unos días antes. No podía negar que salir con un hombre como Marco era atrayente. Era guapo y tenía clase y estilo, algo de lo que los hombres a los que había conocido hasta entonces carecían. Incluso hubiera estado dispuesta a ignorar aquel extraño presentimiento que le advertía de forma silenciosa de que debía alejarse de él si hubiera llegado el caso, pero en una situación diferente. Siendo el hermano de su jefe, el riesgo era demasiado alto, y no estaba dispuesta

a perder aquel trabajo. Por un momento, deseó que se hubieran conocido en una situación distinta. Quizá en un bar, o una cafetería, o incluso en el metro... Aquella idea le provocó una carcajada de repente. Ese hombre no debía usar el metro, estaba convencida de ello. El traje azul oscuro que lucía aquel día debía valer más de lo que ella ganaba en todo un mes, no cabía duda, así que esa posibilidad no era muy probable, pero daba igual. Le hubiera valido cualquier otro sitio excepto su trabajo. No era buena idea relacionarse íntimamente con el hermano de su jefe, así que por muy encantador que pareciera, por mucho que lo deseara, no iba a hacer nada al respecto. Tenía toda la intención de ignorar sus sentimientos. Debía luchar contra sus instintos más primarios, esos de los que ella creía carecer y que, sin embargo, parecían haberse despertado de repente en cuanto lo había conocido. Por suerte, pronto llegó a la conclusión de que, en realidad, se estaba preocupando por nada. Él nunca había dado la impresión de que ella le interesara en absoluto, así que no tenía nada que pensar, lo que probaba una vez más que estaba exagerando. Su mejor amiga tenía razón: le encantaba dar vueltas a cosas que, en realidad, no tenían importancia, como aquella. Mientras Marco no mostrara ningún tipo de acercamiento hacia ella, no tenía de qué preocuparse, y por muy amable que hubiera sido aquella mañana, nada le hacía sospechar de que iba a ser así, de modo que estaba a salvo. Sólo tenía que asegurarse de que lo que había ocurrido entre ellos no iba a perjudicarla y todo iría bien, y para eso sólo había una forma: debía disculparse, y no iba a demorarse más para hacerlo. Estaba decidida a no dejar ningún cabo suelto.

Aún seguía pensando sobre ello cuando la puerta del despacho de su jefe se abrió de nuevo y Marco apareció frente a ella una vez más con su característica sonrisa. No esperó demasiado para cerrar la puerta con la clara intención de marcharse de allí, pero ella se puso en pie con agilidad para detenerlo antes de que él pudiera pronunciar palabra.

—Señor Bassetti... —Le llamó con gesto solemne, lo que no varió en absoluto su semblante risueño.

—¿Sí?

—Quería... Hablarle un momento, si es posible.

En ese momento, Marco perdió por un momento la sonrisa y frunció el ceño.

—Claro. Dime, ¿pasa algo?

—No... —Nadia negó con la cabeza, tratando de aclarar sus ideas al tiempo que luchaba por controlar sus nervios. Por algún motivo, cada vez que se acercaba a Marco su corazón empezaba a latir con rapidez y no era capaz de evitarlo, por más que lo intentaba —No, claro que no. Sólo... Quería hablarle de lo que ocurrió el otro día —Marco pensó un instante antes de que, finalmente,

pareciera comprender a qué se refería, y su sonrisa regresó a sus labios de nuevo.

—Ah, sí. Ya me acuerdo... Te refieres a lo de no dejarme entrar en el despacho de mi hermano para esperarlo... —Dijo en tono burlón mientras la observaba con fijeza. Nadia trató de ignorar aquella actitud petulante, que estaba claro que era muy común en él, y se concentró en su objetivo.

—Sí, exacto. Me refiero a eso —Admitió Nadia con paciencia —Sé que mi comportamiento estuvo fuera de lugar, y me gustaría disculparme por ello. No me gustaría que eso interfiera en absoluto en mi trabajo, y...

—Ya, ya. Entiendo —La interrumpió Marco sin apartar la mirada de ella —Has pensado que si no arreglabas las cosas conmigo quizá podría hablar con mi hermano para que te despidiera... ¿No es así?

—No... —Titubeó Nadia tratando de explicarse, a pesar de que era un poco complicado porque, por humillante que pudiera parecer, Marco había entendido su disculpa mejor de lo que la hubiera gustado —Bueno, no exactamente, pero...

—Pero cabía la posibilidad, y no quieres arriesgarte... Claro... —Marco la miró el rostro un momento como si quisiera estudiarlo antes de avanzar hacia ella. Luego, apoyó las manos sobre su mesa sin apartar la vista de sus ojos, quedando justo frente a ellos a pesar de que ella estaba en pie frente a él, y el oxígeno desapareció de sus pulmones en una décima de segundo. En aquella posición ese hombre era mucho más intimidante de lo que nunca hubiera imaginado, y la forma en que sostenía su mirada, como si fuera el dueño de todo lo que había en aquella sala, no ayudaba demasiado —No te preocupes, Nadia. No hace falta que te disculpes por nada. No tengo ninguna intención de perjudicarte en ningún sentido, puedes confiar en mi palabra ¿De acuerdo?

La forma en que murmuró aquellas palabras sugerían que fuera alguna especie de secreto, lo que provocó otro escalofrío en su cuerpo. Por primera vez, Marco estaba totalmente serio, no había rastro de petulancia ni burla en su tono de voz ni en su gesto, y parecía sincero, lo que calmó los nervios de Nadia al instante, a pesar de que algo se encendió en su interior debido a su cercanía. Por un momento, trató de apartar la mirada de sus ojos castaños, pero no fue capaz. Era como si la hubiera hipnotizado, y su olor no ayudaba demasiado a apartarse. Nunca hubiera imaginado que olía tan bien, y no se refería únicamente a su colonia, sino a él mismo. Tenía algo que la atraía como si fuera una polilla decidida a alcanzar la luz. Sólo esperaba no tener el mismo final que el insecto.

Después de un tiempo que ella no fue capaz de cuantificar, finalmente fue capaz de asentir como respuesta a sus palabras, así que Marco se apartó al fin, enderezándose de nuevo frente a ella, y recuperó su sonrisa arrogante de nuevo, aunque en aquel momento a ella no la molestó tanto como esperaba. Al

contrario, no podía negar que, de algún modo, la había echado de menos.

—Bien. Entonces, me alegra haberlo aclarado —Aseveró Marco aún con la mirada fija en ella.

—Sí, a mí también, señor Bassetti —Susurró Nadia con voz temblorosa, esperando que Marco no se diera cuenta de la reacción que tenía su cuerpo cuando se aproximaba a ella. Sin embargo, después de ver que la sonrisa del hermano de Alessandro se ampliaba, supuso que se había equivocado. Al fin y al cabo, si Miriam había sido capaz de darse cuenta sin esfuerzo, él debía ser capaz de conseguirlo también sin problemas.

—Perfecto —El modo en que la sonrió en aquel instante a modo de despedida fue suficiente para que su corazón se parara por un momento, así que decidió tomar asiento de nuevo antes de que las piernas le fallasen —Hasta pronto, Nadia.

Y, con aquellas palabras, Marco desapareció de repente como si fuera una visión, del mismo modo que había llegado, dejándola confundida con sus extraños sentimientos. Al menos, ya no tenía mucho más que pensar, porque después de aquel encuentro tenía todo claro. Aquel hombre le gustaba de verdad, aunque supiera que no debía sentirse atraída por él al ser el hermano de su jefe y, de algún modo, tuviera la seguridad de que era un hombre peligroso que no la convenía en absoluto. Al menos, él no parecía tener ningún interés por ella, lo que era de agradecer, porque por desgracia, si algo tenía claro era que él la gustaba, mucho más de lo que tenía intención de reconocer en voz alta, aunque ante sí misma ya no tuviera otro remedio.

CAPÍTULO 8

Aquella tarde Nadia aún no podía creer que al fin fuera viernes. Desde que había empezado en su nuevo trabajo, los días parecían más lentos y monótonos por algún motivo que no llegaba a comprender. En realidad, era extraño, porque con todo el trabajo que tenía era imposible que se aburriera, pero por alguna razón no podía negar que sentía como si, de algún modo, estuviera desperdiciando el tiempo, y no era capaz de comprender el motivo. Todo era, de repente, demasiado confuso. Por suerte, aquella noche había quedado con sus amigas para cenar y luego iban a bailar y distraerse, y supuso que con eso iba a conseguir superar aquellos inesperados sentimientos.

Había pasado todo el día trabajando para su implacable jefe, pero ya sólo quedaban unos minutos para que llegara la hora de marcharse, así que supuso que podía empezar a relajarse. Sin embargo, no había previsto la visita de Marco a última hora. Por desgracia, en cuanto entró por la puerta, sintió que todos sus sentidos se ponían alerta sin su consentimiento, y la poca calma de la que había disfrutado durante los últimos minutos se esfumó al instante. Lo único que hizo fue pasar frente a ella saludándola con cortesía antes de entrar en la oficina de Alessandro, pero eso ya fue suficiente como para que sus nervios se apoderaran de todo su ser, aunque no era capaz de entender la razón. Por un momento, pensó que quizá podría marcharse de allí antes de que apareciera, pero por desgracia aquella tarde no tardó en salir de nuevo, al contrario de lo que ocurría a menudo, que solía estar dentro un buen rato en la oficina de su jefe antes de marcharse. Supuso que debían tener negocios en común y por eso tenía que visitarlo tanto, aunque Alessandro nunca le había hablado de ello, pero, por otro lado, no tenía porqué hablarle de todos sus negocios. Al fin y al cabo, ella no era más que su secretaria.

Nadia miró su reloj en cuanto vio cómo Marco salía por la puerta, deseando poder marcharse de allí cuanto antes, y cuando confirmó que, en efecto, ya eran las seis y podía marcharse, sintió un gran alivio por dentro, aunque se interrumpió de repente cuando levantó la vista dispuesta a ponerse en pie y vio a Marco frente a ella. Se había acercado a ella con elegancia y había tomado asiento sobre su mesa, lo que le colocaba en una posición demasiado próxima a su cuerpo como para que pudiera estar cómoda.

—Hola de nuevo.

—Buenas tardes, señor Bassetti —Marco hizo una mueca de disgusto al

escuchar la forma en que le había llamado, pero en aquella ocasión no dijo nada —Espero que me disculpe, pero es mi hora de marcharme, y la verdad es que tengo prisa... —Explicó poniéndose en pie mientras Marco la seguía con la mirada.

—Vaya... ¿Una cita? —Preguntó con curiosidad.

—Algo así —Respondió ella sin intención de alargar aquella conversación más allá de lo que ya habían dicho. Marco pareció entender la indirecta, porque su gesto alegre se tornó sombrío mientras se incorporaba, quedando de pie frente a ella. Luego se acarició la barbilla.

—Pues es una pena...

—¿Una pena? ¿Qué quiere decir?

Marco recuperó su sonrisa al verla tan interesada.

—Quiero decir... que había pensado invitarte a cenar esta noche... Venía esperando que estuvieras libre, pero supongo que he sido un iluso. Una chica tan preciosa como tú debe tener muchos pretendientes, aunque nunca pensé que yo sería uno de ellos...

Nadia lo observó un instante confundida ¿Que nunca pensó que él sería uno de sus pretendientes? ¿Qué quería decir con eso? ¿Acaso la estaba insultando, dando a entender que nunca imaginó que alguien como ella pudiera atraerle físicamente? ¿O es que intentaba ligar con ella? Fuera lo que fuera, no la parecía la forma adecuada, y debido a su posición era injusto que la invitara a salir, por mucho que a ella le apeteciera aceptar su oferta. Era del todo inapropiado.

—No entiendo qué quiere decir, señor, y como le he dicho, llego tarde...

—Así que estás decidida a rechazar mi invitación, por lo que veo... —La forma en que la observó en ese instante, con tal severidad que incluso sintió un escalofrío, la mostró que no estaba demasiado acostumbrado a las negativas de las mujeres, aunque en realidad eso ya lo imaginaba. Marco era un hombre apuesto, educado y rico, y no necesitaba conocerlo demasiado para saber que también era muy inteligente. Lo veía en su mirada, en cada palabra que pronunciaba, así que estaba claro que las mujeres debían caer rendidas a sus pies en cuanto se acercaba a ellas. De hecho, no podía negar que en cualquier otra circunstancia ella hubiera sido una de ellas. Era cada vez más complicado negarse a algo que, en realidad, ella deseaba hacer con todas sus fuerzas, pero en aquella situación no podía aceptar de ninguna manera. Sabía que él no era el hombre de su vida, sabía que iba a hacerla daño, sabía que debía alejarse de él cuanto antes, y no podía cometer el error de perder aquel maravilloso trabajo por un hombre que no merecía la pena, por muy encantador que fuese hasta que consiguiera su objetivo. La forma en que actuaba era demasiado obvia, y ella no era ninguna principiante. Ya había visto hombres así en el pasado: esos que

fingen estar enamorados de una mujer a la que acaban de conocer, permitiendo que ella se ilusione, hasta que la consiguen enamorar, y después de unas cuantas noches se aburren de ella y la destrozan el corazón. Además, Marco parecía esconder algo más, algo incluso más turbio que todo eso. Podía verlo a través de sus hermosos ojos mientras la miraba. Podía ver como si fuera un espejo que guardaba en su interior demasiados secretos. No había opción. No podía salir con él bajo ningún concepto, por mucho que lo deseara.

—Como ya le he dicho, lo siento pero por desgracia no puedo aceptarla. La verdad es que esta tarde estoy ocupada.

—¿Y mañana? —Insistió Marco una vez más, demostrando que no tenía intención de darse por vencido con tanta facilidad —Podríamos vernos un rato... Ya sabes, como algo informal...

—No creo que sea buena idea.

Marco la miró un instante, como si reflexionara algo, antes de asentir con la cabeza.

—Entiendo —Aceptó al fin, permitiendo que Nadia se calmara pensando que había decidido dejar de insistir porque, al parecer, ya había asumido su rechazo —Bien. De acuerdo, entonces. No te entretengo más. No me gustaría que tu cita tuviera que esperarte por mi culpa.

—Gracias, señor Bassetti.

—Nos vemos.

Aquellas palabras resonaron en la mente de Nadia durante todo el camino de vuelta a su casa, incluso cuando se vestía para ver a sus amigas aquella noche. Ni siquiera era capaz de comprender el motivo hasta que, finalmente, una idea acudió a su mente. En efecto, era obvio cuál era el problema: aquella no era la despedida usual en alguien que no tiene intención de volver a verte, lo que significaba que Marco aún no se había rendido con ella. Y eso la puso nerviosa, sobre todo porque no estaba segura de ser capaz de volver a rechazarle cuando lo único que quería era rendirse e ir con él a cualquier sitio que él deseara.

Marco se quedó observando la puerta por donde acababa de salir Nadia unos segundos cuando escuchó una voz a su espalda.

—Creo que deberías olvidarla. No parece interesada en ti, y no me gustaría que acabara marchándose de la empresa por tu constante acoso, hermano. Es una buena secretaria...

Marco sonrió antes de volverse hacia Alessandro con la calma que le caracterizaba.

—No te preocupes, me aseguraré de que no la pierdas. Sé que es una buena empleada... —Murmuró al fin —Pero te equivocas en que no está interesada en mí. Y voy a demostrarlo. Puedes apostar la vida en ello.

Entonces, dio una palmada en el hombro a Alessandro a modo de despedida y se marchó al fin, tramando su siguiente plan para acorralar a su presa, decidido a conseguir su objetivo por mucho que le costara, fuera como fuera.

CAPÍTULO 9

—¿Otra ronda más? —Preguntó Miriam con voz chillona, demostrando que, aunque sólo era media noche, ya había bebido demasiado.

—Me parece que no... —Contestó Kira entre risas, sabiendo que era lo correcto aunque nadie fuera a escucharle, por desgracia.

—¿Cómo que no? La noche es joven... ¡Otra ronda para todas, camarero! —Gritó al fin gesticulando con los brazos de una forma exagerada, provocando las risas de todas sus amigas al hacerlo.

El camarero asintió con una gran sonrisa, aunque Nadia dudaba de si era por la forma en que se comportaba su mejor amiga o porque, simplemente, le había gustado. Ese efecto era común en Miriam. Los hombres solían sentirse atraídos por ella en cuanto se acercaban a su cuerpo. Nadia se mantuvo en silencio mientras le servían unos chupitos de whisky, a pesar de que en otra ocasión no lo hubiera hecho. Aquella noche necesitaba la bebida. No podía dejar de pensar en Marco, en la forma en que la había mirado, como si anhelara tocarla del mismo modo que ella necesitaba sentirle a él, en la forma en que la había hablado sin apartar la mirada de sus ojos en ningún momento, y en su gesto incómodo cuando ella le había rechazado con frialdad, no una sino hasta dos veces, a pesar de que eso era lo último que deseaba hacer. Le hubiera gustado hablar con Miriam aquella noche del tema, pero mientras veía como el camarero la decía algo al oído al la dejar su copa supo que aquella noche iba a estar ocupada, así que no iba a tener más remedio que consolarse con el alcohol para apartar aquellos recuerdos de su mente.

—Ese tío no para de mirarte —Le comentó Lourdes al oído un instante después, mientras se apartaba el cabello del rostro tratando de disimular su secreto. Nadia levantó la mirada y vio frente a ella a un hombre más o menos de su edad, con unos vaqueros rasgados y una camiseta oscura ajustada que permitía entrever cada uno de los perfectos músculos de su cuerpo. No podía negar que era atractivo mientras permanecía observándola con fijeza, pero por algún motivo no la interesaba. Aquella noche no quería estar con nadie, no quería pensar en nada. Sólo quería volver al pasado y cambiar su vida por completo, pero eso no era posible, así que prefería estar sola. Si al menos lo hubiera conocido en otro sitio... Si al menos no fuera el hermano de su jefe... Ojalá hubiera sido sólo su amigo, o incluso un cliente... Eso hubiera facilitado mucho las cosas. Estaba segura de que hubiera terminado rompiéndola el

corazón, pero al menos no hubiera tenido que negarse a algo que, en realidad, deseaba, para no arriesgar su empleo. La vida era demasiado injusta a veces, y lo único que deseaba en ese momento era descansar y olvidar todo lo que quedaba fuera de su alcance, lo que la llevó a pensar que lo mejor era marcharse al fin a casa. Pero, antes, necesitaba un par de copas más, así que lo mejor era terminar la noche en compañía antes de desmayarse sobre su cama en soledad —Sonríele. Estoy segura de que vendrá a hablar contigo.

—Sí, es posible, pero no me interesa —Contestó Nadia sin pensar demasiado en ello. Lourdes la miró perpleja un instante antes de negar con la cabeza.

—Espero que estés bromeando... ¿O es que estás enferma? —Preguntó alucinada antes de poner la mano sobre su frente, como si intentara averiguar su temperatura del mismo modo que lo hacía su madre cuando era pequeña —Ese tío está buenísimo... ¿Es que no te gusta?

—No demasiado... —Admitió Nadia tomándose un chupito más antes de limpiarse la boca con la mano de una forma muy poco elegante —De hecho, estoy bastante cansada. Este trabajo es más absorbente de lo que imaginaba... Lo mejor es que me vaya a dormir ya. Mañana nos vemos.

Lourdes parecía tener intención de contestar algo, pero en cuanto volvió la mirada y observó a un chico moreno que no la quitaba ojo de encima, decidió que lo mejor era dejar el tema mientras una sonrisa bobalicona aparecía en sus labios.

—Bien, de acuerdo. Como quieras, pero llámame mañana, ¿vale?

—Por supuesto ¡Pasadlo bien!

Nadia se levantó y, un poco mareada, consiguió llegar hasta la puerta de salida, aunque en cuanto la alcanzó al fin, sintió que alguien la sujetaba por el brazo, impidiendo que avanzara. Por un instante, su corazón se ilusionó al pensar que podía ser Marco, pero pronto se dio cuenta de que eso no era posible, dado que no tenía idea de dónde estaba, y que lo único que ocurría era que había bebido demasiado, lo que se confirmó poco después al darse cuenta de que, aunque no era consciente de ello, se estaba balanceando, y si no hubiera sido por el brazo que la estaba sujetando, en aquel momento estaría en el sucio suelo de aquella concurrida discoteca, rezando por que no la pisotearan.

—Vaya... —Dijo una voz varonil a su lado. Antes de darse cuenta, levantó la mirada y vio al chico que poco antes la miraba desde lejos a su lado. Su pelo rubio tenía unas pequeñas ondas que desde lejos no había distinguido, y no tuvo más remedio que aceptar que, desde cerca, su atractivo era aún más evidente —Venía a ver si podía invitarte a tomar algo, pero creo que vamos a tener que dejarlo para otro día, porque hoy ya has bebido demasiado...

Nadia miró al hombre como si no comprendiera lo que decía, así que él

empezó a reír, entendiendo que no era capaz de seguir su conversación con facilidad debido a su estado.

—Bueno, ven. Voy a pedirte un taxi —Decidió al fin.

El hombre la sujetó hasta que llegaron a la calle, se apartaron un poco de la multitud y pidió un taxi antes de introducirla en él. Después, para su sorpresa, entró tras ella. Esperó pacientemente hasta que ella le dijo su dirección al taxista, y luego se quedó quieto, mirando por la ventana.

El trayecto fue silencioso al principio, pero pronto ella empezó a sentir que la falta de conversación daba un aire incómodo, incluso más que estar compartiendo taxi con un completo desconocido, así que decidió decir algo.

—Supongo que ya te has arrepentido de haberte acercado a mí esta noche... —Murmuró insegura. El hombre la miró sorprendido un instante, antes de negar con la cabeza.

—No, claro que no. Nunca podría arrepentirme. Aunque sí admito que lo había imaginado de forma diferente... ¿Por qué dices eso?

—Porque no debe de ser muy divertido hacer de niñera...

El hombre dejó escapar un par de carcajadas antes de responder al fin.

—No te preocupes, no pasa nada. Mientras no vomites encima de mí, todo irá bien...

—Pues me encantaría prometerte que eso no va a ocurrir, pero no creo que pueda...

Al contrario de lo que esperaba, aquellas palabras lo hicieron reír aún más, antes de negar con la cabeza.

—Eres muy divertida —Confesó risueño antes de alargar su mano a modo de presentación —Por cierto, soy Rubén. Encantado de conocerte.

Nadia estrechó su mano también y miró sus ojos verdes por un instante. Incluso algo bebida como estaba, pudo ver con claridad su reflejo en ellos, y eso le transmitió una calidez inesperada.

—Yo soy Nadia —Se presentó al fin sintiendo cómo el estómago le daba un vuelco de repente, justo cuando el taxi se detenía frente a su casa. En ese momento, todo desapareció de su mente y lo único que pudo desear fue aguantar antes de vomitar por todo el suelo de aquel impoluto taxi —Bueno, muchas gracias por acompañarme. Has sido un encanto.

—De nada —En ese momento, metió la mano en el bolsillo y le tendió una pequeña tarjeta —Ahí está mi teléfono. Espero que me llames cuando hayas dormido un poco... ¿De acuerdo?

Nadia lo miró antes de asentir, a pesar de que no tenía intención de hacerlo. Mientras vomitaba sentada frente a su baño, pensó que aquel hombre había sido un ángel, pero por algún motivo seguía sin atraerla nada. Por alguna razón que

no llegaba a comprender, aquellos días sólo la atraía la oscuridad, y esa oscuridad tenía un único nombre: Marco, aunque eso fuera a acabar trayéndola problemas. Estaba segura de ello.

CAPÍTULO 10

Un intenso dolor se materializó de repente en su cuerpo, atrayéndola una vez más a la realidad sin su consentimiento. Poco a poco empezó a abrir los ojos y pudo sentir cómo la luz le cegaba, aunque no era capaz de recordar lo que había ocurrido el día anterior. El dolor aumentó de repente, y con él unas ráfagas de lo que había ocurrido la noche anterior iluminaron su mente. Unos ojos verdes aparecieron de repente frente a ella y, entonces, pudo comprenderlo todo. Aquello le hizo entender que, por desgracia, el dolor de cabeza no iba a desaparecer, junto con el malestar general que le había provocado la resaca. Pero eso no era lo peor. Lo más difícil fue recordar la calma absoluta que había sentido con aquel hombre la noche anterior en uno de sus momentos más complicados. Aquello le hacía pensar que debía volver a verlo, pero sus extraños sentimientos por el hermano de su jefe la disuadían de hacerlo a cada momento mientras bebía a sorbos su café sentada en el sillón de la sala de estar, tratando de poner en orden sus ideas. Fue entonces cuando un ruido terrible interrumpió su tranquilo momento de soledad, y ella notó cómo su cabeza iba a partirse en dos por un instante, antes de darse cuenta de que aquel ruido infernal no había sido más que el timbre de su casa. No pudo evitar ponerse de pie a toda prisa para abrir, antes de que quien fuera que hubiera llamado tuviera la aterradora intención de volver a pulsar el botón de nuevo. Preguntó quién llamaba y no se sorprendió al escuchar la respuesta.

—Soy yo. Ya sabes, tu mejor amiga... Abre la puerta.

En efecto, así lo hizo. No debía sorprenderse por la visita de Miriam aquella mañana, pero hubiera preferido que hubiera aparecido cuando se encontrara mejor. En ese momento, no estaba para charlas banales, ni tampoco de las relevantes, por supuesto.—Bien... Al fin contestas. Llevo una hora llamándote al móvil... Estaba preocupada...

Nada frunció el ceño y trató de pensar dónde podía haber dejado su smartphone. Aquella noche estaba tan mal que ni siquiera recordaba dónde había puesto su bolso, así que era complicado...

—Vaya... Pues la verdad es que no sé dónde está...

—Ya veo —Miriam la observó un instante mientras una pequeña sonrisa se extendía por sus labios —Tía, estás jodida de verdad... ¿Qué pasó anoche?

—¿A qué te refieres? —Preguntó confundida.

—Al tío bueno con el que saliste de la discoteca... Supongo que pasó algo.

Nadia no pudo evitar negar con la cabeza. Sabía que su mejor amiga era una chismosa, pero estaba claro que nunca imaginó hasta qué punto.

—Creía que estabas ocupada...

—Lo estaba, pero ya sabes que lo importante nunca me lo pierdo —Aclaró antes de mirarla a los ojos con curiosidad —Ahora, cuéntamelo todo.

Nadia tomó un sorbo más de su café con calma antes de recostarse contra el respaldo del sillón. Aún intentaba averiguar como iba a conseguir que no le estallara la cabeza.

—No hay nada que contar... —Admitió al fin —Estaba muy borracha, así que me acompañó a casa en su taxi. Entré, vomité y debí desmayarme, porque no recuerdo mucho más hasta esta mañana...

—¿En serio? —Miriam parecía decepcionada —Pues es una pena, porque estaba buenísimo...

—¿Tú crees? La verdad es que yo no me acuerdo muy bien...

—Pues yo sí —Miriam la miró molesta —Era una de tus mejores opciones para olvidarte del tío ese de tu trabajo...

—¿De Marco? No digas tonterías... No tengo que olvidarme de nadie, y no es de mi trabajo... Sólo es el hermano de mi jefe...

—Lo que sea —Miriam la miró un instante como si la estudiara —Lo único que importa es que es una pena haberle perdido la pista al tío bueno de anoche... Hubiera sido perfecto para que superaras de una vez tus fantasías...

—No tengo fantasías, Miriam.

—Ya, eso dices, pero no lo demuestras con tus actos —Su mejor amiga la miró preocupada, algo muy poco habitual en ella —Últimamente estás descolocada, no parece divertirse, siempre estás mirando las musarañas... Te gusta un tío pero dices que es imposible conseguirle, y cuando te pide salir te niegas... No tiene sentido...

—Sí que lo tiene. Ya te lo expliqué. Es el hermano de mi jefe, no es buena idea...

—Lo sé, lo sé. Me lo has explicado un millón de veces, pero lamento decirte que eso no tiene sentido —Confesó su mejor amiga —Cuando quieres a alguien, no hay límites. Tienes que ir a por todas, Nadia. Y tú no lo estás haciendo.

—Claro, eso es cuando quieres a alguien, pero yo no lo quiero —Explicó muy tranquila —Sólo es... un capricho estúpido para mí, y para él seguro que incluso menos que eso. Probablemente yo sólo sea un reto. No hay que darle mayor importancia.

—Yo creo que sí, porque te está afectando demasiado.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué pasaste ayer de ese guaperas?

—No era ningún guaperas, al menos como yo lo recuerdo... —En realidad, sabía que estaba mintiendo, pero era más fácil así. Tenía que demostrarle a su mejor amiga que controlaba la situación, aunque fuera con mentiras —Y no pasé de él. Simplemente, estaba borracha, y él mismo comprendió que no era el mejor momento para intentar nada...

—¿En serio? —Preguntó Miriam, sorprendida—Entonces, ¿te acompañó a casa y no intentó nada? Quizá sea homosexual...

—No, no lo creo —Discrepó Nadia con decisión.

—¿Y por qué estás tan segura? Eso no es muy común en un tío hetero...

—Sí, si es un caballero —Puntualizó convencida, recordando lo amable y comprensivo que se había mostrado —O quizá sólo tenía miedo de que le vomitara encima, creo que dijo algo sobre eso...

—Ah, eso parece más creíble —Aceptó Miriam con una pequeña sonrisa.

—Además, me dio su teléfono...

Miriam levantó la mirada de repente y la cogió de la mano, ilusionada.

—¿Que te dio su teléfono? ¿Y por qué no lo has dicho antes?

—Porque no sé dónde lo puse... Y además no pienso llamarle. Ayer hice un ridículo de lo más espantoso, no pienso volver a verlo nunca más.

—De ninguna manera. No pienso permitir que hagas eso —Nadia miró a su mejor amiga para confirmar que sus palabras iban en serio —Tienes que volver a verlo. Estoy segura de que os iría bien, si intentaras conocerlo...

—¿Y por qué piensas eso? No sabes nada de él...

—Sé que es educado y amable, que está interesado en ti, y, lo más importante, que está muy bueno. No necesito saber nada más, Nadia. Así que coge ahora mismo su teléfono y llámalo. Tienes que quedar con él la semana que viene...

—Ya te he dicho que no pienso hacerlo, pero lo que sí voy a hacer es tomarme una aspirina. La cabeza me está matando... —Nadia se puso en pie mientras su mejor amiga la observaba frunciendo el ceño, pero en cuanto llegó al baño y vio que no había pastillas, todo su mundo se vino a los pies. Iba a tener que bajar a la farmacia, y no sabía cómo iba a conseguirlo con lo mareada que estaba. Sólo tenía una posibilidad, pero era imposible que funcionara —No me quedan —Confesó deprimida delante de su mejor amiga, quien recuperó la sonrisa al momento—¿Podrías bajar a por una caja? Me siento tan mal que no creo que yo sea capaz de hacerlo...

—Puedo hacer algo mejor —Confirmó ampliando su sonrisa al momento —¿Qué pensarías si te dijera que tengo aspirinas aquí mismo?

—¿Hablas en serio?

—Sí. Ya me conoces, soy muy previsora... —Nadia sonrió también, aunque

en realidad con lo mal que se sentía era lo último que deseaba.

—Pues te diría que eres un ángel caído del cielo... —Nadia se acercó a ella emocionada, pero Miriam negó con la cabeza con gesto malévolo, lo que terminó con su repentina alegría en un instante.

—No tan deprisa —Dijo de repente, deteniéndola en seco —Si quieres la pastilla, tendrás que hacer algo por mí —Nadia la miró confundida, y Miriam dejó escapar un par de carcajadas.

—¿Qué quieres que haga?

—Llámalo y queda con él la semana que viene, y las pastillas serán tuyas.

Nadia la miró incrédula un momento. Por un instante, creyó que bromeaba, pero la forma en que mantenía la mirada clavada en sus ojos la demostró que, por desgracia, hablaba en serio.

—Pero, ni siquiera sé dónde dejé la tarjeta donde me dio su teléfono...

—Pues será mejor que la encuentres cuanto antes... —Miriam se miró las uñas, como si no tuviera ninguna prisa para arreglar aquello —Porque, cuanto más tardes, más tiempo tendrás que esperar para terminar con ese horrible dolor de cabeza...

Nadia dudó, pero pronto se dio cuenta de que no tenía opción. No tenía escapatoria. Iba a tener que aceptar las condiciones de su mejor amiga, por muy traidora que fuera. Aunque, en lo más hondo de su corazón, supiera que estaba cometiendo un error al hacerlo, así que se levantó y buscó la tarjeta que le había dado antes de que su cabeza estallara en mil pedazos, y, lentamente, marcó su número de teléfono.

CAPÍTULO 11

—¿Has calculado ya las cifras que te pedí? —Nadia levantó la mirada para encontrarse con los ojos azules de su jefe observándola con fijeza. Por un instante, dudó sobre qué estaba hablando pero pronto se acordó de los cálculos de riesgo que le había solicitado poco antes. Por suerte, ya los tenía resueltos, aunque se hubiera olvidado de proporcionárselos como debería haber hecho antes de sumergirse una vez más en sus oscuros pensamientos.

—Sí, por supuesto, señor Bassetti. Aquí los tiene —Dijo tratando de mostrarse eficiente después de su error con una gran sonrisa en los labios, esperando que aquello funcionara. Alessandro tomó las notas que le tendió y miró los datos antes de asentir con la cabeza.

—Muy bien hecho. Muchas gracias... —Entonces, se dio la vuelta para volver a su despacho, pero antes de hacerlo se volvió hacia ella de nuevo —Por cierto, ¿has enviado los e-mails que te pedí? Ya sabes que eran urgentes...

—Sí, señor. Lo sé. Estoy en ello en este momento.

Alessandro frunció el ceño mientras la miraba extrañado antes de decidirse a contestar, como si hubiera dudado cómo debía decir lo que tenía en mente por un momento.

—Bien, Nadia. De acuerdo, pero no tardes —Dijo sin más antes de meterse en su oficina de nuevo.

—No lo haré, señor Bassetti. Tiene mi palabra.

Y, entonces, siguió con su trabajo, decidida a ser tan eficaz como debía en su trabajo, aunque últimamente le costara más de lo que esperaba hacerlo.

A pesar de que en general no era algo muy propio de ella, últimamente solía quedarse pensativa, sumida en sus fantasías durante más tiempo del que la hubiera gustado. En ese momento, había imaginado que Marco aparecía de repente y le sonreía con alegría antes de invitarla a comer, y ella aceptaba contenta, sabiendo que nada podía salir mal entre ellos. Era un sueño bonito, no cabía duda, aunque fuera demasiado irreal para poder creerlo.

Al contrario que todo aquello, al final había tenido que quedar con Rubén, debido a la insistencia (y posterior chantaje) de su mejor amiga. Había esperado que él se negase debido a su penoso comportamiento de la noche en que lo conoció, pero por desgracia parecía impaciente por verla, así que habían quedado aquella tarde, y ella no sabía qué hacer, porque en realidad no quería encontrarse con él, aunque no era capaz de llamarlo para anular su cita por algún

motivo que no era capaz de comprender, de modo que iba a tener que ir a pesar de todo. Intentaba concentrarse en que sólo sería un rato y todo habría terminado al fin, así que no debía darle tanta importancia, pero algo en su interior le decía que no era cierto. Rubén era guapo y dulce, debería sentirse atraída por él, pero no era así. Algo dentro de ella no funcionaba correctamente. Cualquiera chica en el mundo se hubiera quedado prendada de él nada más verlo, pero ella no sentía nada en absoluto. Sólo podía pensar en Marco a cada segundo, lo que era absurdo, porque era ella misma quien había rechazado salir con él pocos días antes. Nada de lo que estaba ocurriendo tenía ningún sentido, pero de todos modos no podía evitar hacerlo ¿Y si su corazónada no era cierta? ¿Y si Marco no escondía nada, y no la traía ningún problema? En realidad, no tenía ninguna prueba certera que probase su estúpida teoría. Quizá podrían ser felices juntos, y su relación no iba a afectar a su trabajo porque tanto él como su hermano eran lo suficientemente maduros para separar los negocios del placer, de modo que no tenía por qué negarse a hacer algo que, en realidad, deseaba? Las preguntas se acumularon en su mente hasta colapsarla, así que decidió concentrarse en su trabajo hasta que terminó el día, tratando de ignorar sus sentimientos.

Mientras caminaba por la calle de vuelta a su casa empezó a reflexionar sobre lo que la podía estar ocurriendo. Ella no era así. Ella no era tan irracional como estaba demostrando aquellos días. Ella siempre había controlado la situación, había sido capaz de pensar con racionalidad antes de tomar decisiones, y nunca se había dejado llevar sin más por sus sentimientos, ni había tenido la tentación de hacerlo. Algo extraño había ocurrido desde que empezó en su nuevo trabajo. Era como si algo en su interior hubiera cambiado de repente sin ningún motivo, y repentinamente su vida le parecía aburrida y monótona, sin ningún aliciente para continuar con ilusión, mientras se mantuviera alejada del objeto de su deseo. Era lo más disparatado que había imaginado jamás, pero no podía negar que eso era lo que sentía, incluso mientras se vestía para ver a su cita de aquella noche. Un mensaje sonó en su móvil, despertándola de repente de su letargo. Se había puesto sus vaqueros azules y una camisa negra holgada y ni siquiera se había molestado en retocarse el maquillaje, lo que era prueba suficiente de que aquel encuentro no la importaba lo más mínimo, aunque debiera acudir porque había dado su palabra. Sin embargo, con todas las dudas que asolaban su mente en ese momento, en cuanto vio el mensaje de su mejor amiga, una sonrisa invadió sus labios al instante.

Deja de comerte la cabeza y pásatelo bien. Te lo mereces ;)

Y, en aquel momento, algo iluminó su mente al fin, mostrándola que Miriam tenía razón. Tenía que dejar de pensar todo tanto y limitarse a vivir. Aquella noche iba a quedar con un hombre atractivo y educado que parecía bastante interesado en ella y debía concentrarse en eso, olvidando todas las ideas enfermizas que desde hacía unos días la embaucaban. Quizá eso fuera suficiente para superar aquel capricho irracional, y al fin estaba decidida a conseguirlo. Costara lo que costara.

CAPÍTULO 12

Nadia se sentía nerviosa por algún motivo que no lograba comprender cuando salió de su portal para encontrarse con su cita aquella noche. Era extraño, porque sabía que aquel hombre, por atractivo que fuera, no la importaba demasiado, pero algo en su interior la angustiaba de todos modos. Por suerte, no tuvo demasiado tiempo más para pensar en ello, porque en cuanto salió al fin y vio a Rubén esperándola y una sonrisa iluminó su rostro en cuanto la vio frente a él, todo lo demás pareció desvanecerse de repente. Rubén avanzó hacia ella admirando su cuerpo como si llevara puesto un vestido de noche y tanto maquillaje como se hubiera esperando de una primera cita con un hombre como él y la dio un tímido beso en la mejilla antes de hablar.

—Estás preciosa —Le confesó al oído antes de señalar su coche —¿Nos vamos?

—Claro... —Aceptó ella tratando de mostrarse ilusionada. En realidad, e incluso aunque a ella misma le sorprendiera, también lo estaba, aunque fuera un poquito. Lentamente, parecía sentirse cada vez más tranquila, y su mente calmada era mucho más clara cuando se sentía lejana al huracán que provocaba en su interior el hermano de su jefe, a pesar de que apenas lo conocía.

Durante el viaje en coche, Rubén mantuvo una conversación calmada que terminó de apaciguar sus nervios al fin, de modo que Nadia empezó a sentir que quizá, sólo quizá, Rubén podía ser su oportunidad para volver a controlar su vida. Al fin y al cabo, siempre lo había hecho, al menos hasta que conoció a Marco. Era extraño que tuviera tanto poder sobre ella cuando no sabía casi nada de él, y las vibraciones que le transmitían no eran positivas precisamente, así que supuso que lo mejor era alejarse de él lo más posible, y empezar una relación con Rubén podía ser el comienzo de aquel plan tan necesario. Sin embargo, no era justo para él que lo utilizara de aquella forma, así que lo mejor era que fueran despacio. Con todo aquel lío revolucionando su mente, lo mejor era que dejara atrás sus problemas y obsesiones absurdas y se centrara en el presente, tal como su mejor amiga la había aconsejado tantas veces. Y eso fue lo que decidió hacer.

—Bueno, ¿adónde me llevas?

La sonrisa dulce que vio en los labios del hombre que tenía a su lado le conmovió tanto que, por un instante, supuso que había tomado la decisión correcta, aunque por desgracia su corazón no pareciera estar de acuerdo.

—A un restaurante del centro. Me han dicho que es maravilloso, aunque

nunca he estado ahí antes...

—Entonces, será una primera vez para los dos...

Rubén asintió sin perder la sonrisa con la mirada clavada en la carretera.

—Sí. Supongo.

En cuanto pararon el coche, Rubén se levantó y fue hacia su puerta. Antes de que ella pudiera coger el tirador siquiera, él ya le había abierto con una elegancia asombrosa, sorprendiéndola una vez más.

—Gracias.

Entonces, levantó la vista y pudo observar el hermoso lugar en el que se encontraba. Era un restaurante mucho más distinguido de lo que había esperado, pero él no pareció extrañarse al verlo, así que supuso que no se había equivocado. Sin duda, su ropa no era acorde con el lugar, pero él no pareció preocupado por ello. Caminó lentamente por las escaleras y subió hasta llegar a la puerta, y entonces vio al recepcionista frente a ella. Atravesó la puerta esperando que la echaran de allí, consciente de que en aquellos lugares solía haber cierta etiqueta, pero para su sorpresa el recepcionista les recibió con una sonrisa y les acompañó a su mesa en cuanto Rubén le informó sobre su reserva. Tomó asiento sintiéndose un poco rara al ver cómo le retiraban la silla para que le fuera más cómodo, y entonces se fijó en la ropa de Rubén por primera vez aquella noche. Él tampoco iba demasiado elegante, sólo con unos pantalones chinos color crema y una camisa negra. A su alrededor, las parejas y familias iban bien vestidas, pero desde luego no de etiqueta, y eso la tranquilizó bastante. Estaba claro que, por muy caro que pareciera aquel lugar, no era de los que tienen exigencias de ropa.

—¿Te gusta? —Preguntó Rubén después de observar con paciencia la forma en que había estudiado el lugar, mientras colocaba la servilleta sobre su regazo.

—Sí, la verdad es que es precioso —Admitió Nadia con sinceridad.

Rubén asintió en silencio.

—Sí, yo pienso lo mismo. Me lo ha recomendado un amigo. Dice que la comida está deliciosa...

—Estoy segura de ello.

Nadia trató de mostrarse amable mientras comían el exquisito pato a la naranja que su camarero les había aconsejado, y escuchó mientras Rubén le explicaba diversas anécdotas divertidas de su trabajo como publicista en una mediana empresa de Madrid. Parecía tan simpático, modesto y atractivo que casi podría definirlo como perfecto, pero por algún motivo seguía sin estar segura de que debiera salir con él. Y lo peor de todo era que sabía cuál era el motivo, dado que su nombre se repetía en su mente a cada momento.

—Bueno, ¿y qué me cuentas de ti?

—Pues no demasiado... Mi vida no es demasiado interesante... —Confesó forzándose a sonreír mientras apartaba de su mente, una vez más, la imagen de Marco aquella noche. Aquello estaba empezando a convertirse en una obsesión peligrosa, a pesar de que aquel hombre apenas había hablado con ella. No tenía ningún sentido, estaba claro —Acabo de empezar en mi nuevo trabajo como secretaria, y por ahora me gusta bastante. Es algo diferente, y no es exactamente lo que había pensado, pero no puedo quejarme. Acabo de terminar mi carrera y conseguir un trabajo tan bueno como este ha sido un sueño hecho realidad...

—Ya lo imagino... —Confirmó Rubén —¿Y qué tal es tu jefe? ¿Es muy pesado?

En cuanto pensó en Alessandro, una gran sonrisa apareció en su rostro sin que ella fuera consciente de ello. En realidad, no podía negar que, por muy problemático que le hubiera parecido en un principio, Alessandro era un buen jefe. Era exigente, desde luego, pero nunca la había faltado el respeto, y había sido muy paciente con su aprendizaje, así que no podía tener queja sobre él, si excluía la continua presencia de su hermano en la oficina, claro.

—La verdad es que es encantador. No puedo decir nada malo de él...

—Me alegro, porque siempre pensé que el trabajo de secretaria debía ser muy complicado, y más si te toca un coñazo de jefe que apenas te deja ir al baño...

Nadia rió junto a Rubén un instante antes de ser capaz de contestar.

—Bueno... Nunca me ha prohibido ir, aunque tampoco es que me de mucho tiempo de descanso... Pero aún así es un buen jefe, en serio.

El resto de la noche fue mucho más agradable de lo que Nadia nunca hubiera imaginado, y el recuerdo de Marco se fue desvaneciendo con el tiempo, lo que ella agradeció sobremanera. De hecho, cuando llegaron a la puerta de su casa aquella noche, Rubén la sostenía la mano y ella, por un momento, incluso deseó no despedirse de él tan pronto. Sin embargo, sabía que no podía invitarle a entrar a su casa. Era demasiado pronto, y había decidido tomarse las cosas con calma debido a la confusión de sentimientos que la invadía por completo. Con esa idea en mente, en cuanto él la sonrió para despedirse y levantó la mano para acariciar su rostro con dulzura, sintió que un escalofrío paralizaba su cuerpo y decidió abandonarse al fin, aunque sólo fuera durante unos minutos.

—Lo he pasado muy bien esta noche —Comunicó Rubén sin apartar la mano de su piel con los ojos fijos en los de ella.

—Sí, yo también —Aceptó ella al fin, sintiendo como si aquel hombre la hubiera hipnotizado con sus iris verdes por un momento.

—Me alegro, porque me encantaría volver a verte.

—Perfecto.

Rubén amplió un poco su sonrisa y acarició su pelo mientras se mojaba los labios con la lengua lentamente, y en ese momento, Nadia no pudo pensar en otra cosa que no fuera en las ganas que tenía de besar aquellos apetecibles labios gruesos y sonrosados. Por ese motivo, en cuanto se acercó a ella, cerró los ojos y se concentró en sentir la forma en que Rubén se apoderaba de su boca, acariciando cada rincón con su lengua ardiente como si fuera la primera vez que lo hacía en su vida. Cuando al fin se apartó de ella y volvió a mirarla, se encontró con su hermoso rostro alegre de nuevo, y no pudo evitar que una hermosa sonrisa se dibujara en su boca también mientras sentía que había olvidado todo lo que en ese momento era ajeno a ellos.

—Te llamaré mañana —Dijo a modo de despedida antes de acariciar su mejilla y su cuello con la yema de sus dedos. Después, se mordió el labio y se dio la vuelta para volver a su coche, dejándola con una sensación de soledad que nunca había sentido hasta ese momento, se montó en el asiento del conductor y se alejó de ella por la carretera.

CAPÍTULO 13

Unos días después, Nadia empezaba a sentirse ella misma de nuevo. Por suerte, Marco no había vuelto a pasarse por la oficina, y aunque no podía negar que sus extraños sentimientos por él aún no habían desaparecido del todo, tenía que aceptar que empezaba a sentir algo por Rubén, quien era tan atento, guapo y maravilloso que casi parecía irreal. Su mejor amiga le había aconsejado que no se apartara de él, porque parecía un buen hombre, y, por muy difícil que fuera para ella, estaba de acuerdo con su opinión y, por lo tanto, decidida a hacerlo. Al fin y al cabo, a su lado estaba sintiéndose tranquila y calmada, algo que nunca le había ocurrido cuando estaba en presencia de Marco. De hecho, a su lado siempre se sentía nerviosa, insegura e intimidada. Lo cierto era que él la gustaba de una forma diferente a Rubén. Era como un imposible, alguien a quien nunca imaginó que podría llegar a tocar, como si fuera un amor platónico, y eso lo complicaba demasiado. Con Rubén todo era mucho más fácil, y eso también tenía su atractivo. Era de su edad, no parecía tan intimidante o problemático como Marco y, además, era transparente. Podía ver lo que sentía en sus ojos a cada instante, lo que la daba una tranquilidad que, en ese momento, agradecía. No podía negar que, en ese momento de su vida, era justo lo que necesitaba. Aún estaba pensando en eso cuando sintió cómo su estómago se movía dentro de ella, haciendo un extraño ruido para avisar de que había llegado la hora de la comida, así que se dio la vuelta, dejó unos papeles sobre la bandeja que había a un lado de su mesa, y decidió que debía marcharse antes de morir de hambre, cuando de repente se dio la vuelta y se encontró con un rostro conocido que la observaba divertido al detalle.

—Hola, Nadia. Cuánto tiempo sin verte —Dijo al fin a modo de saludo en tono jocosos mientras ella se esforzaba por encontrar su voz en algún lugar de su interior.

—Buenas tardes, señor Bassetti —Dijo al fin tratando de controlarse, a pesar de que, por la forma en que la estaba mirando Marco, como si fuera una presa que estaba a punto de devorar, no cabía duda de que sus intentos no iban a servir de nada. Marco sabía el poder que tenía sobre ella por más que ella tratara de esconder lo que sentía, y estaba claro, por la forma en que avanzó hacia donde se encontraba muy despacio, como si se recreara en cada movimiento, que no tenía intención de darle ningún tipo de tregua al respecto —Su hermano está en su despacho ¿Necesita que le avise de que ha venido?

—No, muchas gracias. En realidad, ya lo sabe —Explicó con naturalidad mientras se detenía frente a ella. Después, apoyó las manos sobre su mesa y la miró con fijeza.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por usted?

—Me alegra que me hagas esa pregunta, porque tengo una gran respuesta — La forma en que la miraba no era nada sutil, y eso la puso nerviosa de nuevo, pero por desgracia tuvo que admitir que, de algún modo, había llegado a echar de menos ese sentimiento. Nada podía compararse, ni de lejos, a lo que sentía cada vez que Marco se acercaba a ella, y por muy intimidante que fuera, era algo interesante —Ven a comer conmigo.

Nadia sintió que su cuerpo se rebelaba ante aquella invitación, pero aún así no dudó en negar con la cabeza.

—No, lo siento. No puedo...

—¿Por qué? —La sonrisa de Marco desapareció al instante justo antes de que frunciera el ceño —Supongo que tú comes, igual que todo el mundo, y, por la hora que es, apuesto a que tienes hambre...

—Claro que sí, pero no se trata de eso, señor Bassetti, ya lo sabe —Marco la observó confundido, y ella trató de aclarar su mente, lo que no era nada fácil al verlo tan cerca —Quiero decir que... Usted es el hermano de mi jefe y no creo que esto sea una buena idea... Eso es todo...

—Pero eso no tiene sentido... —Dijo recuperando su confianza habitual, con cierto atisbo de ira en la voz —No te estoy pidiendo que te vengas conmigo a la cama, ni siquiera es una cita, Nadia. Sólo te estoy diciendo que me acompañes a comer...

—Lo sé... —Nadia trató de sofocar el jadeo que amenazaba con escapar de sus labios cuando escuchó aquellas palabras. Por desgracia, aunque nunca iba a ser capaz de aceptarlo ante Marco, eso era justo lo que deseaba. Lo deseaba a él, con todas sus fuerzas, y sentía que ya no era capaz de luchar más contra ello, pero debía hacerlo, y además era preciso que lo consiguiera —No me refería a eso...

—Sí, ya sé a qué te referías, y no tiene sentido... —Dijo con un tono de voz algo más irritable que de costumbre. En ese momento, Nadia pudo ver con claridad lo que siempre había sospechado: detrás de aquella sonrisa despreocupada, Marco escondía un gran temperamento, además de muchos secretos. Sólo podía traerla problemas, así que por mucho que quisiera aceptar su proposición, no podía hacerlo. Sin embargo, ante su silencio, Marco volvió a apaciguar su enfado de nuevo, y su mirada volvió a suavizarse una vez más sin apartarse de ella en ningún momento —Venga... A esto no te puedes negar, Nadia. Sabes que tienes que comer... ¿Qué más te da venir conmigo o irte sola?

—No sé... Es que... No me parece bien ir a comer con mi jefe y su hermano, señor Bassetti.. —Titubeó Nadia cada vez más insegura.

—No me llames señor... Y tu jefe y yo comemos como todo el mundo... No creo que vaya a ser tan diferente... En serio...

—No sé... No creo que sea buena idea...

En ese momento, como si hubiera sido una plegaria divina, Emma, la novia de su jefe, apareció tras ellos, interrumpiendo su conversación, y por un instante pudo volver a respirar de nuevo. Ambos comenzaron una conversación sin importancia que la permitió pensar un instante sobre la forma en que debía huir tan rápido como le fuera posible de aquel lugar, hasta que, de repente, algo interrumpió sus planes por un momento: la conversación se había puesto interesante.

—Oye, ¿a ti también te ha obligado a llevar guardaespaldas? Porque intento acostumbrarme, pero son un poco pesados... —Se quejó Emma en una actitud algo infantil que, sin embargo, en ella sólo la hacía parecer aún más atractiva de lo que ya era.

Marco la miró un momento con curiosidad antes de esbozar una pícaro sonrisa que era muy parecida a la de su hermano. Después, negó con la cabeza.

—No, Emma. La verdad es que yo no tengo guardaespaldas... Supongo que no los necesito... —Contestó con calma encogiéndose de hombros.

—Vaya... Pues, al parecer, yo sí... Aunque sigo sin saber por qué... ¿Tú sabes algo...?

Nadia siguió escuchando con curiosidad, esperando a ver si aquella extraña conversación le daba alguna pista de lo que, tal como suponía, escondía aquel hombre tan atractivo que la tenía obsesionada. Pero, por supuesto, su respuesta fue evasiva, tal como se esperaba de un hombre como él.

Aún estaba tratando de asimilar aquello cuando la puerta del despacho de Alessandro se abrió de repente, y él salió de allí tan estresado como siempre y con el móvil aún en la mano.

—Ya he terminado... Sé que llego un poco tarde... —Dijo mirando a su hermano y Emma, que tenían un gesto extraño.

—No pasa nada, hermano. En realidad, estaba intentando convencer a tu secretaria para que nos acompañara a comer, porque ir solo con una pareja es una mierda... —Le explicó sin perder la sonrisa en ningún momento, a pesar de la forma en que Nadia se sonrojó a su espalda —Pero ella no quiere. Dice que sería raro porque eres su jefe... Así que, ¿qué tal si me ayudas a convencerla?

Alessandro miró a Marco y luego a Nadia, que al instante se quedó pálida, como si quisiera que la tragase la tierra, antes de asentir al fin.

—Claro. Debería venirse... Además, estoy seguro de que lo pasaremos bien...

Marco amplió su sonrisa antes de volverse hacia Nadia al fin, demostrando la satisfacción que sentía al haber conseguido su objetivo.

—¿Ves? No sólo tu jefe está de acuerdo, sino que te ha dado una orden... Ahora tendrás que venir a comer con nosotros quieras o no, preciosa...

Tras escuchar aquellas palabras, Nadia no pudo evitar darse por vencida, así que asintió con la cabeza sin mirarlo mientras luchaba por que su rostro volviera a su color natural.

—Vale... De acuerdo. Cogeré mis cosas... —Murmuró al fin.

—Perfecto.

Y, de aquel modo, todos salieron a comer, mientras Emma, caminando de la mano de Alessandro, se percató de la sonrisa triunfal de Marco, que, una vez más, había conseguido su objetivo, algo a lo que, al parecer, estaba bastante acostumbrado, y Nadia trataba de pensar en la forma de olvidar a aquel hombre que la observaba petulante, aunque fuera plenamente consciente de que, estando tan cerca de su cuerpo, no iba a resultar tan fácil como le hubiera gustado.

CAPÍTULO 14

Cuando se sentaron en el restaurante, Nadia aún sentía que no podía respirar. Por desgracia, Marco parecía haberse dado cuenta de ello, pero lejos de rendirse, eso le hacía insistir más. Aquello era como un juego para él, estaba segura. Era como una cacería donde ella era la presa, y en ese momento ya no tenía oportunidad de huir. Eso iba a complicar su rechazo más de lo que le hubiera gustado.

—¿Te gusta el pollo? —Escuchó preguntar de repente a su lado. En cuanto levantó un poco la mirada, observó cómo Marco la observaba con fijeza con una pequeña sonrisa burlona en los labios, lo que le obligó a bajar la mirada con rapidez, mientras su jefe y Emma hablaban de forma animada ajenos a ellos. Estaban tan enamorados que incluso le daba envidia. Por un instante, dudó si, quizá, Marco podía llegar a enamorarse del mismo modo que Alessandro lo había hecho, pero algo le decía que eso no iba a ocurrir, de modo que la única posibilidad llegados a ese punto era huir de él o salir herida... Y a ella nunca la había gustado demasiado salir herida...

—Sí, la verdad es que me gusta, aunque no es una de mis comidas favoritas...

—Qué casualidad, tampoco es la mía —Admitió Marco mientras volvía su mirada a la carta de nuevo —¿Mejor arroz? Aquí hay una paella que promete ser deliciosa...

—Sí, supongo que prefiero eso...

—Decidido, entonces.

Marco se volvió al camarero, que parecía estar muy cerca de ellos esperando su decisión de forma eficiente, y le pidió paella para todos, mientras ella lo observaba atónita.

—¿A tu hermano también le gusta la paella? —Preguntó Nadia extrañada de que ni siquiera le hubiera consultado su opinión antes de pedir.

—Por supuesto ¿A quién podría no gustarle la paella?

Nadia asintió, confundida ¿Era eso algo que Marco solía hacer a menudo? ¿Asumir los gustos de los demás, como había hecho con ella? De algún modo, había dado por hecho que a ella le gustaba él y no paraba de insistir para que salieran juntos, aunque fuera a una comida de trabajo, como en aquel caso. Y, lo peor era que parecía que siempre conseguía su objetivo. Pero con ella no iba a ser tan sencillo, aunque quizá estuviera acostumbrado a que lo fuera.

—No sé... A veces hay personas a las que no les gusta algo que para el resto del mundo es irresistible... No se puede dar nada por hecho...

—Vaya... ¿Eso es lo que crees? —Nadia asintió y mantuvo la mirada de Marco con maestría, algo que a él le sorprendió dado el gesto de asombro que vio en su rostro en ese momento, a la vez que perdía la sonrisa. Entonces, se acercó a ella y le habló en un susurro, como si le estuviera diciendo un secreto —Pues tengo que decirte que me da la impresión de que la conversación se ha puesto bastante interesante... Sobre todo porque no creo que sigamos hablando de comida... ¿Me equivoco?

Nadia se quedó perpleja al escuchar aquellas palabras. Nunca pensó que Marco fuera a ser tan directo, y menos cuando mantenían una conversación con su hermano frente a ellos, a pesar de que Alessandro no parecía estar enterándose de nada de lo que decían, pues, como era de esperar, estaba mucho más interesado en su novia, Emma.

—No lo sé... Sólo era un comentario... No me refería a nada concreto... — Dijo tratando de relajar el ambiente, que de repente estaba mucho más cargado de lo que le hubiera gustado.

Marco frunció el ceño, claramente decepcionado con aquella respuesta, y, justo cuando iba a contestar, el camarero apareció con sus platos, los sirvió de forma eficiente y se marchó en silencio.

Marco tomó su tenedor y probó su paella con una calma que a ella le resultó angustiada, aunque se esforzó para no demostrar sus sentimientos de nuevo. Sin embargo, después de masticar y tragar con tranquilidad, se volvió hacia ella, muy serio.

—Entonces, ¿debo entender que no te intereso? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No, no es eso exactamente...

—Entonces, ¿qué es? Explícate.

Nadia trató de buscar una forma de salir de aquel aprieto sin ofender a Marco, pues lo último que deseaba era montar una escena en aquel restaurante delante de su actual jefe, así que optó por la opción que le pareció más fácil en la difícil situación en la que se encontraba.

—Pues... Es sólo que... Estoy saliendo con alguien... Eso es todo. Así que, supongo que simplemente no es el mejor momento...

—Vaya... Eso no lo esperaba —Admitió Marco mostrándose un poco frustrado —¿Y es serio?

—Creo que podría llegar a serlo... —Mintió con descaro. En realidad, acababa de empezar a salir con Rubén y, por muy maravilloso que pareciera, aún era demasiado pronto para saber lo que iba a ocurrir en el futuro, pero supuso

que esa era la respuesta más adecuada de todas maneras. Eso podía hacer que Marco se alejara de ella al fin, lo que le facilitaría mucho la vida, a pesar de que el dolor que sintió al pensar en no volver a verlo fue mucho más intenso de lo que hubiera esperado.

—También podrías dejarlo —Sentenció Marco con naturalidad entre bocados sin ni siquiera molestarse en mirar a Nadia, recuperando su pequeña sonrisa arrogante característica de nuevo —La gente rompe a menudo... No es nada nuevo...

—Lo sé, pero por ahora no tengo ningún motivo para hacerlo —Las palabras de Nadia surgieron más irritadas de lo que esperaba ¿Que lo dejara? ¿Estaba insinuando que debía dejar a un hombre atractivo, bueno e inteligente por el hermano de su jefe, a quien ni siquiera conocía, sólo porque, por algún motivo, se había encaprichado de ella? Ese hombre no tenía límites, estaba claro.

Marco amplió su sonrisa antes de asentir con la cabeza.

—Sí, supongo que tienes razón. Sólo era una idea... —Admitió, como si de repente se diera cuenta de que había ido demasiado lejos —¿Qué te parece si cambiamos de tema?

Nadia sintió que sus hombros se relajaban al escuchar esas palabras.

—Me parece una gran idea.

—Bien... Entonces, dime ¿Cómo te trata mi hermano? Porque debe de ser un coñazo tener que soportarlo todo el día...

Nadia levantó la mirada hacia Alessandro, que de repente se había quedado callado y, por lo tanto, había escuchado las palabras de Marco, y se volvió hacia él, fingiéndose enfadado.

—Tío, pero, ¿qué estás diciendo? —Preguntó con el ceño fruncido, aunque con tono de broma. Estaba claro que se llevaban demasiado bien para discutir por una tontería como aquella —¿Estás intentando poner a mi secretaria en mi contra delante de mi cara?

—No... Nada de eso... De hecho, tengo intención de ponerle un altar por soportarte... Debe de ser complicado...

Nadia no pudo evitar reír a carcajadas mientras los dos hermanos se peleaban frente a ella mientras admiraba la forma en que Emma reía también junto a ella. Estaba claro que estar con Alessandro y Marco no debía resultar aburrido, y eso le hizo dudar por un instante si hacía lo correcto al rechazar a Marco de pleno a pesar de la irresistible tentación que sentía por él, pero por suertes sus dudas se desvanecieron antes de lo que pensaba, asumiendo que estaba haciendo lo correcto.

Después de aquello, todo fue mucho más relajado. Nadia empezó a sentirse mucho más a gusto con Marco, hasta el punto en que empezó a dudar si todas

sus dudas e impresiones habían sido erróneas. En ese momento sólo parecía un hombre simpático y agradable que se interesaba por ella, y probablemente debería darle una oportunidad antes de rechazarlo... aunque eso supusiera un riesgo.

Sus dudas se acrecentaron cuando, de vuelta a la oficina, Marco la observó con fijeza y, en medio de una profunda conversación sobre la cocina francesa, le preguntó:

—Entonces, ¿qué te parece si seguimos hablando sobre esto por la noche?

Nadia lo miró a los ojos y negó con la cabeza, aunque era fácil darse cuenta de que ya no parecía tan segura de su respuesta como antes.

—No puedo, estoy ocupada...

—Ah, sí, claro... Tu nuevo ligue... Lo olvidaba... —Marco se quedó pensativo un instante, y luego se encogió de hombros —De acuerdo. Como quieras —Añadió como si en realidad no le importara. Pero algo en su rostro había cambiado. De algún modo, después de esa hora juntos, Marco era más consciente de que ella no deseaba rechazarlo en realidad, por mucho que fuera lo que indicaban sus palabras. Después de aquella comida juntos, todo había cambiado, hasta el punto de que era plenamente consciente de que iba a ganar el juego, al igual que ella. De hecho, estaba a punto de hacerlo. Y, si algo tenía claro, era que no iba a rendirse, y mucho menos cuando estaba tan cerca. No era el tipo de hombre que se daba por vencido. No iba a dejarlo pasar. Iba a conseguir su objetivo... fuera como fuera.

CAPÍTULO 15

De vuelta a su oficina, Marco no podía quitarse las palabras de su hermano de la cabeza. Le había dicho que se estaba pasando con su secretaria, hasta el punto de que temía que pudiera llegar a dejar el trabajo por su culpa, pero aquello no tenía ningún sentido... O quizá tenía toda la razón y él era tan inconsciente que ni siquiera era capaz de verlo ¿De verdad se estaba pasando con Nadia? ¿Era posible que estuviera presionándola demasiado? La respuesta era clara: no. Siempre había sabido que se sentía atraída por él, por mucho que le rechazara por algún motivo que no llegaba a comprender, pero aquel día le había quedado más claro que nunca. A ella le gustaba él, y mucho más de lo que imaginaba, lo que sólo podía significar que el problema era que su jefe era su hermano. No podía tratarse de otro motivo, y por lo tanto tenía que asegurarse de alguna forma de que ella comprendiera que lo que pasara entre ellos no iba a interferir en su trabajo de ningún modo. Eso era lo último que deseaba. En realidad, sólo la deseaba a ella. Las palabras de su hermano sonaron una vez más como un eco en su mente: «...No pasa nada porque no te tires a todas las tías que te atraen... Alguna se puede escapar...» Por un instante, pensó que su hermano tenía razón y quizá lo más sensato era olvidarse de Nadia para siempre. Al fin y al cabo, sólo era una más... y estaba comprometiendo a su hermano con su insistente actitud... Pero pronto se dio cuenta de que algo en su interior se lo impedía por algún motivo que no era capaz de comprender. Sí, Nadia le gustaba, pero no como otras mujeres que había conocido en el pasado. Había algo en su mirada, en su sonrisa, en su gesto severo cuando él se comportaba de forma arrogante y descuidada que le llegaba más profundo de lo que nunca antes había sentido con ninguna otra mujer. Y eso era extraño... y preocupante. Quizá fuera algo más que un polvo un poco más complicado de lo que acostumbraba... De otra forma no podía explicarse lo que sentía... Pero no podía ser. De ninguna manera. Él siempre había dicho que no tenía problema para enamorarse, pero en el fondo era tan consciente como su hermano de que eso no era nada fácil en su mundo... Si encontraba a una mujer con la que compartir su vida debía ser igual que él. De ese modo lo comprendería y no saldría huyendo de su lado en cuanto se enterase de sus secretos... Así que estaba decidido. Nadia sólo iba a ser una más, un desahogo, como todas. Estaba claro que el único motivo por el que le interesaba tanto, hasta llegar casi a la obsesión, era que lo había rechazado varias veces, algo que nunca le había ocurrido en el pasado. En cuanto la consiguiera,

la olvidaría como a todas las demás. Sólo era cuestión de tiempo.

En cuanto llegó a su despacho y su secretaria le dijo que no tenía ningún recado para él, se sentó en su silla y miró por su enorme ventanal. Las vistas eran lo mejor de aquel lugar. Los edificios se veían tan pequeños desde su altura como la gente que caminaba por sus calles repletas, y eso a veces le hacía sentir que sus problemas eran también así, insignificantes desde las alturas. Quizá una vida más simple era el sueño de aquella gente que veía ir y venir por la ciudad a diario, pero no era su caso. Le gustaba sentir la adrenalina corriendo por sus venas. Le hacía sentir vivo, y no estaba dispuesto a renunciar a ello. Por nada del mundo. Jamás. Nunca había comprendido a su hermano en ese aspecto. Su deseo de huir de algo que él disfrutaba a cada segundo que pasaba era algo que escapaba a su entendimiento desde que tenía uso de razón.

El sonido de su teléfono interrumpió de repente sus pensamientos.

—Dime, Margarita —Dijo sin molestarse en saludar siquiera, como siempre.

—Señor Bassetti... El inspector Hernández dice que necesita verle ahora mismo... y es urgente...

La voz de Margarita parecía insegura, y Marco comprendió al instante lo que ocurría. De hecho, no era la primera vez que ese amable policía se interesaba por él, así que no dudó un instante sobre lo que debía hacer.

—Hazle pasar. Gracias.

El inspector entró como un torbellino, tan enfadado como le había visto siempre desde que lo conoció hacía ya algunos años. Aquel hombre tan persistente seguía decidido a destapar toda la corrupción y problemas que había habido en la ciudad en los últimos tiempos, estaba claro, lo que no le preocupaba demasiado, de no ser porque, por desgracia, había decidido a empezar por él. Sin embargo, no iba a poder hacerlo, aunque no se diera por vencido en ningún momento.

—Bienvenido, inspector ¿Qué puedo hacer por usted? —Preguntó Marco mientras se acomodaba en su silla sin apartar la mirada de él ni un instante. El inspector lo observó molesto mientras fruncía el ceño.

—Creo que sabes perfectamente por qué estoy aquí...

—Y yo creo que se equivoca... ¿Quiere tomar asiento? —Añadió con naturalidad, decidido a mostrarse tan tranquilo como se sentía.

—No, muchas gracias —Se negó de forma rotunda antes de decidirse a explicar el motivo de su visita al fin —El otro día hubo una explosión en un edificio a un par de manzanas de aquí... Supongo que tú sabes algo al respecto...

Por supuesto, así era. De hecho, Marco había estado allí en el momento del suceso, pero se había ido convenientemente antes de que llegara la policía, y no

estaba dispuesto a contarle a aquel hombre lo que sabía. Eso no era asunto suyo. Sólo de él y de su familia.

—Espero que me disculpe, pero la verdad es que no tengo ni idea de lo que me habla... No suelo interesarme demasiado por las catástrofes, aunque quizá debiera ¿Fue muy grave?

—Sí, bastante... Hubo decenas de heridos, aunque por suerte ningún muerto...

—Bueno... Pues por esto último, me alegro —En ese momento, se puso de pie antes de mirar hacia la puerta —Lamento no poder ayudarle más, inspector, pero le aseguro que, si me entero de algo, será el primero en saberlo.

El inspector lo observó mientras se mordía el labio. Sabía lo que eso significaba. Ya habían hablado un par de veces antes, y por algún motivo sabía que él estaba involucrado en los delitos que investigaba, aunque no podía detenerlo al carecer de pruebas. Sin embargo, aquel día fue más allá. No se mantuvo en silencio como en las anteriores ocasiones, sino que se acercó a él lentamente, puso las manos sobre su mesa de modo amenazante y lo observó con fijeza.

—Sé que piensas que puedes engañarme como a todos los demás, pero no es así. Te tengo calado, Marco Bassetti. En Italia eres prácticamente intocable, pero ya no estás en tu país. Voy a pillarte y vas a ir a la cárcel por todo lo que has hecho, ¿me has entendido? Y no voy a descansar hasta conseguirlo, puedes estar seguro de ello.

Marco se sorprendió por el arranque de aquel policía que, al parecer, estaba decidido a encerrarlo en una celda durante el resto de su vida en cuanto tuviera ocasión, pero no tardó en relajarse de nuevo, mostrando su sonrisa arrogante mientras se sentaba con calma una vez más y cruzaba las piernas sobre su mesa.

—En ese caso, le esperaré impaciente, inspector. Ahora, si no desea nada más, estoy muy ocupado...

El policía lo observó furioso un instante antes de asentir resignado e incorporarse.

—Nos veremos pronto, señor Bassetti.

Y, con aquellas palabras, abandonó su oficina, dejándolo a solas de nuevo, tratando de convencerse de que sus palabras no eran más que un farol y no iba a conseguir nada para incriminarlo, por mucho que se esforzara por hacerlo. Y estaba seguro de que iba a ser así, dado que contaba con años de experiencia.

CAPÍTULO 16

Nadia suspiró una vez más aquella tarde. Por más que intentaba negárselo a sí misma, no podía evitar el anhelo que sentía por ver a Marco aquel mediodía que comieron juntos con su jefe y la novia de éste. En ese momento había descubierto un nuevo hombre frente a ella, algo que no había sido demasiado positivo en su empeño por olvidarlo. Lejos de ello, le había atraído mucho más después de encontrar a un hombre simpático y arrollador en lugar del problema que siempre había visto en él. Por desgracia, para su sorpresa, aquel día se había marchado después de que ella lo rechazara de nuevo, y tenía miedo de que no fuera a volver a insistir más, lo que le estaba resultando más duro de lo que le hubiera gustado. En realidad, debería haberse sentido aliviada, pero no era así. Estaba tan deseosa de verlo que apenas podía controlarse. En ese momento, un mensaje interrumpió sus pensamientos y no tuvo más remedio que coger su móvil:

Estoy deseando verte. Te espero en la puerta.

Por supuesto, era de Rubén, y eso le hizo replantearse todo de nuevo una vez más. Debía ir más despacio con él. Estaba empezando una nueva relación con alguien cuando sentía que deseaba a otro hombre, hasta el punto de que estaba obsesionada con él, pensando en él en todo momento. Ni siquiera era capaz de concentrarse en su trabajo, lo que quedó más que patente cuando escuchó el pitido de su teléfono, anunciando que su jefe solicitaba sus servicios de nuevo.

—Nadia, ¿has concertado ya la cita con Lizzard Enterprises? Ya te dije que era urgente...

—Sí, señor Bassetti. Ya la he concertado para el lunes, como usted ordenó ¿Necesita algo más?

Alessandro se quedó un instante en silencio, como si no fuera capaz de responder sin reflexionar a fondo sobre una pregunta tan sencilla como esa. Aquello la extrañó, pero decidió ignorarlo, al menos por el momento.

—No, nada más, Nadia, gracias.

Y, con aquellas sencillas palabras, colgó el teléfono sin molestarse en despedirse de ella, aunque aquello no le sorprendió, porque estaba acostumbrada. Su jefe no era tan sádico como había pensado en un principio,

pero tampoco era cariñoso, eso desde luego, lo que le llevó de nuevo a pensar en Marco una vez más ¿Cómo sería en una relación? ¿Tendría relaciones más allá del sexo? ¿Sería tan frío como parecía Alessandro? Al menos, su jefe se mostraba un poco más cálido con su hermano y con su novia que con el resto de la gente... Lo que significaba que había una posibilidad de que a Marco le sucediera lo mismo. Además, Marco no era tan serio y frío como su jefe. Siempre estaba sonriendo y parecía feliz. Eso prometía bastante.

Aún estaba ensimismada en aquellos pensamientos cuando llegó su hora de salida y, tras avisar a su jefe, se marchó de la oficina para disfrutar al fin de dos merecidos días de descanso. En cuanto salió, se encontró a Rubén esperándola apoyado en la pared que había junto a la puerta de su edificio. Allí, viendo cómo la esperaba ilusionado, se sintió como la mujer más miserable del mundo. Había aceptado una nueva cita con un hombre que parecía casi perfecto aunque, en realidad, a ella le interesaba otro que, sin embargo, no la convenía en absoluto. Por un momento, pensó que jamás imaginó que aceptar aquel trabajo tan maravilloso iba a cambiar tanto su vida. En otro momento, quizá hubiera sido feliz con Rubén, pero en ese instante estaba segura de que no iba a ser así, y era preciso que fuera sincera con él cuanto antes, aunque no estaba segura de que pudiera explicarle sus sentimientos abiertamente, dado que ni ella misma los comprendía del todo.

Rubén, ajeno a sus reflexiones, se acercó hacia ella con una sonrisa, pero cuando fue a besar sus labios a modo de saludo, ella movió la cara y se topó con su mejilla, dejándolo desconcertado.

—¿Hay algún problema?

Nadia negó con la cabeza, aunque en el fondo sabía que aquello no era del todo cierto.

—No... No hay ningún problema —Explicó antes de dejar escapar un pequeño suspiro —Pero tenemos que hablar.

—Vaya... No me gusta nada como suena eso... —Rubén frunció el ceño, algo nada habitual en él, mientras ella buscaba sus ojos esperando que la comprendiera, por difícil que pudiera resultarle en un principio.

—Pero antes... ¿Podemos ir a tomar algo? Tengo la boca seca.

Rubén miró alrededor y encontró un pequeño bar a su izquierda, así que, sin dudar un instante, asintió con la cabeza.

—Claro, vamos.

Nadia tomó asiento y, antes de pensar más sobre lo que necesitaba comunicarle, empezó a hablar, con la única intención de deshacerse de lo que escondía en su mente cuanto antes.

—Verás, necesito que entiendas que...

—No digas más. Quieres romper conmigo —Aseveró Rubén con seguridad.

—No, no es eso... Al menos, no exactamente...

—No digas tonterías. No me gusta que me mientan, y no necesito que me lo digas con palabras. Lo veo en tu cara... —Rubén mantuvo la mirada clavada en sus ojos mientras hablaba, hiriéndola con cada sílaba que pronunciaba —De acuerdo, lo acepto. No pasa nada, apenas nos conocemos... Aunque la verdad es que no lo entiendo... Creí que entre nosotros todo iba bien... ¿Es que he hecho algo...?

—No, claro que no. Tú no has hecho nada —Admitió con sinceridad —Al contrario, eres un hombre increíble, Rubén. Me gustas muchísimo, pero...

—Pero hay otro que te gusta más ¿No es así? —Concluyó él al fin —Ya me hablaste de él. Parece que, sin darme cuenta, me he batido en un duelo silencioso, y he perdido la batalla...

—No... No exactamente... En realidad, nadie ha perdido ni ganado nada, en serio... Es un poco más difícil que eso. Es sólo que... Estoy en un momento complicado, nada más. Espero superarlo pronto, pero por ahora, esto es lo que siento, y no quiero engañarte porque no te lo mereces. Sólo intento ser sincera.

El gesto de Rubén se relajó con aquellas palabras, aunque la observó confuso durante un momento.

—Entonces, ¿no estás con otro tío?

—No. No estoy con nadie. Ya te lo he explicado.

—Vale... —Rubén se pasó los dedos por el pelo, tratando de comprender lo que estaba ocurriendo —Pues ahora sí que no lo entiendo. Me estás dejando por otro aunque ni siquiera sabes si lo conseguirás... Esto debe de ser algo más fuerte de lo que imaginaba.

Por un instante, Nadia se quedó pensativa al escuchar aquella frase. En efecto, tenía mucha razón, aunque ella no se hubiera dado cuenta hasta ese momento. Ella lo intentaba ver como algo positivo, pero la interpretación de Rubén era más correcta. Debía sentir algo mucho más fuerte que una obsesión por Marco, un hombre al que apenas conocía, para interrumpir una posible relación con un tipo tan maravilloso como el que tenía en ese momento frente a ella sin dudar un instante aunque no tuviera nada definido con el hombre al que, en realidad, deseaba. Y eso era de todo menos positivo, estaba claro.

—No lo sé... La verdad es que no lo había pensado... Nunca lo he visto así, pero... Lo único que tengo claro en este momento es que no estoy... disponible para una relación, eso es todo. Aunque me encantaría que siguiéramos viéndonos como amigos, si tú estás de acuerdo.

Con aquellas palabras, Rubén pareció calmar sus nervios al fin por completo, y, sin dudar un instante, asintió con la cabeza, convencido de su decisión.

—Claro. Me encantará ser tu amigo... al menos por el momento —Dijo en un tono juguetón que arrancó una pequeña carcajada involuntaria de la garganta de Nadia.

—Entonces, perfecto.

CAPÍTULO 17

El timbre sonó de repente cuando Marco estaba a punto de dar un sorbo al vaso de whisky que tenía en las manos. No había quedado con nadie, pero sabía quién era sin necesidad de preguntar, así que se levantó y abrió la puerta sin más.

—Hombre, Karina... Cuánto tiempo... —Exclamó a modo de saludo con un tono sarcástico que resultó más obvio de lo que esperaba —No recordaba que hubiéramos quedado...

Ella entró con su largo abrigo y cerró la puerta tras ella sin hacer caso a su comentario.

—Eso es porque no habíamos quedado —Admitió sin más antes de quitarse el abrigo para quedarse en ropa interior transparente frente a él con unos zapatos de tacón alto —No me regañes, cariño. Te he echado mucho de menos —Dijo antes de acercarse a él para tomar posesión de sus labios. Marco no estaba pensando en sexo en ese momento, pero ver a esa hermosa mujer delante de él casi desnuda de repente despertó su libido a una velocidad que nunca hubiera podido imaginar, endureciendo su miembro al momento mientras sentía cómo su lengua se deslizaba por el interior de su boca a capricho —¿Tú me has echado de menos? —Añadió dejando caer el abrigo a sus pies. Marco ni siquiera se molestó en contestar. Sólo la cogió entre sus brazos y empezó a recorrer su cuello mientras la dirigía hacia la cama, donde la dejó caer de espaldas. Ella se rió al ver la forma en que rompió sus bragas y le ayudó rápidamente a deshacerse del sujetador antes de bajarse la cremallera y penetrarla hasta el fondo de un solo empujón. En ese momento, su risa se evaporó y empezó a jadear, ansiosa por sentirle en su interior tal como siempre anhelaba, mientras él embestía con fuerza con los dedos enredados en su pelo, decidido a poseerla tal y como deseaba poseer a alguien que, de repente, se le antojaba imposible. Por un instante, cerró los ojos y pudo imaginarse a Nadia en esa misma postura, con su cabello rojizo extendido entre sus sábanas que casi podía sentir en sus manos mientras lo observaba anhelante de recibir su semilla en su interior, mirándolo con sus intensos ojos azules, y en ese momento, se liberó al fin, llenándola por completo. Se apartó de su cuerpo sin ganas y se tumbó a su lado aún con los ojos cerrados, sintiéndose por primera vez más satisfecho que en toda su vida. Escuchaba jadear a su acompañante a su lado, y una pequeña sonrisa acudió a sus labios mientras se daba la vuelta para mirarla. Sin embargo, cuando al fin abrió los ojos y vio frente a él a Karina, toda su alegría se evaporó por completo.

Los ojos que le recibieron no eran los que esperaba. Los ojos de Karina eran también azules, pero su claridad no ocultaba su interior como los de Nadia, y su pelo rubio era menos sedoso que los cabellos cobrizos de la mujer a la que en ese momento deseaba. Su cuerpo era hermoso, pero le faltaban las perfectas curvas de la secretaria de su hermano. Simplemente, no era lo que necesitaba. No era lo que deseaba. Aquella noche, se había acostado con una fantasía, lo que probaba lo enfermo que estaba. Se estaba obsesionando, y en el fondo sabía el motivo. No podía conseguir a Nadia, no era capaz de conseguir que una mujer accediera a estar con él por primera vez en su vida, y eso era algo mucho más inesperado de lo que imaginaba.

—Veo que has quedado satisfecho... —Dijo Karina con un deje molesto que, lejos de inquietarlo, para él carecía de importancia.

—La verdad es que sí —Admitió con sinceridad.

—Me alegro, cariño —A pesar de que su primera intención había sido quejarse por no haber llegado al orgasmo, Karina pareció cambiar de opinión cuando vio que él no le daba ninguna importancia —Yo no estoy tan satisfecha como tú, por desgracia, pero no importa. Al fin y al cabo, tienes toda la noche para compensarme...

Marco la miró confundido un momento antes de negar con la cabeza, mientras una sonrisa arrogante se apoderaba de sus labios.

—No te entiendo...

—Yo creo que sí... —Karina dirigió su mano a su duro estómago y empezó a acariciarlo mientras la movía hacia abajo muy despacio, pero antes de que pudiera llegar adonde deseaba, Marco tomó su mano y la apartó de su piel mientras se ponía en pie, decidido a terminar con lo que fuera que hubiera entre ellos cuanto antes.

—Mira... No sé qué tienes en mente, pero estoy muy ocupado...

Karina lo miró incrédula desde la cama, desnuda, esperando provocarlo.

—¿De verdad? A mí no me lo ha parecido cuando he llegado...

—Pues así es, así que te agradecería que te vayas cuanto antes...

Karina se incorporó sobre un brazo para mirarlo mientras fruncía el ceño. Estaba claro que empezaba a creer que lo que estaba diciendo no era una broma y no le estaba gustando nada.

—¿En serio quieres que me vaya ahora?

—Claro ¿Por qué no iba a querer?

—Porque, normalmente, necesitas algo más de tiempo para disfrutar de mí, y no suele bastarte con unos pocos minutos...

Marco la miró un instante y observó su hermoso cuerpo desnudo, esperándolo. No podía negar que, en otras ocasiones, la había deseado tanto

como el resto de hombres que la admiraban mientras caminaba contoneándose por la calle. Era una modelo de una conocida marca de ropa interior, y no podía negar que era una mujer de lo más apetecible, pero aquella noche, aquella extraña noche, sólo deseaba a una mujer, y por desgracia no era ella, aunque eso hubiese sido mucho más sencillo de conseguir.

—Es posible. Pero hoy no me hace falta. De hecho, si tengo que ser sincero, ya he tenido suficiente, así que te agradecería que, a partir de ahora, me avises de que vas a venir antes de presentarte sin más en mi casa.

Karina se puso en pie hasta ponerse frente a él. Aunque él ya había empezado a vestirse, ella no parecía tener intención de hacer lo mismo. Lo miró directamente a los ojos y negó con la cabeza.

—Antes no parecía molestarte que lo hiciera...

—Tú lo has dicho... Eso era antes...

Karina se quedó unos segundos aguantando su mirada. Por un momento, Marco creyó que iba a gritarle, a abofetearle o ambas cosas, pero por suerte, cuando vio cómo se daba la vuelta y cogía su ropa interior, se convenció de que se había equivocado. Aquella mujer tenía agallas y más orgullo de lo que había esperado, estaba claro. Se puso sus zapatos y, junto a él, salió al salón, donde se tapó con su largo abrigo de nuevo mientras él la observaba sólo con la camisa puesta, esperando a que se marchara cuanto antes.

—No vuelvas a llamarme —Le dijo a modo de despedida antes de dar un fuerte golpe al cerrar la puerta, que acalló su respuesta con el ruido.

—Cuenta con ello.

Entonces, se quedó reflexionando un instante mientras observaba la puerta por la que aquella mujer acababa de desaparecer como si fuera interesante, y no tardó demasiado en darse cuenta de que se estaba volviendo loco. Acababa de rechazar a una mujer perfecta por una fantasía. No tenía ningún sentido, y no podía seguir así. Tenía que hacer algo. Su hermano le había dicho que no le interesaba a Nadia pero estaba seguro de que se estaba equivocando. Debía conseguir una cita con esa mujer que no cesaba de rechazarlo a pesar de que lo deseaba, y debía ser cuanto antes. En cuanto la hubiera conseguido, podría olvidarse de ella, estaba seguro de ello. Sólo necesitaba una noche a su lado, o quizá todo un fin de semana... Con esa idea en mente, cogió su móvil de la mesita que había a su lado y pulsó los números de forma instintiva sin apenas pensar en ello.

—Marco estoy ocupado —La voz de su hermano sonaba irritada, pero estaba más que acostumbrado a eso desde que eran pequeños, así que no le dio importancia.

—Lo sé, pero sólo será un momento. Es importante —Explicó más nervioso

de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo. Alessandro suspiró un momento antes de volver a hablar.

—Bien, dime entonces lo que quieras.

—Necesito el teléfono de Nadia.

El silencio que recibió al otro lado de la línea como respuesta no era nada prometedor, pero esperó pacientemente hasta que su hermano se decidió a contestar.

—Sabes que no debería dártelo sin su consentimiento...

—Sé lo que deberías hacer. No hace falta que comentes lo evidente, hermano.

Alessandro volvió a quedarse en silencio un instante antes de que sus palabras llegaran a sus oídos de nuevo.

—655224907 —Contestó al fin mientras Marco lo anotaba en su teléfono móvil.

—Gracias, Ales —Dijo al fin.

—No tienes por qué darlas, ya lo sabes. Sólo... —Alessandro se detuvo un momento, antes de decidirse a terminar la frase —Ten cuidado con lo que haces, ¿vale? Nadia es una buena empleada, y no me gustaría perderla.

—Tranquilo, no lo harás. Nos vemos.

Y, con aquellas palabras, colgó el teléfono, decidido a poner fin a aquel absurdo juego en ese mismo instante.

CAPÍTULO 18

—¿Cómo estoy? —Preguntó Miriam nada más entrar por la puerta aquella noche. Su pelo oscuro estaba semi recogido y sus ojos se veían más maquillados que nunca. No podía negar que estaba perfecta, como siempre, así que no tardó en hacérselo saber.

—Estás... preciosa, Miriam. Supongo que ya lo sabes.

—¿Tú crees? —Preguntó mientras se atusaba el pelo observando su reflejo en el espejo de la entrada de su casa —No sé... Creo que me he pasado con los ojos, y quizá también me haya quedado corta con los labios... Y este vestido es tan ajustado que apenas puedo respirar...

—Venga, deja de exagerar... Estás perfecta.

Miriam sonrió al escuchar aquellas palabras antes de decidirse a asentir con una sonrisa.

—Es posible que tengas razón, y eso espero... Porque el tío del que te hablé va a ir esta noche al mismo bar que nosotras, y necesito que me vea en mi mejor momento. Hoy no se me va a escapar, te lo aseguro...

—Te creo.

Nadia se sentó en el sillón y Miriam perdió de repente la sonrisa.

—Bueno... Y tú, ¿qué? —Preguntó al fin mientras se sentaba frente a ella, mirando el chándal que llevaba puesto con la camisa ancha que solía lucir cuando se sentía realmente deprimida —¿Qué es eso de que no piensas venirte esta noche? Sabes que tenemos que salir todas... Y Rubén estará deseando verte...

—No lo creo —Aseveró Nadia decidida, provocando que Miriam frunciera el ceño y la mirase preocupada.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no iba a querer verte?

—Pues porque le he dejado... —Explicó Nadia desganada —Por eso.

—Vaya... Pues no me lo habías contado ¿Ha pasado algo entre vosotros? ¿Necesitas que le patee el culo? Porque ya sabes que estoy dispuesta...

A pesar de su tristeza, Nadia no pudo evitar que un par de carcajadas escaparan de sus labios cuando escuchó la indignación que transmitía la voz de su mejor amiga con su actitud defensiva hacia ella.

—No, no hace falta. Él no ha hecho nada... Esto es... cosa mía.

—Entonces, si no ha sido por él, ¿por qué le has dejado así, tan de repente?

—Porque me gusta otro tío, y pensé que no era justo para él ilusionarse si no

iba a conseguir nada de mí, al menos por el momento. Se lo expliqué y parece que lo entendió, por suerte...

Miriam la observó con suspicacia un momento.

—Vaya... Así que hay otro tío a la vista... ¿Y quién es?

—Es un tío de mi trabajo... Bueno... El hermano de mi jefe... Creo que ya te he hablado de él...

—Pero, tía, eso no puede ser... ¿Aún estás con eso? ¿Te lo has tirado ya?

—No, no ha pasado nada entre nosotros. Salimos a comer porque me acorraló con mi jefe el otro día pero no ha pasado de ahí. Me invitó a cenar y le dije que no... Y eso ha sido todo.

Miriam la observó un instante perpleja.

—Espera, esto no puede ser... Debo estar alucinando —Dijo mientras sacudía la cabeza de una forma bastante cómica, como si no se pudiera creer lo que estaba oyendo —Entonces, ¿has dejado a un tío genial que está buenísimo por otro con el que ni siquiera te has acostado y no paras de rechazar sin motivo? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Más o menos... —Nadia se sintió un poco idiota al aceptarlo, pero debía admitir que Miriam tenía razón. Siempre había sabido que su comportamiento era absurdo, pero así, dicho en voz alta, parecía aún peor. Era como si se estuviera saboteando a ella misma... Y eso no tenía ningún sentido, ni siquiera para ella.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loca o eres masoca o algo así?

—No... Bueno, al menos eso creo... —Nadia trató de mostrarse razonable, a pesar de que ella misma se daba cuenta del sinsentido que ella misma estaba provocando en su vida.

—Entonces, ¿puedes explicarme, por favor, qué cojones estás haciendo?

Nadia respiró hondo y se preparó para contestar su pregunta de la forma más razonada posible, esperando que la entendiera.

—Sí... Y es más sencillo de lo que parece —Dijo al fin antes de dejar escapar un suspiro —A mí me gusta Marco, el hermano de mi jefe... Y parece que le intereso, pero hay algo en él que no encaja, y eso me da miedo.

—Pero no se puede vivir con miedo, Nadia. Ya deberías saberlo. El que no arriesga no gana...

—Lo sé, pero hay... cosas que me frenan. Eso es todo. Es un poco complicado de entender, lo comprendo, pero eso es lo que siento.

Para su sorpresa, Miriam la miró en silencio un instante, como si la entendiera por completo.

—No es tan difícil de entender, en realidad —Admitió con una paciencia impropia de ella —Sé lo que te pasa: crees que un tío como él, guapo y rico,

acostumbrado a conseguir a la tía que quiera, sólo está interesado en ti para llevarte a la cama, y te olvidará a la mañana siguiente ¿Es así?

Nadia asintió con la cabeza. En realidad, ese era parte del problema, aunque no todo, pero no estaba dispuesta a explicarle a su mejor amiga sus delirios enfermizos. En realidad, no tenía ninguna prueba de que Marco estuviera metido en algo turbio, sólo era una sensación, que se había acrecentado día a día con algunas cosas que no encajaban, como que su jefe se empeñara en ponerle un guardaespaldas a su novia, algo no muy común en el mundo de los negocios... Pero estaba segura de que aquella empresa era legal, no tenía dudas sobre eso, así que podría tratarse de algo diferente a lo que ella imaginaba, algo que ni siquiera se la ocurriera en ese momento, así que no tenía sentido explicarle aquello a Miriam. Además, sabía cuál iba a ser su respuesta al respecto, dado que no tenía nada concreto a lo que aferrarse.

—Supongo que ese es mi mayor temor...

—Pues déjame decirte que te estás equivocando por completo —Miriam la miró sería un instante, algo que no era muy habitual en su mejor amiga, lo que la alertó al instante —No puedes huir de lo que quieres por miedo. Sé que no vas a hacerme caso, pero después de dejar a Rubén por ese tío, deberías empezar a escucharme. Sal con Marco, inténtalo, y si sale mal al menos sabrás que no fue por tu culpa. No tiene sentido que lo rechaces si quieres salir con él... Creo que es algo evidente...

Nadia escuchó a su mejor amiga con más atención que nunca, y al final tuvo que admitir que, en efecto, tenía razón. Estaba haciendo algo que nadie era capaz de comprender, ni siquiera ella, y antes de darse cuenta, se vio obligada a aceptar que se estaba equivocando. No iba a quedarse sola el resto de su vida por miedo a lo que podía ocurrir. Tenía que intentar que las cosas salieran bien con Marco, y si no era así... no iba a ser la primera vez que la rompieran el corazón, aunque quizá sí la que más iba a doler, pero en cualquier caso acabaría saliendo adelante, como hacía siempre. No iba a hundirse por ningún hombre, ese era uno de sus principios, a los que no tenía ninguna intención de faltar bajo ningún concepto.

—Sí... Supongo que es verdad, así que lo pensaré muy en serio —Respondió a pesar de que estaba bastante segura de que había tomado una decisión.

—Bien, me alegro —Miriam esbozó una pequeña sonrisa antes de mirar la pantalla de su móvil, y su rostro se crispó al momento —Mierda... Me tengo que ir ya. Si no, llegaré tarde —Se puso en pie y se dirigió a la puerta, pero antes de salir se volvió y miró a su mejor amiga, que se había quedado pensativa en silencio mirando al suelo —Si cambias de opinión, llámame y nos vemos luego ¿De acuerdo?

—Claro, no te preocupes. Así lo haré.

Miriam sonrió de nuevo y asintió antes de marcharse al fin, y Nadia se quedó a solas reflexionando un rato sobre el mismo tema que había ocupado su mente durante los últimos días hasta que empezó a sentir que la dolía la cabeza, aunque, en realidad, no tenía mucho más que pensar, pues había tomado una decisión irrevocable: la próxima vez que la invitara a salir, ignoraría las advertencias de la parte activa de su cerebro y aceptaría el reto. Sólo esperaba que la saliera bien, porque era una apuesta arriesgada, y a ella no le gustaba demasiado el juego.

CAPÍTULO 19

Después de dar unas cuantas vueltas por la televisión, Nadia miró por la ventana y vio que las tinieblas se cernían sobre la ciudad del mismo modo que la tristeza se abocaba sobre ella. Por un instante, pensó que lo mejor era llamar a Miriam de una vez, pero pronto decidió que no iba a hacerlo. Esa noche necesitaba descansar, aclarar su mente de una vez, y ya volvería a su rutina diaria al día siguiente, renovada y decidida de nuevo. Por el momento, lo mejor era tomarse las cosas con calma. Su estómago eligió ese momento para hacer un ruido y ella se dio cuenta de que, en efecto, tenía bastante hambre. Se levantó para ver qué tenía en el frigorífico y no pudo evitar sentirse defraudada cuando observó lo vacío que estaba. Había esperado que hubiera algunas sobras, pero por desgracia no era así. Si quería comer algo, tendría que salir a buscarlo o pedir que se lo trajeran a casa, pero se sentía tan apática que ninguna de las dos cosas la convencían demasiado. Sin embargo, en medio de aquel dilema, su smartphone sonó de repente sobre la mesita del salón y ella se encaminó hacia él sin dudar, dispuesta a contestar el mensaje de Miriam para explicarle que al final había decidido no salir aquella noche pero sería toda suya al día siguiente para acompañarla adonde quisiera, cuando se encontró con un número que no conocía en la pantalla. El mensaje era de un número que no tenía identificado, pero en cuanto lo leyó supo al momento quién lo había enviado.

Me gustaría verte esta noche.

Por un instante, Nadia sintió que se quedaba sin respiración. Era Marco, tenía que serlo, aunque no comprendía cómo había conseguido su teléfono ni cómo había sido capaz de volver a insistir para salir con ella, a pesar de que ella siempre lo había rechazado. Pero, a pesar de todo, algo dentro de ella la transmitió que en aquella ocasión su respuesta debía ser diferente. Ya se había cansado de engañarle mientras luchaba en vano por engañarse a sí misma a la vez. Ella también deseaba verlo aquella noche, mucho más que respirar. Y ya no le quedaban fuerzas ni ganas para seguir fingiendo lo contrario. Había llegado el momento. Al fin iba a aceptar su invitación, iba a ser sincera, iba a enfrentarse a sus sentimientos y, como la mujer adulta que era, iba a aceptar las consecuencias de sus actos si era preciso. Pero no iba a arrepentirse durante el resto de su vida

de no haberse arriesgado cuando había podido hacerlo. Eso era, a su modo de pensar, lo peor que podía hacer en ese instante. Ya lo tenía claro, así que acarició el móvil entre sus manos y, con dedos temblorosos, pulsó las teclas para enviar su respuesta definitiva.

Pues tienes suerte. Estoy libre... Y a mí también me gustaría.

La respuesta de Marco se hizo esperar unos minutos más de lo que imaginaba, pero al final llegó, calmando sus nervios.

Perfecto. Mi coche estará ahí en quince minutos.

Nadia no fue capaz de evitar la sonrisa bobalicona que apareció en sus labios en ese momento. Sin duda, había mantenido una conversación muy romántica con el hombre de sus sueños, aunque seguramente nadie fuera capaz de comprenderlo aparte de ella. Sin embargo, pronto su alegría dio paso a un estrés descomunal «Quince minutos» ¿Significaba eso que su chófer iba a llegar en quince minutos? Nadia miró hacia abajo y vio su chándal, sus terribles ojeras y su piel demacrada y de algún modo olvidó toda su pereza a un lado y se puso de pie de un salto. Tenía que estar presentable en pocos minutos, así que tenía que aprovechar el tiempo. No podía perder un segundo más. No iba a tener tiempo ni de pestañear. Se puso en pie de un salto y se encaminó al baño para arreglarse. Ni siquiera estaba segura de qué color era el vestido que había elegido para la ocasión cuando empezó a abrochárselo. Por suerte, fue un vestido granate que la quedaba tan ajustado que podía palpar cada una de sus curvas con la mirada, así que parecía adecuado para la extraña cita que iba a tener aquella noche. Con esa idea en la cabeza, decidió probar algo diferente por una vez, así que se dejó caer su hermosa melena cobriza algo ondulada sobre los hombros y se pintó la raya de los ojos, contrastando el color azul de sus iris. Acababa de darse el último retoque de rímmel cuando escuchó que la puerta sonaba, anunciando que el coche había venido a recogerla. Se miró por última vez en el espejo, esperando que su gesto de espanto hubiera desaparecido en cuanto hubiera bajado las escaleras, respiró hondo y se decidió al fin a afrontar su decisión, aunque aún no estuviera del todo segura de que, en realidad, fuera la correcta.

CAPÍTULO 20

Nadia abrió la puerta del portal mientras trataba de guardar el equilibrio en los altos tacones que había elegido para la ocasión, a pesar de que al poco tiempo de salir de su casa se había dado cuenta de que, en realidad, su elección había sido errónea. Ella no estaba acostumbrada a zapatos como esos, de hecho ni siquiera eran suyos, sino de Míriam, pero estaba segura de que se los dejaría, y no tenía tiempo de pedírselos en ese momento, así que los había cogido sin pensar... hasta que había empezado a andar como si fuera un animal mareado y se había dado cuenta de que lo más probable era que acabara cayéndose en cualquier momento. Sin embargo, en cuanto vio el gran coche negro de lunas tintadas que había frente a ella, todo aquello desapareció de su mente al instante, y lo único en lo que podía pensar era en que iba a ver a Marco al fin. Después de todo lo que lo había deseado, después de haberse negado lo que tanto anhelaba, iban a tener su primera cita, y eso era lo único que le importaba en ese momento. Sin embargo, en cuanto abrió la puerta y vio que el vehículo estaba vacío, a excepción del chófer, por supuesto, su alegría se apagó por completo. Aquella cita no iba a ser tal como ella esperaba si Marco ni siquiera era capaz de venir a recogerla, y de repente la idea de encontrarse con él aquella noche le pareció un terrible error apresurado que no había reflexionado con cautela.

—Buenas noches, señorita López —Le saludó el hombre que había al volante con maestría, como si se hubiera dado cuenta de su reacción al no ver a Marco ahí, y la terrible decepción que debió de mostrar su gesto —El señor Bassetti no ha podido venir, pero nos está esperando, así que pase, por favor. Estará con él en un momento.

Nadia miró al hombre corpulento que tenía frente a ella, y que más parecía un guardaespaldas que un chófer, y asintió con la cabeza antes de entrar en el vehículo. Al fin y al cabo, la decisión estaba tomada, y aunque cabía la posibilidad de que se estuviera equivocando, no podía arrepentirse de nada todavía. Era demasiado pronto. Cerró la puerta y observó cómo el chófer emprendía el viaje en silencio. Su rostro era duro y severo, pero su gesto al mirarla era amable, y le hizo sentir cómoda al momento.

—¿Adónde me lleva?

—Al Camembert, señora —Explicó el hombre sin apartar la mirada de la carretera.

Nadia frunció el ceño, pero no dijo nada. Aquel restaurante era uno de los

más lujosos de la ciudad, tanto que ella nunca había podido entrar, puesto que le daba miedo lo que pudieran cobrarla sólo por respirar allí dentro. No era el sitio que ella hubiera elegido, pero en realidad eso daba igual. Cuando había aceptado salir con Marco aquella noche, había tomado la decisión implícita de no cuestionarse nada, y es lo que iba a hacer. Sólo quería estar con él y conocerlo mejor, y le daba igual el lugar que pudiera elegir para hacerlo.

—Bien, muchas gracias.

Ninguno de los dos volvió a hablar durante el resto del viaje, y hacia el final Nadia empezaba a sentirse un poco molesta con tanto silencio, pero no era capaz de pensar nada con lo que poder romperlo, así que se limitó a tratar de tranquilizarse. Por suerte, poco después el coche se detuvo, y, sin mediar palabra, el chófer salió y caminó hasta su puerta antes de abrirla para permitir que saliera. Nadia hizo lo propio y el hombre señaló a la elegante puerta acristalada que había frente a ella, al final de unas hermosas escaleras de mármol.

—El señor está esperándola dentro.

—Muy bien, gracias.

Nadia subió las escaleras con una maestría que no parecía demasiado habitual en ella, demostrando que podía estar a la altura de la situación requerida, y llegó a la puerta al fin, dispuesta a atravesarla como cualquier otra mujer rica que acudía a ese tipo de locales a diario. Sin embargo, cuando iba a coger el pomo, ésta se abrió de repente, deslumbrándola con unos focos que pusieron de manifiesto ante sus ojos el lujo que la rodeaba.

—Bienvenida al Camembert, señora —Le saludó un botones con una gran sonrisa antes de cerrar la puerta tras ella, que siguió avanzando hacia el mostrador que había al final del pasillo donde una guapa recepcionista la recibió también sonriente. Por un momento, Nadia dudó si a aquellas personas les daban algún plus por sonreír todo el tiempo, pero la voz de la mujer interrumpió sus banales reflexiones.

—Buenas noches, señora ¿Desea una mesa?

—Sí... Bueno, quiero decir que... no. En realidad, he quedado aquí con alguien... —Explicó con más torpeza de la que deseaba. Sin embargo, la recepcionista no perdió la sonrisa ni un instante. Al contrario, abrió el cuaderno de notas forrado en cuero negro que tenía frente a ella y la observó con fijeza.

—¿Su nombre?

—Soy Nadia López, y debo encontrarme con...

—El señor Bassetti. Por supuesto. La está esperando. Sígame, por favor. La acompañaré a su mesa.

Nadia se quedó perpleja al darse cuenta de que, al parecer, aquella mujer ya sabía que iba a aparecer. Marco debía ser muy asiduo a ese lugar para que le

dedicaran atenciones como esa. La siguió en silencio y, cuando llegó a su destino, levantó la mirada, aunque no estaba preparada para lo que encontró allí. Por algún motivo que no llegaba a comprender, Marco estaba aún más guapo de lo que recordaba. Llevaba un traje azul oscuro con una corbata plateada, y la observaba con fijeza pero no sonreía, aunque se percató al instante de que, al mirarla, sus ojos brillaban.

—Buenas noches —Dijo al fin tratando de romper el silencio que se había apoderado de ellos anulando de repente todo el ruido que había a su alrededor — ¿Lleva mucho tiempo esperando?

Nadia tomó asiento y cogió la carta que le tendió la recepcionista mientras se fijaba en que Marco había fruncido el ceño por algún motivo que no llegaba a comprender.

—No, no llevo mucho esperando —Dijo antes de esbozar una pequeña sonrisa burlona —Y, sinceramente, creo que ya puedes dejar de hablarme de usted, Nadia. Has aceptado salir conmigo esta noche... Ya no tiene sentido que sigas haciéndolo...

—Yo creo que sí, si esta es sólo una cita de negocios...

—¿Cómo iba a ser de negocios? ¿Es que acaso crees que quiero contratarte? —Preguntó Marco sorprendido —Te recuerdo que ya sé que tienes trabajo. De hecho, eres la secretaria de mi hermano...

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?—Preguntó Nadia fingiendo ignorancia, aunque en realidad necesitaba con urgencia escuchar aquellas palabras de sus labios para, de alguna forma, reafirmarse en que no había cometido un error insalvable.

Marco la observó un instante sin parpadear antes de responder sin más.

—Porque me apetecía verte, ya te lo he dicho antes.

Nadia lo miró molesta al no haber conseguido lo que deseaba, pero cuando él volvió a concentrarse en el menú de la carta, ella hizo lo mismo, fingiendo que no le había afectado su fría respuesta. Sin embargo, mientras se perdía entre platos impronunciables y el ruido de la vajilla más cara y elegante que había visto jamás, empezó a pensar que, por desgracia, ya no cabía duda de que aquello había sido un error. Debía haberse asegurado de que Marco estaba interesado de verdad en ella antes de aceptar su invitación para salir. Al parecer, él sólo había insistido para verla porque estaba encaprichado, pero, tal como imaginaba, ya no le merecía ningún interés porque estaba allí a su lado. Era lo que tanto había temido, y por mucho que deseara salir corriendo de allí, en ese momento no podía hacerlo. Tenía que aguantar y comportarse o no sería capaz de volver a mirarse al espejo por la humillación de su inadecuado comportamiento, así que lo mejor era cenar disfrutando lo que pudiera de la

velada y, después, huir de aquel hombre durante el resto de su vida, antes de que hubiera clavado sus garras en ella y fuera demasiado tarde para hacerlo.

CAPÍTULO 21

La noche no empezó del todo mal, pero por algún motivo que no lograba comprender, Nadia no se mostraba del todo cómoda. Después de su pequeña charla, el camarero apareció de repente para tomarles nota. Nadia no tenía idea de qué pedir, pues el nombre de aquellos platos era imposible de comprender para ella, pero por suerte Marco pareció darse cuenta de ello y pidió por los dos, algo que la hizo sentirse aliviada, aunque por otro lado, tenía la esperanza de que le preguntara su opinión al respecto antes de pedir directamente por ella. En cualquier caso, no podía echárselo en cara, dado que ella no hubiera podido elegir de otro modo. Y lo que menos le gustaba fue la seriedad con la que la observaba en ese momento. Sus ojos castaños estaban fijos en ella, y eso no hacía más que ponerla aún más nerviosa de lo que ya estaba.

—¿Hay algún problema? —Preguntó Marco de repente, frunciendo el ceño.

—No, claro... ¿Por qué iba a haberlo? —Respondió ella tratando de evitar admitir lo que, en realidad, pensaba.

—No sé... Quizá porque te veo demasiado nerviosa. Supongo que, en una cita, se espera que la mujer esté más relajada.

Nadia estuvo a punto de admitir que ella también lo esperaba, pero la vida a veces era un poco más complicada de lo que nos gustaba. Por una parte, estar allí con Marco era como un sueño hecho realidad al fin. Llevaba tanto tiempo queriendo salir con él que, en el fondo, estar cenando a su lado en un restaurante de lujo como ese era casi perfecto. El problema era que no sabía a qué atenerse, y él no transmitía nada sobre lo que sentía. Y eso no le gustaba nada.

—Sí, la verdad es que yo también lo habría esperado...

—Entonces, ¿por qué estás tan nerviosa? —Preguntó Marco observándola con fijeza, tratando de relajar su gesto —¿Sueles estar así de inquieta cuando quedas con un hombre? ¿O es sólo conmigo?

Nadia no pudo evitar que sus nervios se calmaran cuando vio la pequeña sonrisa que apareció en los labios de Marco en ese momento. Sin duda, aquella pequeña broma había relajado el ambiente al fin, y por un instante sintió que existía la posibilidad, por remota que fuera, de que pudiera disfrutar de aquella extraña cita que estaba manteniendo con el hermano de su jefe, por complicado que hubiera podido parecer.

—Pues, por raro que suene, creo que es sólo con usted... Digo contigo — Nadia se corrigió antes de que el repentino humor de su acompañante se

oscureciera de nuevo. Estaba claro que no era fácil para ella tutearle. Aún seguía viéndolo como el hermano de su jefe, alguien inalcanzable a quien debía tener cierto respeto, pero él tenía razón. Fuera como fuera, había aceptado salir con él aquella noche, así que seguir llamándole de usted no tenía ninguna lógica, y además estaba claro que le molestaba, así que debía esforzarse para dejar de hacerlo.

—¿Y eso por qué? —Preguntó Marco serio de nuevo. Por desgracia, su sonrisa se había evaporado mucho antes de lo que le hubiera gustado.

—¿Cómo dices? —Preguntó Nadia, que se había perdido en la conversación a causa de sus constantes reflexiones.

—Digo... —Explicó Marco al fin, empezando a mostrarse algo molesto de nuevo —Que por qué estás tan intranquila conmigo, si con otros hombres no es así... La verdad es que estoy impaciente por saberlo.

Marco se quedó mirándola mientras esperaba su respuesta, y ella dudó sobre cómo debía contestar esa pregunta. Al final, decidió que la mejor táctica era ser sincera.

—Supongo que... Porque tú me intimidas...

En ese momento, el camarero apareció junto a ellos con una gran bandeja y dejó sus platos en la mesa. Nadia observó con curiosidad el plato de enormes caracoles en salsa que había frente a ella y volvió su mirada a Marco de nuevo con gesto de incógnita sin ser consciente de ello, mientras el camarero desaparecía de allí al momento.

—Son caracoles... —Aclaró Marco entendiendo su pregunta sin necesidad de que dijera nada —Están deliciosos. Son uno de mis platos favoritos... —Nadia volvió la mirada a su plato de nuevo y su rostro transmitió lo que sentía una vez más sin su consentimiento: la idea de comer caracoles le daba tal ganas de vomitar que apenas podía pensar en metérselos en la boca —¿Es que no te gustan?

Nadia negó con la cabeza, arrugando la nariz, mientras pensaba en una forma educada de contestar a la pregunta de Marco para no ofenderlo. Si hubiera entendido lo que significaban los platos, todo hubiera sido mucho más fácil, pero no había sido así, así que supuso que iba a tener que comérselo.

—No... Bueno, en realidad, nunca los he probado. No es algo que me atraiga a simple vista, la verdad...

Marco volvió a sonreír de nuevo, en este caso de una forma más evidente que un momento antes, y cogió uno de sus cubiertos antes de negar con la cabeza.

—Lo entiendo, pero nada de eso te importará en cuanto los pruebes, confía en mí.

Nadia vio cómo él se metía uno en la boca, apartando la mirada de ella, como si para él la conversación hubiera terminado, así que supuso que no tenía escapatoria. Cogió su cubierto, tratando de imitar el movimiento que Marco había hecho antes, y por suerte se deleitó al darse cuenta de que era más fácil de lo que esperaba. Sin pensar demasiado en lo que estaba haciendo, se lo metió en la boca, y empezó a masticarlo. Por suerte, pudo comprobar que la textura no era tan pegajosa como había imaginado, y el sabor era tan delicioso que no tuvo más remedio que coger otro al momento para conseguir que no desapareciera demasiado rápido de su boca. Marco observó cómo tomaba otro caracol e, impaciente, lo masticaba de nuevo y sonrió al instante una vez más.

—¿Ves? Te dije que te gustarían...

Nadia tragó el pedazo que tenía en la boca y asintió con una pequeña sonrisa, obligada a darle la razón.

—Sí, es cierto. La verdad es que me encanta. Nunca lo habría imaginado...

—Me alegro.

Después de aquello, por algún motivo que no llegaba a comprender, Nadia se fue relajando poco a poco. Las conversaciones se fueron encadenando y la curiosidad fue dando paso a la risa, de modo que cuando llegaron al postre, Nadia tenía la sensación de que, al contrario de lo que esperaba, aquella noche iba a terminar siendo mucho mejor de lo que esperaba.

CAPÍTULO 22

Después de conversar un poco con Marco, Nadia tuvo que aceptar que le gustaba mucho más de lo que nunca hubiera imaginado. No sólo parecía atento e inteligente, sino que además tenía un cierto sentido del humor que nunca hubiera imaginado, y, por si eso no fuera suficiente, se mostró mucho más abierto con ella de lo que pensaba, incluso contándole anécdotas sobre cuando era pequeño, junto con sus hermanos, con los que, al parecer, estaba muy unido.

—Entonces, ¿debo entender que Alessandro es mucho más simpático de lo que muestra en el trabajo?

—No... No, te equivocas por completo —Aclaró Marco con una gran sonrisa —Ales no es como yo en absoluto. Él es muy serio... Bianca y yo somos muy diferentes a él... Pero de todos modos estamos muy unidos.

Nadia removió el flan que aún quedaba en su plato antes de continuar. En realidad, su postre estaba tan delicioso como el resto de la cena, pero no quería que la noche terminara, y quizá por ese motivo lo estaba alargando todo lo que era posible.

—¿De verdad? Porque me cuesta mucho creerlo. Es verdad que tú sueles quedar con tu hermano a menudo, pero a Bianca nunca la he visto por aquí...

—No... En realidad está de luna de miel ahora mismo. Además, vive en Italia, así que por desgracia no podemos verla tanto como nos gustaría, pero eso no es un impedimento para que sigamos unidos. Es una cuestión de sentimientos más que de espacio, ¿entiendes?

—Claro —Nadia observó al hombre que tenía frente a ella mientras trataba de comprenderlo. Estaba claro que Marco era mucho más interesante de lo que nunca hubiera imaginado. Aún sentía que la ocultaba algo, pero al menos se sentía mucho más cerca de él al comprobar que, por el momento, no tenía ningún problema para contarle cualquier cosa que pudiera preguntar —La verdad es que me das envidia. Yo soy hija única, y me hubiera gustado tener hermanos...

—Bueno... A veces son un coñazo, no voy a negártelo, pero no les cambiaría por nada a ninguno de los dos —En ese momento, los ojos de Marco se dirigieron al plato casi vacío de Nadia y luego miró el carísimo reloj de marca que llevaba en su muñeca. Después, cogió su móvil y, sin mediar palabra, escribió un breve mensaje antes de volver su atención hacia ella —Bueno, creo que se está haciendo tarde, así que voy a pedir la cuenta ¿Te parece?

—Claro —Al fin, ese momento tan temido había llegado. Nadia iba a tener

que separarse de Marco aunque no lo deseara, pero no tenía otro remedio, porque no iba a pasar con él la noche, por mucho que lo deseara. Tenía que luchar contra sus sentimientos fuera como fuera. Si algo tenía claro era que apresurar las cosas con un hombre como aquel podía acabar saliéndole muy caro.

Marco hizo un gesto al camarero, y éste apareció de forma eficiente junto a él para pasarle una pequeña bandejita plateada con la cuenta. Marco le dio su tarjeta sin ni siquiera mirarla y volvió su mirada una vez más hacia ella.

—Bueno... Espero que, al final, te haya gustado la cena.

Nadia miró sorprendida a su alrededor un instante, antes de asentir con la cabeza.

—Por supuesto. Ha sido la mejor de mi vida... Todo estaba riquísimo, en serio. Nunca hubiera imaginado que los caracoles pudieran estar tan buenos...

—Me alegro.

En ese momento, el camarero volvió y le dio su tarjeta antes de despedirse de ellos amablemente mientras se ponían en pie y poco después salían por la puerta para descender lentamente las escaleras. Fue entonces cuando ocurrió: Nadia empezó a sentir como si su pecho pesara ante la terrible idea de alejarse de Marco de nuevo. No quería apartarse de él nunca más, pero sabía que, al menos por el momento, no tenía otro remedio. Debía ir despacio, tomarse las cosas con calma y pensarlo todo bien o se acabaría arrepintiendo.

Cuando terminó de bajar las escaleras, Nadia buscó el gran coche de su chófer en la carretera, pero no fue capaz de encontrarlo. Marco pareció darse cuenta de sus intenciones, así que le mostró una hermosa sonrisa que marcaba sus blancos dientes y la tomó de la mano mientras negaba con la cabeza.

—No... Hoy no vamos con mi chófer. He pensado que sería más adecuado que sea yo mismo quien te lleve a casa... ¿No te parece? —Explicó mientras señalaba un gran coche plateado que había frente a ellos. Marco tocó un botón de la llave que tenía en la mano y éste se iluminó al instante. Sin duda, era hermoso, amplio y brillante, tal como se podía esperar de un hombre de la categoría de su acompañante, pero la idea de ir con Marco a solas a su casa no era demasiado agradable. No porque no disfrutase de su compañía, al contrario, le encantaba estar junto a él, y cuanto más lo conocía más se intensificaba aquel sentimiento, sino porque era plenamente consciente de que, a solas, le sería mucho más difícil despedirse de él aquella noche. Sin embargo, Marco no pareció darse cuenta de ese detalle, y, sin más, puso el coche en marcha, como si supiera adónde debía dirigirse sin ni siquiera preguntarla.

—Pareces muy seguro sobre adónde vamos...

—Lo estoy —Admitió Marco con naturalidad sin apartar la mirada de la

carretera. Nadia no pudo evitar fruncir el ceño ante su extraña respuesta.

—¿Es que sabes mi dirección? ¿También te la ha dado tu hermano? —Dijo refiriéndose al hecho de que tuviera su teléfono sin que ella se lo hubiera comunicado.

—No. En realidad, ha sido Paolo quien me ha dado tu dirección... —Nadia lo observó confundida un momento, y Marco la miró con una gran sonrisa en los labios antes de añadir: —Mi chófer...

Nadia bajó la mirada y Marco volvió a centrarse una vez más en la carretera.

—¿Y cómo la sabía él?

—La buscó en la guía... —Explicó sin más antes de volverse a mirarla muy serio —Oye, ¿qué estás pensando? ¿Es que te parece un acosador? Porque, si es así, lo despido ahora mismo...

Nadia no pudo evitar reír a carcajadas ante su comentario.

—No... Claro que no. No creo que sea necesario.

—Vale, perfecto —Aceptó Marco asintiendo con la cabeza.

En ese momento, Marco detuvo el coche y Nadia pudo comprobar que habían llegado a su casa. El temido momento había llegado, así que debía aceptarlo de buen grado si no quería estropear lo que fuera que estaba comenzando entre ellos.

—Bueno... Ya hemos llegado.

—Lo he pasado muy bien... y la verdad es que no lo esperaba, Marco.

—Sí... Me he dado cuenta —Confirmó recordando lo tensa que parecía al principio —Entonces, ¿ya no te intimidó?

—No... Ya no —Confesó Nadia con sinceridad.

—Me alegro.

En ese momento, Marco se acercó hacia ella lentamente y, tras rodearla con sus brazos, tomó posesión de sus labios por completo. Su beso fue cálido y suave, pero poco a poco fue subiendo de nivel hasta dejarlos a ambos sin aliento, hasta el punto de que cuando Marco se apartó al fin de ella, una repentina sensación de pérdida la dominó por completo.

—Te llamaré mañana —Dijo Marco a modo de despedida, como si supiera sin necesidad de preguntarlo que ella no estaba dispuesta a invitarle aquella noche a subir a su casa.

—De acuerdo. Hasta mañana entonces —Contestó Nadia mientras salía del coche, esperando que Marco no se percatara de la forma en que le temblaban las piernas. Por desgracia, aquella sensación no desapareció del todo aquella noche, ni tampoco el tacto de sus cálidos labios contra su piel, que la habían dejado deseosa de mucho más de lo que había recibido aquella noche.

CAPÍTULO 23

Al día siguiente, Nadia luchó con todas sus fuerzas para apartar de su mente aquel beso de Marco, sin suerte, por desgracia. A cada momento que pasaba lo sentía de nuevo en sus labios. No podía negar que le había dejado con ganas de más, y que por mucho que supiera que no debía caer en la tentación, cada vez le era más difícil resistirse a Marco, sobre todo después de haberlo conocido un poco más. Era mucho más simpático de lo que imaginaba, y aunque no comprendía cómo era posible, también parecía sincero, y cariñoso... No podía negar que su físico era atractivo, pero su forma de ser era aún más seductora que su cuerpo perfecto. Simplemente, era insuperable, lo que le hacía aún más complicado su plan de ir despacio en su relación... o lo que fuera que habían empezado a mantener juntos la noche anterior. Y eso significaba que todo era mucho más complicado de lo que la habría gustado.

Aún estaba inmersa en aquellos pensamientos cuando escuchó el timbre de la puerta. Por un instante, su corazón empezó a galopar con fuerza, pensando que era Marco quien llamaba, que se sentía tan impaciente por volver a verla como ella a él y no había podido aguantar un segundo más sin ir a su casa aquella mañana, pero cuando miró por la mirilla, vio que estaba equivocada: sólo era Miriam, que venía para cotillear sobre la noche anterior, por desgracia. No es que no le apeteciera ver a su mejor amiga, por supuesto. El problema era que no le apetecía hablar de lo que había ocurrido el día anterior, ni de sus sentimientos. Estaba segura de que Miriam no iba a entenderlo, e iba a ser complicado explicárselo, porque ni siquiera ella misma era capaz de comprenderlo del todo. Aún así, respiró hondo y se preparó para lo que le esperaba.

—¡Buenos días, amiga! —Le saludó con un gran abrazo nada más entrar— Jo, te he echado de menos... ¿Qué? ¿Muy aburrida anoche? Porque hoy no te voy a dar opción a rechazar mi oferta... Te vas a venir conmigo quieras o no... ¿Lo sabes?

Nadia negó con la cabeza antes de sentarse en el sillón, mientras Miriam la seguía con la mirada antes de hacer lo propio a su lado.

—Bueno... La verdad es que...

—No... No empieces que te conozco. Hoy tienes que venirte. No puedes quedarte en casa como una planta aburrida el resto de tu vida, Nadia. Eso no es sano...

—No, no lo entiendes —Aclaró al fin, mientras negaba con la cabeza —No

me refiero a eso.

—Entonces, ¿a qué te refieres? —Preguntó Miriam, confundida. Nadia respiró hondo y decidió sincerarse al fin, aunque suponía que no iba a ser demasiado sencillo hacerlo.

—Me refiero... —Se mordió el labio y se armó de valor para continuar —a que ayer al final no me quedé en casa, Miriam. Eso es todo.

Su mejor amiga la observó perpleja un instante antes de ser capaz de reaccionar.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué me dijiste que lo harías? ¿Me has mentido?

—No... Cuando te dije eso es lo que pensaba hacer... pero luego cambié de planes.

Miriam esbozó una pícara sonrisa al escuchar esas palabras.

—Vale, pero entonces, ¿adónde fuiste? Y, lo que es más importante... ¿con quién?

Nadia respiró hondo antes de decidirse a contestar.

—Salí con Marco. Ya sabes, el hermano de mi jefe...

—Sí, sé quién es Marco... Pero... ¿Cómo es posible? ¿Os encontrasteis o algo?

—No, me escribió un mensaje...

—Pero... Si no tenía tu teléfono... —Nadia no pudo evitar sonreír también antes de responder.

—Supongo que lo conseguí...

—Claro... Se lo daría su hermano —Comprendió al fin Miriam mientras reflexionaba, tratando de razonar lo que había ocurrido para continuar con la conversación cuanto antes —Tiene sentido... Pero, creí que tú no pensabas salir con él...

—He cambiado de opinión, supongo... —Nadia cerró los ojos, tratando de comprender lo que le estaba ocurriendo —Bueno, o eso o me he vuelto loca de remate... La verdad es que no estoy del todo segura de lo que me está ocurriendo...

—Pues yo creo que está muy claro... —Miriam la miró con actitud comprensiva —Lo que ocurre es que te gusta demasiado para volver a rechazarlo... ¿No es así?

Nadia observó a Miriam un instante antes de decidirse a asentir. En realidad, tenía toda la razón, pero no podía creerse que se hubiera dado cuenta de lo que pasaba con tal facilidad cuando a ella le había costado un mundo aceptar todo aquello. Estaba claro que la conocía muy bien, quizá incluso mejor que ella misma, y no estaba segura de si eso era algo bueno.

—Sí, supongo que tienes razón. Es justo eso...

—Vale... Ya lo has admitido, así que supongo que vamos avanzando algo...
La pregunta es... ¿Qué tal fue la cita?

—Mejor de lo que pensaba... —Confesó Nadia preocupada.

—¿Y eso es algo malo?

—No, claro que no... Es algo... bueno... supongo...

—Entonces, ¿por qué parece preocupada?

Nadia miró un instante a su mejor amiga antes de responder a aquella pregunta que, aunque no lo pareciera, era más difícil de contestar de lo que imaginaba.

—Porque... ahora que lo conozco mejor me he dado cuenta de que me gusta mucho más de lo que creía... Eso es todo... Y...

—¿Y qué? —Le apremió su mejor amiga, tratando de conseguir que se explicara.

—Pues que estoy segura de que salir con él es un error... No sé por qué, pero estoy segura de que no está buscando una relación seria. Ni siquiera sé si está buscando una relación, y creo que voy a salir herida de todo esto...

—Pues pregúntaselo... Yo no lo veo tan complicado —Le aconsejó Miriam encogiéndose de hombros, como si fuera lo más natural del mundo.

—Ya, supongo que tienes razón, pero... ¿Y si no está buscando lo mismo que yo?

—Pues lo mandas a paseo y te vienes conmigo de juerga esta noche. Verás como lo pasamos tan bien que incluso te olvidas de ese tío para siempre... —Bromeó Miriam, a pesar de que Nadia continuaba tan seria como antes.

—Yo no lo creo.

—Vale... Veo que este tema es serio... —Concluyó al fin, perdiendo la sonrisa —Mira, sé que no quieres alejarte de él porque te gusta demasiado, no hace falta pensar demasiado para darse cuenta de eso, pero creo que lo mejor es que aclares las cosas cuanto antes. De ese modo no podrá hacerte daño, porque sabrás a lo que te atienes, Nadia. Eso es lo más importante en este momento, y después, cuando ya sepas la verdad, puedes pensar en tomar la decisión adecuada, pero no vas a poder hacerlo si no tienes toda la información necesaria, así que creo que lo mejor es que vuelvas a quedar con él cuanto antes y así dejes de comerte la cabeza con todo esto...

Nadia no pudo evitar admitir que su mejor amiga tenía razón. Debía averiguar las intenciones de Marco cuanto antes, aunque no estaba segura de si, en realidad, quería hacerlo ¿Y si su respuesta no era la que ella deseaba? ¿Sería capaz de alejarse de él como debía hacer? ¿O seguiría a su lado igualmente hasta caer por el precipicio al que, poco a poco, se aproximaba? Todo era demasiado complicado, así que por el momento decidió que debía dejar de pensar en ello y

cambiar de tema.

—Vale. Entonces, la decisión está tomada. Ahora, háblame de ti ¿Qué tal fue tu noche?

Mientras Miriam explicaba que había conocido a un hombre guapo e inteligente que, sin embargo, debía ser homosexual porque no había querido acostarse con ella en los baños de la discoteca donde se encontraban y había decidido quedar con ella de nuevo para verse en su casa, Nadia no pudo evitar que su mente volviera a Marco y el beso que aún sentía en los labios a cada momento, de modo que cuando su mejor amiga se fue, después de comer juntas y cotillear sobre todo lo que eran capaces, decidió cenar tranquila un poco de pizza que aún quedaba en el frigorífico. Sin embargo, al parecer el destino tenía otros planes. Su móvil sonó una vez más en la mesita de su habitación y fue a cogerlo. Había recibido un mensaje.

Anoche lo pasé muy bien, así que he pensado que podíamos volver a vernos luego...¿Te apetece venir a cenar a mi casa?

Nadia no pudo evitar sonreír al leer aquella frase, y entendió lo que implicaba, pero no dudó de cuál debía ser su respuesta, a pesar de las dudas que aún albergaba en su mente.

Yo también lo pasé muy bien, así que estaré encantada de verte luego donde tú quieras.

CAPÍTULO 24

Cuando sonó el timbre de la puerta, Nadia sintió que le daba un síncope. Aún no había acabado de arreglarse, y no porque no hubiera tenido tiempo como el día anterior, sino porque estaba más nerviosa que en toda su vida. Cogió el telefonillo del portero y, tras confirmar que, en efecto, era el chófer de Marco quien llamaba, decidió que lo mejor era darse prisa, no sólo porque no quería que el chófer tuviera que esperar, sino porque, además, ella estaba ansiosa por averiguar lo que le deparaba la noche, aunque no podía negar que a la vez tenía cierto temor a no estar haciendo lo correcto ¿Qué iba a ocurrir, teniendo en cuenta que, en aquella ocasión, Marco la había invitado directamente a su casa? En realidad, no tenía que pensarlo demasiado. Era bastante obvio lo que tenía en mente, y lo peor de todo era que, en el fondo, eso mismo era lo que tenía en mente también ella. Aunque no sabía si acabaría arrepintiéndose, lo único que deseaba era sentir el cuerpo musculoso de Marco contra el suyo, deslizar las manos por su piel y sentir sus besos en los labios. El que le dio el día anterior había sido intenso, y no podía esperar a sentir su boca rodar por todo su cuerpo. Era lo único que quería, aunque supiera que no iba a poder obtenerlo aquella noche. Pese a sus sentimientos, sabía que si se rendía a sus deseos iba a acabar arrepintiéndose de ello. Debía luchar para ir despacio. Quizá después de un tiempo fuera capaz de confiar en Marco, pero en ese momento no podía. Aún estaba pensando en si era buena idea ir a su casa cuando tenía esa decisión tomada cuando el portero volvió a sonar y ella decidió que era momento de marcharse al fin, aunque según bajaba por las escaleras las dudas se acumularan en su mente hasta casi colapsarla. Sin embargo, cuando salió de su portal y vio frente a ella al hombre corpulento que la esperaba una vez más, las dudas desaparecieron al fin de su mente.

—Buenas noches, señorita López —Le saludó mientras abría la puerta del asiento de atrás para que pasara. Nadia se sintió incómoda con tales atenciones, y se extrañó de que el día anterior no hubiera sido tan solemne con ella, algo que la hacía sentir mucho más cómoda, pero decidió no decir nada —Pase, por favor.

Nadia asintió con la cabeza y entró en el coche. Aún no podía creerse adonde se dirigía, así que se mantuvo en silencio durante todo el camino, esperando llegar cuanto antes para averiguar al fin a qué atenerse. Por suerte, su chófer no tardó en detener el vehículo. Luego salió del auto y, en menos de lo que esperaba, se lo encontró de nuevo a su lado, abriendo su puerta una vez más para

que pudiera salir, ofreciendo su mano para ayudarla a pesar de que, obviamente, no era necesario. Era raro, dado que una vez más se percató de que aquel hombre de pelo rapado y gran corpulencia no parecía tanto un chófer como un matón a sueldo, pero sus maneras eran tan refinadas que contradecían su rudo aspecto.

—Muchas gracias —Dijo Nadia en voz baja —¿El señor Bassetti está en su casa...?

—No se preocupe por eso. Voy a acompañarla.

Nadia miró el enorme vehículo que tenía frente a ella y se quedó confundida por un momento. Estaba claro que tenía que aparcar, y ella podía subir sola si le decía el piso al que debía dirigirse.

—No hace falta...

—Lo siento. Son órdenes del señor Bassetti, así que debo ir con usted, señora.

Nadia respiró hondo y, finalmente, se resignó a su destino, asintiendo levemente con la cabeza. Después, siguió a su guía por el portal de pasillos interminables revestido de mármol brillante hasta los ascensores que había al fondo de uno de ellos, las puertas se abrieron y entraron a un amplio elevador con las paredes cubiertas de espejos. El chófer introdujo una llave y el ascensor se puso de nuevo en movimiento. En solo unos segundos se detuvo otra vez, las puertas se abrieron y Nadia tuvo acceso a un amplio salón tan elegante como hermoso. Entró con la boca abierta, admirando la hermosa madera de caoba que revestía cada uno de los muebles que observaba a su alrededor y el maravilloso sillón de cuero negro que destacaba en el espacio central, cuando una voz conocida interrumpió su admiración de repente.

—Bien... Ya estás aquí. Pasa, por favor, todo está preparado —Marco sonrió y la miró de arriba a abajo como si fuera la mujer más hermosa que había visto jamás, a pesar de que sólo le había dado tiempo a ponerse un sencillo vestido azul claro algo más holgado de lo que le habría gustado —Bienvenida —Añadió antes de darle un dulce beso en pómulo derecho que, para su sorpresa, le puso las mejillas coloradas. Nadia asintió y él volvió la mirada hacia su chófer, dedicándole una sonrisa extraña antes de asentir también con la cabeza — Muchas gracias, Paolo.

El chófer hizo un gesto de aprobación antes de desaparecer de allí tan rápido como le fue posible, entendiendo al parecer el mensaje cifrado que había recibido de su jefe antes de que ella tuviera tiempo de asimilarlo siquiera. Entonces, Marco volvió a dirigir la mirada hacia ella de nuevo —Estás preciosa.

—Gracias —Murmuró tímidamente.

—Me alegro de que hayas venido. Ven, la cena ya está preparada... Espero que te guste el entrecot y la pasta a la bolognesa... La verdad es que no estaba

seguro de que fueras a aceptar mi invitación a venir, así que no había preparado nada, y todo ha sido tan acelerado que ni siquiera he tenido tiempo de preguntarte lo que te apetecía...

Nadia asintió, dándose cuenta de que, al parecer, siempre quedaban de una forma muy apresurada por algún motivo que se le escapaba. Quizá porque si tuviera tiempo de pensarlo con tranquilidad no hubiera aceptado acudir a la cita de aquella noche, pero antes de seguir su reflexión, decidió permitir que la dirigiera hacia otra gran sala donde había una gran mesa de comer color caoba oscuro rodeada de sillas acolchadas a juego.

—Sí, la verdad es que eso me gusta.

—Entonces, perfecto. Toma asiento.

Nadia obedeció sin dudar, a pesar de que por un instante pensó que no estaba segura de lo que estaba haciendo, y esperó paciente a ver cómo se desarrollaba la cena. Al menos, Marco se estaba comportando de una forma mucho más amable de lo que esperaba, lo que desde luego la estaba sorprendiendo. Sin embargo, nada la garantizaba un final agradable aquella noche. Al fin y al cabo, apenas conocía a ese hombre tan atractivo como complejo, y eso era algo que no la hacía sentir la seguridad que hubiera deseado, a pesar de que, a su lado, se sentía más a gusto de lo que hubiera imaginado por algún motivo que se le escapaba.

CAPÍTULO 25

Nadia no pudo evitar que una pequeña sonrisa acudiera a sus labios cuando vio cómo Marco cogía la ensaladera de la cocina para llevarla a la mesa. Su forma de moverse era tan extraña que no dudó un instante que no era usual en él hacer nada parecido a poner la mesa. Por suerte, todo estaba ya preparado al detalle en el comedor. La mesa estaba colocada de una forma exquisita, aunque la comida aún estaba en el horno: una bandeja de pasta cubierta de una deliciosa salsa con queso que, si sabía como prometía según su olor, estaba segura de que iba a ser lo más exquisito que hubiera probado nunca.

—¿Vas a poner tú la mesa? —Preguntó confundida cuando vio como volvía a la cocina sin decir nada y cogía también la bandeja del horno con un paño para no quemarse, aunque por la cara que puso no sirvió del todo para su cometido.

—Ya está puesta, ¿no lo ves? —Dijo mientras dejaba la bandeja en el centro señalando con la cabeza —Sólo quedaba la comida. Mi cocinera me ha advertido de que no la saque demasiado pronto porque se quedaría frío, y tengo por costumbre escuchar a los profesionales cuando saben sobre su trabajo.

—¿Y por qué no la ha traído ella?

Marco levantó la mirada hacia Nadia cuando escuchó aquella pregunta capciosa, y una pequeña y extraña sonrisa acudió a sus labios.

—Le he dado la noche libre. Estaba seguro de que no iba a necesitarla, y, la verdad, es que me apetecía que estuviéramos solos...

Nadia sintió como un escalofrío le recorría el cuerpo al escuchar aquellas palabras. Sabía exactamente a qué se refería, pero lo cierto era que no estaba segura de querer saberlo.

—¿En serio?

—Claro... ¿Por qué lo preguntas?

Nadia se mordió el labio, tratando de imaginar cómo podía preguntar lo que realmente deseaba, pero no encontraba las palabras adecuadas para hacerlo.

—No sé... —Nadia se puso un mechón de su cabello detrás de la oreja y observó con detenimiento el suelo como si allí fuera a ser capaz de encontrar algo interesante —No estaba segura de que tuvieras tantas ganas de estar conmigo... Eso es todo...

—No te entiendo.

Nadia levantó la mirada y encontró los ojos castaños de Marco observándola con fijeza mientras fruncía el ceño.

—No estaba segura de que yo te... interesara...

Marco relajó el gesto al instante y negó con la cabeza mientras volvía la vista hacia la mesa, como si aquella conversación no le importara demasiado.

—Pues sí que me interesas... No por qué dudas así de ti, Nadia —Ella se mantuvo en silencio y Marco volvió a fijarse en su rostro apagado de nuevo — Te he invitado a salir más veces que a ninguna otra mujer que haya conocido en toda mi vida, y ayer incluso te besé al despedirnos... ¿Es que piensas que beso así a una mujer que no me interesa? Porque yo creo que está bastante claro lo que siento...

Nadia lo observó un instante, manteniendo su mirada sincera. En realidad, no dudaba que estaba diciendo la verdad. A esas alturas, ya sabía bien que Marco estaba interesado en ella. El problema no era ese, pero no era capaz de decirle toda la verdad. Lo que necesitaba saber era si ella le interesaba en serio, si quería mantener con ella una relación o sólo tener una aventura. Pero era demasiado pronto para preguntarle algo así, y además no estaba segura de querer saber la respuesta, así que supuso que lo mejor era dejar el tema, por el momento.

—De acuerdo.

Marco pareció satisfecho con su respuesta, así que asintió y la invitó con un gesto de la mano a sentarse al fin a la mesa.

—Bien, entonces me alegro de haberlo aclarado. Ahora, ¿cenamos?

Nadia asintió con la cabeza y tomó asiento mientras Marco hacía lo propio frente a ella.

—Huele maravillosamente...

—Sí, Cecilia tiene muy buena mano con la comida... Lleva años trabajando para mí, y no la cambiaría por nadie...

Nadia sintió cómo los celos se apoderaban de su cuerpo en un instante al escuchar esas palabras, y la curiosidad por saber cómo era la tal Cecilia pudo con ella, pero estaba segura de que era demasiado pronto para montar una escena, sobre todo teniendo en cuenta que no tendría ningún sentido hacerlo, así que no dijo nada. Al fin y al cabo, ni siquiera sabía si tenía derecho a sentir celos de Marco. Quizá en un par de días fuera historia para él, y sólo su cocinera permaneciera en su vida en ese momento.

—Me alegro.

—¿Quieres que te sirva un poco del primer plato? —Nadia asintió, y Marco se puso en pie para servir la pasta. Parecía tan deliciosa que Nadia sintió que la boca se le hacía agua, a pesar de la torpeza de Marco para servirlo correctamente.

—Me alegra ver que no eres diestro en todo lo que haces... —Bromeó al ver cómo se peleaba para servir su propio plato tras hacer lo propio con el de ella.

Marco levantó la mirada y vio su sonrisa, y no tuvo más remedio que dejar que se contagiara también a sus labios.

—Lo soy en lo más importante, creo que con eso basta —Marco se sentó y empezó a degustar su exquisita pasta a la vez que Nadia, y Nadia pudo sentir a la vez que él cómo la salsa invadía su paladar, proporcionando un placer hasta entonces desconocido para ella.

—Está delicioso...

—Lo sé. Es cierto... — Y, con aquellas palabras, Nadia se dio cuenta de que, por desgracia, aquella noche iba a ser más complicada de lo que esperaba, aunque eso no impidió que siguiera impaciente por averiguar lo que le deparaba.

CAPÍTULO 26

Nadia se quedó un momento en silencio, sin saber qué decir, y por un instante sintió que debía huir de aquel lugar por algún motivo que no alcanzaba a comprender del todo, pero por suerte fue capaz de contenerse a tiempo. Tomó otro bocado y lo saboreó con cuidado.

—Bueno... Mi hermano parece muy contento con tu trabajo... Supongo que tú también eres bastante eficiente...

—La verdad es que no tengo experiencia, así que sigo aprendiendo...

—¿En serio? —Marco la observó incrédulo —Eso no es lo que me ha contado.

—¿Y qué te ha contado, exactamente?

Marco bajó la mirada y tomó otro bocado de pasta con calma antes de decidirse a contestar.

—Muchas cosas, pero la verdad es que no te he traído aquí para hablar de mi hermano.

—Entonces, ¿por qué has sacado el tema?

Marco se percató de que aquella pregunta era más impertinente de lo que le hubiera gustado, al igual que ella, aunque no la había formulado con esa intención, pero ya era tarde para retirarla, así que decidió mantener su mirada hasta que él la bajó a su plato de nuevo. Se introdujo el siguiente bocado y lo masticó con tranquilidad antes de contestar de nuevo.

—Supongo que porque te has quedado callada y no me gusta. Nunca sé qué estás pensando, y no estoy acostumbrado a eso.

—¿Qué quieres decir?

Marco dejó los cubiertos sobre la mesa y levantó la vista una vez más, mostrando que iba a dedicarla toda su atención.

—Quiero decir... que no te entiendo. Parece que te gusto, pero no paras de rechazarme, y hay momentos, como hace unos minutos, que parecía que estabas tan incómoda que ibas a salir corriendo...

Nadia se sorprendió al darse cuenta de que, al parecer, aunque no se hubiera percatado de ello, Marco la conocía mucho mejor de lo que pensaba, pero no podía decirle eso, así que negó con la cabeza y decidió aligerar la conversación dentro de lo posible, para que la noche no fuera tan tensa como lo había sido hasta ese momento.

—No estoy incómoda, Marco.

—Pero sí querías salir corriendo...

Nadia respiró hondo antes de decidir que debía empezar a sincerarse si quería que aquello, fuera lo que fuera, saliera bien.

—Es posible... Pero sólo porque... —En ese momento, se detuvo y se mordió el labio.

—Continúa... —La apremió Marco, al ver que no era capaz de explicarse. Nadia lo miró un poco asustada y permitió al fin que las palabras escaparan de sus labios sin su consentimiento.

—Supongo que me gustas tanto que no sé cómo afrontarlo. Nunca me había sentido así antes... Y, a veces, eso me da miedo.

Marco la observó sorprendido un instante antes de ser capaz de reaccionar. Estaba claro que no se esperaba esa respuesta, pero por la forma en que se comportó después pareció complacido por ella al momento.

—Vaya... Esto es nuevo —Dijo en tono de broma —La verdad es que esperaba que sintieras algo por mí, pero no que fuera precisamente miedo.

—No es lo único que siento.

Marco levantó la mirada arrogante antes de dejar la servilleta sobre la mesa, luego se puso en pie y se encaminó hacia donde ella estaba sentada. Finalmente, se apoyó en el borde de la misma y la miró petulante.

—¿Ah, no? —Preguntó decidido —¿Qué más sientes, entonces? —Nadia lo observó unos segundos sin saber qué debía hacer. No podía responder a aquella pregunta sin quedar en evidencia, pero algo le decía que él ya sabía la respuesta sin necesidad de que lo hiciera de todos modos —Dime, Nadia. No seas tímida ahora. Quiero saber la verdad ¿Qué sientes por mí? —Nadia lo observó boquiabierta mientras él acercaba su rostro al de ella, muy serio —¿Qué te gustaría hacer ahora mismo conmigo?

Nadia miró sus labios carnosos, tratando de imaginar su suavidad al acercarse a los de ella una vez más. Ya no tenía hambre, no de comida al menos, y, al parecer, Marco sentía exactamente lo mismo que ella. Lo sabía a pesar de que no le hubiera dicho nada al respecto. Su mano se dirigió a su pelo, enredando los dedos entre sus hermosos mechones cobrizos, obligándola a subir la cabeza para darle pleno acceso a sus labios, y, antes de que se diera cuenta, se acercó de repente y le robó un beso tan apasionado como el de la noche anterior, aunque le dejó mucho más satisfecha, porque en ese momento no tenían necesidad de interrumpirse en ningún momento. Estaban en casa de Marco a solas, y la noche se abría paso ante ellos. Nadia miró los ojos de Marco mientras se alejaba de ella de nuevo sin soltar sus cabellos, y no dudó un instante en tomar sus mejillas y acercarlo a ella de nuevo. En aquel momento no podía pensar, no podía hacer nada más que sentir. Su corazón se había puesto al mando

y ya no tenía oportunidad de frenarlo, así que se rindió a su destino y permitió que Marco la tomara en sus brazos para llevarla a la cama. No podía negar que se sentía impaciente por sentirlo dentro de ella. Llevaba deseando aquello desde que lo había conocido, aunque no hubiera sido capaz de rendirse a sus sentimientos antes de aquella noche. Sin embargo, ya era tarde para todo aquello. Era posible que se estuviera equivocando, pero ya se preocuparía por eso cuando tuviera que hacerlo. En ese instante, en ese mismo momento, sólo le interesaba perderse en la forma en que la miraba, como si fuera lo máspreciado que había sobre la faz de la tierra, mientras la desabrochaba el vestido, que ella terminó de quitarse para agilizar el proceso. Luego, observó atónita cómo Marco se despojaba de su camisa y, poco después de sus pantalones, mostrando un cuerpo escultural que, desde luego, no era propio de un hombre de negocios que se pasa el día sentado en una oficina, y esperó impaciente hasta que se colocó sobre ella. Su mano acarició la piel de su mejilla y luego bajó a su cuello con delicadeza. Por un momento, pareció que iba a decir algo, pero finalmente se mantuvo en silencio y empezó a besar su cuello hasta llegar a sus senos, que se introdujo en la boca sin dudar un segundo, mientras su mano se dirigía hacia la parte más sensible de su cuerpo. Nadia sintió tal placer con sus caricias que por un momento incluso creyó que iba a desmayarse, pero por suerte fue capaz de aguantar despierta, dispuesta a aceptar todo el placer que le esperaba. Por suerte, no tardó demasiado en confirmar sus sospechas. Sin mediar palabra, Marco la penetró de repente, con más facilidad de la que esperaba debido a la humedad que la lubricaba por dentro, y sintió la forma en que gemía al recibirle cada vez más rápido, con más rudeza, hasta que ambos terminaron estallando en mil pedazos uno junto al otro, viviendo el mejor orgasmo que recordaban en toda su existencia.

CAPÍTULO 27

Cuando Nadia volvió a abrir los ojos, no pudo evitar sentir que estaba en el paraíso. El rostro de Marco a su lado, respirando profundamente mientras mantenía los ojos cerrados, tratando de recuperar el aliento al igual que hacía ella era una imagen tan hermosa que, por un instante, deseó poder verla cada mañana al despertarse. Sin embargo, no tardó demasiado en darse cuenta de que eso no iba a ocurrir, y debía aceptarlo. Después de observar las perfectas facciones del hombre que tenía tumbado a su lado durante un momento, deleitándose con la forma de sus labios gruesos, sus grandes ojos oscuros, la rectitud de su nariz y el color tostado de su piel, que contrastaba con fuerza con la palidez de la de ella, apartó la vista al fin y la fijó en el techo. Fue entonces cuando se vio obligada a darse cuenta de que ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Aunque ella se sentía atada a Marco de algún modo desde que lo conoció, no creía que él sintiera lo mismo, y de repente el miedo a que incluso la invitara a irse de su casa al haber conseguido lo que deseaba la paralizó por completo. Si lo hacía, no podría reprocharle nada. Al fin y al cabo, entre ellos no había promesas. Ella quería aclarar lo que estaba ocurriendo y las intenciones de Marco, pero no era capaz de sacar el tema ¿Y si, en realidad, él sólo deseaba pasar una noche con ella? ¿Y si con aquel instante él había tenido suficiente y sólo deseaba que se fuera? No sabía cómo iba a afrontar algo así. Si ya antes sentía algo fuerte por Marco, después de haberse acostado con él aquel extraño sentimiento se había intensificado, y no estaba segura de cómo iba a superar su repentino rechazo. Sabía que debía aclarar lo que estaba pasando entre ellos cuanto antes, pero no era capaz. En realidad, lo único que quería era volver a lamer su piel de nuevo, volver a sentirlo en su interior, si era posible, durante el resto de su vida. En un instante de embriaguez, pensó que incluso podía conformarse con eso, pero algo en su interior gritó al instante que era obvio que mentía. Ella nunca podría conformarse con algo así durante el resto de su vida, pero quizá durante un tiempo... Aún estaba pensando en aquello cuando Marco abrió los ojos al fin y clavó su mirada en ella con tal intensidad, que incluso la costó respirar por un momento. Marco la observó en silencio unos segundos antes de levantar la mano y acariciar su mejilla con la yema de los dedos. Luego, esbozó una pequeña sonrisa sin apartar la mirada de ella.

—Te has quedado muy callada... —Comentó perdiendo la sonrisa. Nadia lo miró con fijeza antes de ser capaz de responder. Sabía lo que quería decirle, pero

seguía siendo una cobarde, así que decidió que lo mejor era aparcar aquel tema por el momento.

—No sé qué decir... —Respondió al fin encogiéndose de hombros...

—Ya... Yo tampoco. Esto no estaba planeado...

—Entonces, ¿no tenías intención de acostarte conmigo esta noche?— Preguntó Nadia sorprendida.

—Sí, claro, pero un poco más tarde, supongo... —Explicó Marco con la sonrisa dibujada en su rostro de nuevo —Tenía intención de, como mínimo, cenar primero...

—Entiendo... —Nadia se mordió el labio y miró al techo unos segundos antes de escuchar a Marco hablar de nuevo.

—Supongo que para ti también ha sido inesperado... Ni siquiera te he dejado terminar el primer plato... ¿Quieres que volvamos al salón?

—Como quieras... —Debía admitir que la comida estaba exquisita, aunque para ser sincera eso era lo último que tenía en mente en ese momento.

—Aunque la verdad es que no me apetece moverme demasiado... Me he quedado sin fuerzas... Tienes un efecto muy potente en mí, nunca me había pasado esto antes...

—¿A qué te refieres? —Preguntó Nadia, confundida. Marco observó su rostro preocupado un momento y esbozó su sonrisa burlona característica.

—A que, normalmente, por mucho que me guste una mujer, suelo ser capaz de controlarme hasta después de la cena...

Nadia no pudo evitar corresponder su gesto alegre al percatarse de que aquello parecía ser un halago hacia ella. De alguna forma, eso implicaba que para él Nadia era especial, diferente a otras mujeres, aunque no sabía si sólo lo era porque deseaba con más intensidad su cuerpo o podía haber alguna otra razón para aquellos sentimientos. Fuera como fuera, mientras no fuera capaz de preguntarle lo que sentía abiertamente no iba a averiguar la verdad, lo que significaba que era mejor que, por el momento, se resignara a su desconocimiento.

—Me alegra saber eso...

Marco se volvió entonces para observarla y, por un instante, Nadia sintió que la intensidad de su mirada la derretía. El dedo índice de Marco volvió a su rostro, acariciándolo, antes de bajar por su cuello, mientras sus ojos seguían cada uno de sus movimientos.

—Entonces... —Murmuró con la mirada fija en la forma en que sus dedos jugaban con la piel de su estómago antes de desviarla a su rostro de nuevo — ¿Tienes hambre?

Nadia sabía exactamente lo que le estaba preguntando, así que asintió con

una pequeña sonrisa en los labios.

—La verdad es que sí...

Marco se quedó serio al instante, mostrando que no era esa la respuesta que esperaba, y acto seguido se incorporó sobre uno de sus brazos.

—Bien, entonces volvamos al salón.

En ese momento, Nadia lo tomó por el brazo para detenerlo y negó con la cabeza muy despacio.

—No, no lo has entendido...

—¿Qué? —Preguntó Marco desconcertado —Has dicho que tenías hambre...

—Sí, pero no de comida, precisamente...

Marco se quedó unos segundos perplejo observando la sonrisa traviesa de Nadia antes de ser capaz de reaccionar. Luego permitió que sus labios se curvaran hacia arriba de nuevo, se acercó a Nadia hasta colocarse sobre ella y negó con la cabeza.

—Ya veo... —Susurró mientras acomodaba su cuerpo, mientras Nadia disfrutaba al sentir de nuevo su peso sobre ella —Así que crees que puedes vacilarme...

—Nunca me atrevería a hacer algo así, señor Bassetti. Le respeto demasiado...

—Yo no lo creo... —Discrepó Marco viendo cómo Nadia luchaba por aguantarse la risa —Pero ahora mismo eso no me importa... Voy a hacerte pagar por ello en un momento.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas hacerlo?

Marco no dudó un instante antes de tomar sus manos y sujetárselas dentro de la suya por encima de la cabeza para poseer sus labios por completo. Su mano jugó con sus pezones antes de bajar a su parte más sensible, donde se deleitó con la humedad que había acumulada en su interior, mostrándole que el anhelo que él sentía por ella a cada momento era un sentimiento mutuo, por suerte. Antes de pensar demasiado en lo que estaba haciendo, la penetró con fuerza de nuevo, disfrutando del gemido ahogado que provocó en ella al hacerlo y empezó a embestir con fuerza en su interior.

—Así... —Confirmó antes de agilizar el ritmo de sus movimientos. Nadia no pudo evitar sentir que el placer volvía a crecer en su interior, preparada para complacer al hombre que tenía frente a ella, y poco después ambos volvieron a sentir cómo el mundo se derrumbaba a su alrededor, y sólo dejaban espacio a un placer interminable que explotó a la vez dentro de ellos.

CAPÍTULO 28

A la mañana siguiente, Nadia se despertó sintiéndose renovada. Por un instante, apenas pudo recordar lo que había ocurrido después de estar con Marco la segunda vez ¿Acaso se había desmayado? Desde luego, el orgasmo que había sentido aquella noche bien valía algo así. Nunca había sentido un placer semejante en toda su vida, lo que demostraba, una vez más, que Marco tenía un poder sobre ella muy superior a cualquier otro hombre con el que había estado. No sólo era el más atractivo, sino el más atento, educado e inteligente que había conocido. Eso significaba que despertarse aquella mañana allí, a su lado, merecía todo lo que pudiera pasar después, fuera lo que fuera. Había pasado la noche con el hombre que deseaba, y eso no podía estar mal, dado que, además, la hacía sentir mejor que en toda su vida. Por lo tanto, se decidió al fin a dejar de dudar de lo que estaba haciendo y disfrutar del momento.

Con esa idea en mente, se dio la vuelta y vio a Marco durmiendo plácidamente a su lado. Su pecho subía y bajaba lentamente mientras él mantenía los ojos cerrados. Por un instante, tuvo curiosidad por saber qué soñaba. Tenía claro lo que soñaba ella: con él, en todo momento desde que lo había conocido unos meses atrás, pero, ¿y él? ¿Qué deseos ocultos guardaba escondidos dentro de su cabeza? Y, lo que era más importante: después de haber pasado la noche a su lado, ¿estaría dispuesto a seguir viéndola o decidiría echarla de su casa sin ningún reparo? No, aquello no era posible. Él era un señor. Nunca caería tan bajo, pero la posibilidad de que no volviera a llamarla era cada vez más probable, y eso empezaba a preocuparla aunque intentara con todas sus fuerzas evitarlo. Lo único que deseaba en ese momento era despertarse junto a Marco durante el resto de su vida, pasara lo que pasara. En medio de su reflexión, la voz de Marco interrumpió de repente sus pensamientos.

—Vaya... Veo que ya te has despertado... —Murmuró con voz adormilada mientras su brazo rodeaba su cintura desnuda. En ese momento, fue plenamente consciente de que, por primera vez en su vida, no se había puesto un pijama para dormir, y sus mejillas se acalararon al momento.

—Sí...

—Me alegro —Dijo sin más antes de incorporarse para darle un pequeño beso en los labios que a Nadia le supo a poco. Después, se pasó los dedos por el pelo en un gesto adorable que Nadia no pudo evitar observar con fijeza y clavó la vista sobre ella de nuevo. Al no decir nada, Nadia empezó a sentirse

incómoda, pensando que deseaba que se fuera, pero sus nervios desaparecieron al momento en cuanto escuchó sus siguientes palabras: —¿Qué te parece si desayunamos?

Nadia sonrió feliz de escuchar que Marco no tenía intención de echarla de su casa tan pronto como había esperado.

—Bien... Pero... ¿Vas a cocinar tú? ¿O ha vuelto tu cocinera...?

Marco volvió la mirada hacia la mesilla, donde estaba su despertador, y negó con la cabeza.

No, de hecho ya se habrá ido, pero habrá dejado el desayuno preparado — Nadia lo miró con una incógnita dibujada en el rostro, y Marco comprendió su pregunta antes de que la verbalizara —Tortitas, zumo de naranja y café con leche... Espero que te guste...

—Por supuesto. Me encanta.

Marco asintió complacido por su respuesta.

—Perfecto. Entonces, vamos.

Nadia vio cómo Marco cogía su ropa interior del cajón mientras ella miraba alrededor, buscando algo que ponerse para no tener que desayunar desnuda. Finalmente, se decidió por una camisa blanca de Marco que había junto a la cama, colgada en una percha. Le quedaba enorme, pero al menos tapaba hasta la mitad de sus muslos, lo que era de agradecer en ese momento.

—Te queda bien mi camisa... —Comentó Marco de repente sin apartar la mirada de su cuerpo. Nadia no pudo evitar dar un respingo ante su apreciación, pero pronto se le pasó el susto, al ver como avanzaba hacia ella y le daba un dulce beso en la parte trasera del cuello sin apenas tocarla —La verdad es que así estás mucho más apetecible... así que supongo que, si no piensas morirte de hambre, lo mejor es que espere fuera...

Y, con aquella frase, desapareció al fin de su habitación, dejándola sola con una gran sonrisa en la cara.

El desayuno estaba tan delicioso como prometía, y entre bocado y bocado hablaron de temas banales y sin importancia, pero aún así Nadia no pudo negar que era bastante agradable. Era casi como estar con su pareja de toda la vida, aunque a cada momento tuviera que recordarse que eso no era cierto... Sólo era, por el momento, un sueño muy agradable...

Cuando ambos limpiaron al fin sus platos, Marco clavó la mirada en ella de nuevo.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —Preguntó en tono serio.

—Si puedes, me vendría bien, desde luego...

Por un instante, Nadia se alegró de que no le mandara a su chófer de nuevo. En realidad, no le molestaba, porque el hombre le caía bien, pero era mucho más

agradable ir a su lado, sobre todo porque aún no podía soportar la idea de alejarse de él aquella mañana, a pesar de que ya no podía posponer más el momento.

Nadia observó que el coche que Marco eligió aquella mañana era distinto del que había visto antes: este era azul eléctrico y más deportivo, pero igualmente llamativo y precioso, por supuesto. Marco estuvo mucho más silencioso durante el camino de lo que le hubiera gustado, aunque por suerte, cuando al fin detuvo el coche, la mirada que la dedicó fue tan intensa como lo había sido en todo momento aquel fin de semana, lo que calmó ligeramente sus nervios.

—Lo he pasado muy bien... —Comentó Marco sin acercarse en ningún momento a su cuerpo.

—Yo también...

—Me alegro. Porque no suelo hacer pasar hambre a las mujeres con las que me acuesto, así que no estaba seguro del todo... —Nadia sonrió a la vez que él, y, cuando iba a contestar, él se acercó de repente y unió sus labios a los de ella con fuerza, demostrando que, a pesar de que ya no parecía tan interesado en ella como antes, la llama que había estado presente durante todo el fin de semana, no había desaparecido del todo, al menos —Te llamaré mañana.

Nadia asintió y se obligó a despedirse y salir del coche, aunque eso era lo último que le apeteciera hacer. Al menos, debía admitir que aquel fin de semana lo había pasado mejor que en toda su vida. Y, pasara lo que pasara después, nunca se olvidaría de la sensación de alcanzar lo inalcanzable, de conseguir lo que tanto había deseado al fin, por mucho que siguiera pensando que se había equivocado al hacerlo.

CAPÍTULO 29

Aquel domingo Nadia sintió que el mundo había cambiado de repente. Había pasado todo el fin de semana con Marco y, por difícil que fuera creerlo, por complicado que todo hubiera parecido durante los últimos meses, no podía negar que se sentía tranquila, feliz... realizada, por primera vez en mucho tiempo. Había algo en su interior que la transmitía que debía estar satisfecha con sus actos, que debía dejar de pensar todo tanto tiempo y empezar a comprender que en la vida hay que tomar decisiones, sean acertadas o equivocadas, y, pase lo que pase, hay que disfrutar del momento. Eso era justo lo que estaba haciendo. Por una vez, había decidido olvidarse de lo que estaba bien o mal, de lo que podía ir mal en el futuro, y deleitarse al recordar la forma en que Marco le había susurrado al oído, la forma en que sus manos habían acariciado su cuerpo mientras la poseía, haciéndola sentir que era su bien máspreciado. Aquellos recuerdos iban a permanecer en su mente durante el resto de su vida. Y algo en su interior le gritaba que no debía preocuparse, porque todo iba a salir bien, a pesar de que en un principio todo había indicado lo contrario. Al fin y al cabo, Marco le dijo que iba a llamarla, y no tenía porqué haberlo hecho si no tuviera intención. Podía ser muchas cosas, pero no un mentiroso, estaba segura de ello. Con esa idea en mente se terminó su desayuno aquella mañana antes de tirarse en el sillón y empezar a ver la tele sin tener muy claro lo que estaba viendo en realidad, porque su mente seguía ensimismada con el hombre de sus sueños, ese que nunca pensó que pudiera conseguir, pero lo que había ocurrido durante las últimas horas la había hecho cambiar de idea por completo.

Por la tarde, Miriam se pasó por su casa para charlar un rato... lo que significaba que iba a cotillear sobre lo que había ocurrido aquel fin de semana. Nadia decidió no ser críptica por una vez. Al fin y al cabo, estaba deseando gritar lo que había sucedido a los cuatro vientos...

—Vale. Ahora, cuéntamelo todo —Ordenó nada más entrar después de un escueto saludo mientras la cogía de la mano y la obligaba a sentarse en el sillón junto a ella.

—No sé qué quieres que te cuente... He pasado el fin de semana en su casa... Creo que todo está bastante claro... —Confesó al fin con una gran sonrisa. Miriam asintió con alegría y le dio un abrazo.

—Me alegro —Contestó al momento —Entonces, eso significa que todo va bien. Ya sabía yo que, igual que haces siempre, te estabas preocupando por

nada... Ahora, vamos a lo importante: ¿Cuándo vais a volver a veros?

—No lo sé... Pronto, espero. Es el hermano de mi jefe, así que no creo que deje de verlo demasiado... Además, dijo que me llamaría mañana... —Explicó emocionada —No puedo esperar a escuchar su voz de nuevo... Pero tengo que hacerlo...

—Ya lo supongo. Quién lo iba a decir... Ese tío es guapo y rico, Nadia. Parece un buen partido...

—Eh, no vayas tan deprisa... ¿Quién ha hablado de partidos todavía? —Nadia perdió la sonrisa al momento antes de fruncir el ceño.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Miriam, desconcertada —¿Es que no piensas en el futuro? Porque eso sí que sería una sorpresa...

—Pues claro que no. Apenas lo conozco... —Dijo, tratando de ignorar el hecho de que, en realidad, estaba muy ansiosa por conocerlo —No puedo pensar tan a largo plazo. Si lo hago, voy a estropearlo todo... Las cosas tienen que seguir su curso natural...

—En serio... Créeme cuando te digo que no te reconozco —Se quejó Miriam, tratando de comprender lo que estaba ocurriendo —Pero, ¿tú quién eres y qué has hecho con mi mejor amiga? ¿Dónde está esa chica que piensa en matrimonio en la segunda cita...?

Nadia se mordió el labio un instante, tratando de asimilar aquellas certeras palabras. En realidad, Miriam tenía toda la razón. Ella siempre había ido demasiado deprisa en las relaciones, y existía la posibilidad de que eso mismo fuera lo que las había estropeado, pero con Marco aquello no podía pasar, porque no hubiera podido soportarlo, así que se esforzó en cambiar esa irritante faceta de su personalidad por su propio bien, y por el momento le estaba resultando más fácil de lo que esperaba.

—Pues, ahora que lo dices, no lo sé... —Explicó confundida —Lo único que tengo claro es que Marco me gusta, y por creo que yo a él también, así que siento que debo tener paciencia para no destruir la relación antes de que empiece, eso es todo...

Miriam la miró un momento alucinada antes de relajar su gesto pasmado y asentir al fin con la cabeza.

—Sí... Supongo que tienes razón... Debes de haber madurado, y no sabes cuánto me alegro, porque sé cuánto te gusta este tío, y si fueras tú misma... quiero decir la tú misma del pasado, acabaría huyendo de ti tan rápido como le fuera posible. Así que supongo que este cambio es para bien... No hay de qué preocuparse...

Miriam terminó su elocuente discurso guiñando un ojo, lo que quitó un poco de glamour al momento y le provocó una gran carcajada que su mejor amiga

acompañó encantada.

—Bueno, pues supongo que entonces ya está todo aclarado... Ahora, cuéntame qué tal tú... ¿Cómo ha ido tu fin de semana...?

—Por supuesto.

Mientras Miriam se explayaba al contarle cada detalle, Nadia se sorprendió una vez más recordando la forma en que Marco la había tomado aquellos días. Había sido breve, pero intenso, y no podía negar que nunca nadie la había hecho sentir tan extasiada. No podía esperar a volver a verlo. Era como una droga que no era capaz de controlar. Si hubiera sido por ella, no se hubiera separado de él durante el resto de su vida, lo que parecía un poco extremo, y mientras aquellos pensamientos nublaban su mente, Nadia se dio cuenta de que, en realidad, no le había dicho toda la verdad a su mejor amiga. Lo cierto era que, aunque no pensara en casarse, Marco le gustaba tanto que incluso le daba miedo. Sólo esperaba que esa obsesión que tenía por él no afectase a la relación negativamente, y todo transcurriera como debía, mientras su ilusión se desbordaba a cada momento.

CAPÍTULO 30

Aquel lunes Nadia llegó al trabajo tan puntual como era esperable en la secretaria del jefe. No podía negar que poco a poco todo parecía encauzarse al fin, y su vida había cogido el rumbo que ella siempre había deseado a pesar de que nunca había imaginado que pudiera llegar a ser tan feliz como en ese momento se sentía. De repente, parecía que el sol la calentaba sólo a ella, que los pájaros sonreían a su paso... Era como estar inmersa en una película antigua, y la alegría era tan abrumadora que incluso pensó que no podía ser real.

La mañana fue transcurriendo sin sobresaltos. De hecho, cuando llegó a primera hora la puerta de su jefe estaba cerrada, y no había sabido nada de él en ningún momento, pero aquello no la preocupó. Al fin y al cabo, aquellos días estaban a tope de trabajo, y por lo tanto tenían que trabajar más que nunca, lo que supuso estaría haciendo, aunque no fuera en su oficina en aquella ocasión. Sin embargo, cuando después miró la hora en su reloj y comprobó su agenda, se dio cuenta de que algo iba mal. Sólo quedaban diez minutos para la reunión que Alessandro debía mantener con Lyzzard y su jefe no parecía preparado. En un primer momento le pareció extraño, dado que normalmente, para un cliente de tal envergadura, Alessandro no solía necesitar que le recordaran su agenda. De hecho, él solía estar listo mucho antes, pero pronto se dio cuenta de que, seguramente se estaba preocupando por nada. Lo más probable era que estuviera ultimando los preparativos en su despacho, donde debió de haber entrado cuando ella se había ausentado para ir al baño, y por eso no hubiera sabido nada de él en toda la mañana. Además, ella era su secretaria. Era su trabajo informarle de sus tareas, aunque en general no fuera necesario hacerlo... Con aquella idea en mente, asintió, se puso en pie y se dirigió a la oficina de su jefe. Llamó a la puerta con decisión y, cuando escuchó a su jefe desde dentro gritando que pasase, abrió dispuesta a informarle sobre la próxima reunión a la que estaba obligado a acudir. Sin embargo, cuando entró y vio la estampa que había frente a sus ojos, no pudo evitar quedarse paralizada por un momento: Alessandro estaba allí, eso era cierto, pero la persona que había sentada en su asiento tras su mesa no parecía el mismo de unos días antes. Su rostro estaba demacrado y tenía unas grandes ojeras que comunicaban sin palabras lo poco que había dormido. Además, parecía distraído mientras miraba el ordenador como si no supiera bien lo que buscaba. Nadia se dio cuenta de aquel gran cambio, pero no sabía muy bien qué decir. Al fin y al cabo, era su superior, no uno de sus amigos, y por ese

motivo no estaba segura de cómo debía tratarlo. Sin embargo, a la vez se sentía mucho más cerca de él que unos días antes, dado que era el hermano de Marco, el hombre con quien había pasado aquel fin de semana. Todo eso la confundía, porque no sabía exactamente cómo debía actuar, pero finalmente decidió que lo mejor era ser profesional, al menos por el momento. Al fin y al cabo, ni siquiera estaba segura de que su hermano le hubiera contado lo que había habido entre ellos aquellos días. Ni siquiera sabía si eso era algo de lo que hablaban habitualmente, y de ser así, tampoco tenía del todo claro que lo que había entre ellos fuera lo suficientemente importante para Marco como para contárselo. Aún no la había llamado aquella mañana, aunque le aseguró que lo haría, y ella confiaba en su palabra, así que decidió que lo mejor era no pensar demasiado en ello y seguir con sus obligaciones.

Alessandro miró la pantalla un par de segundos más antes de decidirse a levantar la mirada. Entonces, pareció percatarse al fin de la presencia de Nadia allí y frunció el ceño.

—¿Querías algo? —Preguntó extrañado al ver la forma en que Nadia lo observaba perpleja.

—Sí, señor —Admitió ella, volviendo en sí de repente para recordar cuál era su cometido en la empresa —He venido para recordarle que en cinco minutos tiene una reunión con Lyzzard.

Alessandro se quedó pensativo un momento, como si aquello no hubiera cruzado su mente ni por un segundo hasta que ella lo había mencionado, a pesar de lo importante que era ese cliente para su negocio, lo que desconcertó a Nadia aún más de lo que ya estaba.

—Ah, sí. Es verdad... —Confirmó obviando su mirada atónita—Es cierto, lo había olvidado. Gracias por recordármelo. Cogeré unos documentos y estaré allí en seguida. No te preocupes, Nadia.

Nadia levantó la mirada mientras sus labios se abrían con intención de responder que, en realidad, y aunque seguramente no fuera asunto suyo, cada vez tenía más claro que tenía motivos de sobra para preocuparse, pero pronto se dio cuenta de que no podía hacerlo, así que cerró la boca y asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Si necesita algo más, no dude en decírmelo —Dijo sin más antes de salir y cerrar la puerta tras ella. Sin embargo, mientras se sentaba de nuevo en su puesto, cada vez estaba más segura de que a su jefe le ocurría algo, y debía ser grave si había llegado a dejar de lado su trabajo. Si algo sabía de Alessandro era que el trabajo era su prioridad en la vida, así que aquella extraña actitud esquiva hacia sus responsabilidades no parecía tener ninguna lógica en ese momento. Aún seguía pensando en ello cuando la puerta de la oficina se abrió de repente y Alessandro apareció de nuevo frente a ella. Sin embargo, en

lugar de la documentación necesaria para aquella importante reunión, sólo llevaba un par de folios en las manos, lo que probaba una vez más que algo estaba ocurriendo.

—Volveré enseguida —Dijo a modo de despedida antes de marcharse, sin darle opción a responder a su escueta frase. Nadia se quedó observando el lugar por el que se había marchado y negó con la cabeza. Algo extraño le estaba ocurriendo a Alessandro, y aunque no era asunto suyo, no podía esperar a saber lo que era. Tenía tal curiosidad que incluso pensó en preguntarle a Marco cuando le viera, y fue entonces cuando recordó todo de nuevo. Marco tenía que llamarla, pero aún no lo había hecho. Sin embargo, aún era pronto para preocuparse. Al fin y al cabo, quedaba toda la tarde para que tuviera oportunidad de hacerlo, y por la mañana debía de estar muy ocupado con su trabajo. Seguramente era por eso que aún no había recibido su llamada, no debía tenerlo en cuenta, estaba claro, así que empezó a ordenar la documentación del despacho, hizo algunas fotocopias y, antes de lo que esperaba, Alessandro estaba de vuelta, aunque su rostro no parecía tan satisfecho como debía después de la reunión que había mantenido. Iba a preguntarle si había habido algún problema con el cliente, pero antes de que tuviera oportunidad de hacerlo él habló, silenciándola.

—Que no me moleste nadie —Ordenó con la voz temblorosa antes de encerrarse en su oficina con un portazo. Nadia asintió y se quedó confundida un instante ¿Acababan de perder a Lyzzard como cliente? Aquello no era posible, siempre había sido uno de sus clientes estrella, y lo necesitaban. Si al final habían cancelado su contrato, iban a tener problemas, de modo que supuso que, en cuanto Alessandro le diera permiso, debía preguntarle al respecto, aunque sólo fuera para saber si debía redactar el contrato o, por el contrario, tenía que empezar a hacer la maleta. Nadia continuó concentrada en su trabajo unos minutos, esperando que Alessandro la requiriera para poder aclarar al fin lo que estaba sucediendo, cuando de repente surgió de su oficina como un terremoto y ni siquiera le dio oportunidad de hablar cuando ordenó:

—Cancela toda mi agenda. Ha surgido un problema.

Y, como una exhalación, desapareció de su vista sin darle más explicaciones, dejándola aún más confundida de lo que ya estaba.

CAPÍTULO 31

Aquel martes, Nadia aún se sentía confundida por lo que había ocurrido el día anterior, pero aún así se levantó de un salto y ni siquiera fue capaz de tomarse su tiempo para el café antes de ir al trabajo. Y no sólo por la extraña forma en que Alessandro se había comportado aquel día, sino que, además, la preocupación que sentía era doble, dado que, al final, Marco no la había llamado. Intentaba pensar que quizá había estado muy ocupado y no tardaría mucho más en hacerlo, pero poco a poco sus esperanzas se iban desvaneciendo, para dar paso a la realidad: Marco no tenía intención de volver a verla. Ya había conseguido lo que deseaba de ella, y no iba a llamarla más. No le interesaba más allá de eso, y el único motivo por el que la había dicho que la iba a llamar era que la había mentido en la cara para librarse de una escena. Sabía que existían hombres así, aunque nunca pensó que Marco fuera uno de ellos.

Cuando llegó a su mesa, aún seguía pensando en ello, pero en cuanto se sentó algo captó su atención hasta tal punto que abstraigo todo lo que tenía en la cabeza: la oficina de su jefe estaba vacía, y aquello era verdaderamente inusual ¿Alessandro no había llegado aquella mañana? Eso no era posible. Él siempre llegaba a primera hora, y ella había llegado cinco minutos tarde... No tenía sentido. Ese hombre vivía para trabajar. Sin embargo, pronto decidió que no debía preocuparse demasiado. Al fin y al cabo, tenía novia, y el amor podía cambiarlo todo en un momento. Quizá estaba con Emma, o quizá se le había pasado la hora por un día. Tampoco era algo tan alarmante. Con esa idea en mente, decidió centrarse al fin y empezó a colocar la documentación que había sobre su mesa, decidida a tener todo preparado para cuando llegara su jefe, decidida a demostrar una vez más su eficiencia.

Sin embargo, cuando vio que ya eran las doce y Alessandro aún no había aparecido, empezó a preocuparse un poco más en serio. No había recibido noticias de él ni tampoco había acudido al despacho, por lo que decidió que debía hacer algo al respecto, aunque lo más probable era que no hubiera pasado nada y, como siempre, ella estuviese exagerando. Con aquella idea en mente, se dirigió hacia la recepcionista y le preguntó, esperando que ella supiera algo, pero por desgracia no era así. De hecho, ella fue la primera sorprendida por lo que la contó preocupada.

—¿Estamos hablando del mismo señor Bassetti? —Preguntó la mujer perpleja mientras la observaba desconcertada —Eso no es posible... Nunca ha

faltado al trabajo, estoy segura. No puede haberse ausentado sin más... ¿Y dices que no has recibido noticias tuyas en toda la mañana?

Nadia negó con la cabeza.

—Ni una palabra... Además, ayer se fue antes, y de una forma muy extraña...

—Pues eso no es normal... —La recepcionista hizo un gesto a una de las mujeres que estaban sentadas en las mesas del fondo de la sala para que viniera, y, al parecer, ella obedeció sin pensarlo siquiera —¿Sabes algo del señor Bassetti? Nadia dice que hoy no ha aparecido por la oficina...

—No puede ser... ¿En serio?

Para asombro de Nadia, en menos de diez minutos casi todas las mujeres de la empresa estaban allí cuchicheando sobre el posible paradero de Alessandro Bassetti, a pesar de que la mayoría no había hablado con él ni una sola vez. Y, en ese momento, Nadia comprendió que había cometido un grave error al preguntar a la recepcionista de aquella gran empresa sobre su paradero. Era casi como haber llamado a un programa del corazón de la televisión más activa del lugar... Aquellas mujeres eran como tertulianas haciendo hipótesis sobre qué le podría haber pasado a su jefe, hasta el punto de que una de ellas incluso llegó a insinuar que estaba muerto y pronto iban a cerrar la empresa... Y fue entonces cuando una voz conocida sonó a su espalda, terminando con todas aquellas habladurías en un instante.

—¿Qué está pasando aquí? —Preguntó Rosa, la secretaria de Emma, a voz en grito, acallando todos los rumores en un segundo. Todo el mundo guardó tal silencio que incluso se escuchó el eco de la recepcionista al carraspear.

—Nada... Es sólo que... Nadia nos ha contado que el señor Bassetti no ha venido a trabajar hoy, y...

—Y nada. Eso no es asunto vuestro. Volved a vuestro trabajo ahora mismo si no queréis que informe de vuestro comportamiento.

De repente, todas corrieron de nuevo a sus puestos sin rechistar, y con gran rapidez volvieron a escucharse los teléfonos sonar y las pulsaciones en los teclados, mostrando que la normalidad se había vuelto a hacer presente en la sala.

—Discúlpeme, yo... —Empezó a decir Nadia, tratando de arreglar el embrollo que, sin querer, había montado.

—No te preocupes. Ven, sígueme. Tengo algo que explicarte.

Nadia obedeció cabizbaja, siguiendo a Rosa por los pasillos como si fuera un reo esperando su condena. Por un instante, estuvo segura de que iba a despedirla, pero luego se tranquilizó al percatarse de que ella sólo era una secretaria, al igual que Nadia ¿Tenía ella poder para darle un comunicado como aquel?

Probablemente no, pero de todos modos eso no calmó del todo sus miedos, al menos hasta que vio que la estaba conduciendo a su mesa.

—Siéntate —Exigió con voz autoritaria Rosa, como si fuera la dueña del lugar. Nadia no comprendía nada, pero de todos modos tomó asiento —Sigue con tu trabajo y no te preocupes por nada. El señor Bassetti volverá lo antes posible... Pero no creo que vaya a ser hoy, así que cancela todas sus reuniones y pon al día su agenda...

Nadia supo al instante que aquella mujer era igual o más rígida que su propio jefe, pero aún así no pudo evitar verbalizar las palabras que tenía en la cabeza.

—Claro. Así lo haré... Pero, antes de irse, ¿podría contestarme una pregunta?

—Por supuesto... —Aceptó Rosa con gesto amable mientras asentía con la cabeza, aplazando su inminente partida.

—¿Le ha pasado algo? Quiero decir... ¿El señor Bassetti está bien?

Rosa la observó un momento antes de esbozar lo que parecía el principio de una sonrisa antes de que el gesto desapareciera de su rostro por completo.

—Sí, está bien, no te preocupes. Sólo ha tenido un pequeño contratiempo... Pero todo estará solucionado antes de lo que imaginas, así que no pienses más en ello.

Con aquellas palabras, Nadia dio por respondida su duda, así que asintió con la cabeza y volvió a sus quehaceres, tal como Rosa le había aconsejado hacer. Según le había explicado aquella secretaria implacable, no había motivo para preocuparse. Seguramente estaba estresado y había decidido tomarse unos días. Quizá estaba con Emma, probablemente de viaje, y debía haber tenido algún problema para volver... Ella lo comprendía bien: siempre había odiado volar... y las aduanas, y la seguridad tan rígida que había en el extranjero. Pero no era nada. No estaba muerto ni iba a cerrar la empresa. Todo iba bien. Sólo tenía que tener paciencia. Con aquella idea en mente, volvió su atención de nuevo al trabajo y olvidó toda la preocupación que poco antes había dominado su mente. Debía ser más profesional y tener más cuidado. Un jefe como Alessandro no iba a tolerar sus cotilleos, así que debía ser firme y disciplinada para no perder aquel trabajo perfecto. De lo contrario iba a lamentarlo durante el resto de su vida. Y no estaba dispuesta a dejar atrás a su maravilloso jefe, ni, por supuesto, a su atractivo hermano, al que de alguna forma, después de que debido a sus dudas hubiera desaparecido de su mente durante un rato, recordó de repente provocando que su corazón latiera con fuerza. Estaba claro que aún sentía algo por él, y, lo peor era que, pese a que a cada instante confirmaba que no debía hacerlo, no podía evitar echar de menos.

CAPÍTULO 32

El viernes, Nadia se sentía devastada. Llevaba ya cinco días sin saber qué debía hacer en su trabajo, y empezaba a sentirse inútil allí. Alessandro no había vuelto a trabajar ni había llamado, por supuesto, y ella se sentía cada vez más perdida. Intentaba mantener su mente ocupada, pensar que no iban a despedirla, que debía haber alguna explicación para la ausencia de su jefe aquellos días, pero aún seguía preocupada pensando que aquello no era normal. Su jefe se había esfumado sin dar ninguna explicación y ella no sabía a qué atenerse, pero por mucho que intentara convencerse de que eso era lo único que la importaba, no podía hacerlo.

El problema verdadero de todo aquello era Marco. Después de todos aquellos días, aún no la había llamado. Y ahora ya sí estaba convencida de que no iba a hacerlo. Estaba claro que había cometido un grave error confiando en su palabra. Sólo la había utilizado, como siempre temió que hiciera, y no iba a volver a verlo. Bueno, en realidad la situación era aún peor que eso, porque si algo tenía claro era que sí iba a verse obligada a volver a verlo. Al fin y al cabo, era el hermano de su jefe. Sólo era cuestión de tiempo que se presentara en la oficina para hacer una visita a Alessandro, provocando una situación que para ella podía calificarse como una pesadilla absoluta, aunque lo más probable era que para él no tuviera ninguna importancia, por supuesto. Eso la llevaba a la conclusión de que a partir de entonces su vida iba a ser muy complicada, porque, aunque parecía algo seguro, no podía soportar la idea de volver a ver a Marco de nuevo.

Cuando se fue de la empresa aquella tarde, aún no era capaz de hacerse a la idea de todo lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, al fin era fin de semana, lo que significaba que, pasara lo que pasara, tenía un par de días para hacerse a la idea de lo que había pasado y, sobre todo, para relajarse. Eso era lo que más la apetecía en ese momento: darse un baño caliente y dejar de pensar en Marco de una vez. Al fin y al cabo, después de la forma en que se había comportado con ella, él no se merecía ni uno solo de sus pensamientos.

En cuanto cruzó la puerta de su casa empezó a desnudarse, dejando caer la ropa por los pasillos de su apartamento, así que para cuando llegó al baño ya estaba casi desnuda. Abrió la llave del agua caliente y se sentó a esperar que la bañera se llenara. Fue entonces cuando, a lo lejos, escuchó el sonido de su móvil. Por un instante, el corazón empezó a cabalgar en su pecho, pensando que era Marco que se había arrepentido de su decisión de ignorarla, así que salió

corriendo y cogió su smartphone de los pantalones de vestir que poco antes había tirado en el suelo. Pero, cuando miró la pantalla, su ánimo volvió a decaer una vez más: por supuesto, no era Marco quien llamaba, sino Miriam, que estaría haciendo planes para el fin de semana.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo, extraña? —Preguntó nada más descolgar el teléfono con la voz emocionada.

Nadia se puso el albornoz y se sentó en el sillón de su sala de estar mientras suspiraba.

—Como siempre, trabajando... —Contestó con sinceridad.

—Vaya... No pareces tan contenta con eso como la semana pasada...

—Sí, lo sé. Es que las cosas... han cambiado, supongo... Eso es todo.

—Pues qué rollo —El silencio se hizo en la línea antes de que Miriam volviera a retomar la conversación de nuevo —Bueno, da igual. En realidad, eso es aún mejor, porque te informo, por si no te habías dado cuenta, de que es fin de semana: el momento perfecto para desconectar de tu trabajo, amiga mía, así que deja de pensar en los problemas y únete a nuestra alianza secreta...

—¿Alianza secreta? —Preguntó Nadia mientras una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios sin su consentimiento —¿Cuándo has hecho una alianza secreta?

—Ahora mismo —Explicó Miriam sin más.

—¿Y cuál es su objetivo?

—Está muy claro: luchar contra el aburrimiento —Después de escuchar aquellas palabras, Nadia no tuvo más remedio que reírse a carcajadas, aunque poco antes era lo último que la hubiera apetecido —Así que, dime: ¿te unes a nosotras?

Nadia negó con la cabeza, aunque en el fondo era consciente de que su mejor amiga no podía verla.

—No sé... En realidad, no me apetece demasiado salir...

Miriam no necesitó más pistas para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Vaya... Así que, al final, el capullo ese no te ha llamado...

—No —Admitió Nadia muy a su pesar —No debería haberme hecho ilusiones. Al fin y al cabo, todos los tíos son unos cerdos.

—Es verdad...

—Y, por si eso no fuera suficiente, mi jefe no ha venido a trabajar esta semana, así que no he tenido nada que hacer... Excepto cubrir sus ausencias, por supuesto. Y, por lo tanto, he tenido demasiado tiempo para pensar...

—No digas más —La interrumpió Miriam al fin —Entiendo que no has tenido una buena semana, pero por eso mismo tienes que salir con nosotras esta noche. Tienes que descargar tensión, y por si eso fuera poco tienes que

ayudarnos a salvar el universo...

Nadia no pudo evitar reír de nuevo al recordar su alianza secreta. Por un instante, estuvo a punto de volver a negarse. Se sentía tan cansada y agobiada que lo único que le apetecía en ese momento era dormir y no volver a despertarse en mucho tiempo, pero pronto decidió que esa no era la opción más adecuada. Miriam tenía razón. No podía dejar que un contratiempo la destrozara. Si Marco no era más que un mentiroso, en el fondo había tenido suerte de enterarse a tiempo y no cuando fuera demasiado tarde. Ahora tenía que recomponerse, y sola le iba a ser más difícil conseguirlo. Lo mejor era apoyarse en sus amigas aquella noche, como hacía siempre, así que, antes de pensarlo demasiado, las palabras surgieron al fin de sus labios:

—Vale. Tienes razón. De acuerdo.

CAPÍTULO 33

Cuando Nadia miró el reloj aquella noche, ya eran las doce y media de la madrugada, y se había reído tanto que incluso le dolía el estómago. Miró alrededor y vio a Miriam bailando frente a ella con el resto de sus amigas y no pudo evitar sentir que el todo el alcohol que había bebido estaba empezando a hacerle efecto. Sin embargo, eso no era suficiente. Aún necesitaba más.

—Voy un momento a la barra, ahora mismo vuelvo —Dijo en el oído de Kira, tratando de conseguir que la escuchara por encima del volumen de la música. Su amiga asintió entre risas y siguió bailando sin más, y ella se encaminó hacia su objetivo.

—Un cubata —Pidió a voz en grito, decidida a que, en aquella ocasión, el camarero pudiera escucharla a la primera, en lugar de necesitar gritar su pedido varias veces, como había ocurrido las anteriores veces que se había acercado. Por suerte, el hombre pareció oírla esa vez, sonrió y asintió mientras iba a por su copa. Ni siquiera se había dado cuenta de que había muchas personas esperando a su lado a las que, al parecer, aún no había atendido, decidido a complacerla a ella. Antes de lo que esperaba, el camarero volvió y le dio un vaso con su bebida. Ella le dio las gracias y sonrió feliz, decidida a emborracharse aquella noche, y después se dio la vuelta para volver con sus amigas, cuando de repente notó que algo se lo impedía. Entonces, volvió la mirada de nuevo y se encontró al mismo camarero que le había dado su bebida, cogiendo su mano por encima del vaso para impedir que se marchara.

—¿Hay algún problema? —Por un instante, pensó que quizá, al estar un poco achispada, se había olvidado de pagarle, pero pronto recordó que lo había hecho, así que no comprendía por qué parecía tener tanto interés en retenerla.

—No... Es sólo que... Esta es la cuarta... —Nadia frunció el ceño, sin comprender a qué se refería, así que el camarero miró su bebida, mostrándola un gesto indulgente que la confundió más de lo que ya estaba.

—Ah, vaya. No las había contado... —Dijo extrañada —¿Y qué pasa? ¿Es que en este establecimiento hay un límite de copas para servir?

El hombre, lejos de hacer caso de su tono desconcertado, se rió un momento a carcajadas.

—No... No, claro que no. Cada uno puede beber lo que le apetezca, por supuesto. Es sólo que... —El hombre se acercó un poco más a ella, decidido a hablarle directamente al oído, y Nadia, al estar un poco abrumada por el alcohol,

se acercó también, permitiendo que lo hiciera —Estaba pensando que eres preciosa, y eso me ha llevado a preguntarme qué motivo puedes tener para beber tanto... Eso es todo...

Nadia se apartó de repente, como si la hubiera quemado, y después se quedó mirándolo confundida. Aquel hombre, al que no conocía de nada, se estaba tomando unas confianzas que ella en ningún momento le había dado. Sin embargo, cuando ya estaba dispuesta a gritarle que se estaba pasando de la raya, se dio cuenta de que, en realidad, era bastante guapo. Sus ojos color miel la observaban con fijeza mientras se pasaba las manos por el pelo, esperando su respuesta. Y fue en ese momento, cuando vio cómo empezaba a ponerse nervioso al darse cuenta de que quizá había cometido un error al decir aquello, cuando Nadia recordó el motivo por el que había decidido salir aquella noche: Marco, el hombre que la había estado obsesionado durante meses, había jugado con ella y, tras meterla en su cama, había decidido no volver a llamarla, ni siquiera para despedirse o darle una explicación a su injusto comportamiento. Por eso estaba allí aquella noche. Había decidido renegar del amor, porque estaba claro que no era real, sólo una terrible invención del subconsciente, que te hacía sentir cosas imposibles o desear algo que nunca se podía alcanzar. Lo que debía hacer era superar lo que la había ocurrido y seguir con su vida, y, en su estado de embriaguez, no se la ocurrió otra forma mejor para conseguirlo que hablar con ese chico que, al contrario que Marco, parecía bastante interesado en ella. Así que, finalmente, levantó la mirada y sonrió, decidida a ser amable con el camarero que, cuando menos, la había halagado.

—No es nada... —Explicó ella después de acercarse a él de nuevo para hablarle al oído, decidida a mostrarse agradable —Es que mis amigas y yo estamos de celebración esta noche, eso es todo.

El hombre miró adonde estaban sus amigas, riendo y bailando, después de que ella las señalara con la cabeza, y, más calmado tras escuchar aquella respuesta, recuperó su sonrisa mientras asentía con la cabeza.

—Ya veo... —En ese momento, bajó la vista al suelo y se quedó pensativo, así que Nadia decidió que ese era el momento más adecuado para marcharse, pero la voz del hombre la interrumpió de nuevo.

—Oye... —Dijo, obligándola a detenerse una vez más —Me estaba preguntando...

—¿Sí? —Preguntó Nadia con curiosidad. El hombre carraspeó antes de ser capaz de continuar. Desde luego, parecía nervioso, algo extraño para alguien que trabajaba en la barra de una discoteca de moda, pero Nadia estaba demasiado alcoholizada para darse cuenta de ese detalle.

—¿Qué te parece si te doy mi teléfono y nos vemos algún día para tomar

algo?

Nadia respiró hondo al escuchar sus palabras. En efecto, el hombre era atractivo, y parecía interesante, aunque por desgracia no era Marco. Pero, lejos de pensar, como había hecho en un principio, que eso era algo negativo, pronto se decidió a verlo como una ventaja. Quizá él sí era sincero y no iba a engañarla para conseguir lo que quería de ella y luego ignorarla. Ese era el tipo de hombre al que debía acercarse a partir de ese momento, y eso era lo que iba a hacer al fin, porque debía dejar de pensar tanto en lo que deseaba y concentrarse en lo que se merecía, y ella merecía a un buen hombre que la tratara de forma correcta, y, sobre todo, no la hiciera daño. Ese iba a ser su objetivo a partir de aquel día.

—Claro... Parece una buena idea —Admitió al fin, mirando alrededor —
¿Dónde puedes apuntármelo?

—Pues... —El hombre buscó también hasta que, finalmente, se decidió a tomar una servilleta de papel —Esto servirá —Apuntó su número y volvió a fijar la mirada en sus ojos una vez más. En la oscuridad de aquella gran sala, con todas las luces y el ruido, a Nadia le pareció que sus ojos oscuros brillaban.

—Perfecto.

Nadia fue a volverse una vez más, cuando escuchó a su espalda.

—Me llamo Iván, por cierto ¡No dudes en llamarme!

Nadia sonrió y asintió mientras se adentraba una vez más en la música antes de guardarse la servilleta en el bolso, y entonces volvió a sumergirse en la oscuridad y el ruido que la rodeaban, olvidando al fin todos los problemas para disfrutar de nuevo.

CAPÍTULO 34

El dolor empezó siendo débil, pero pronto se intensificó tanto que Nadia incluso empezó a sentir que iba a estallarle la cabeza mientras se despertaba aquella mañana. Ya era mediodía, pero no la apetecía moverse de la cama. La noche anterior había sido bastante movida, sobre todo por la cantidad de copas que se había tomado. Ni siquiera recordaba todo con claridad, sólo algunas ráfagas de imágenes en las que reía a carcajadas mientras bailaba con sus amigas. Sólo esperaba no haber hecho nada de lo que pudiera acabar arrepintiéndose, porque su pérdida de memoria no auguraba nada bueno.

Y, por supuesto, todo era culpa de Marco. Si él no la hubiera ignorado, si se hubiera comportado de forma correcta con ella y no la hubiera engañado, ella no habría perdido la compostura aquella noche y no estaría en ese momento dudando de si debía arrepentirse de algo de lo que, en realidad, no se acordaba, mientras trataba de recuperar la conciencia lentamente.

Nada más despertarse, cogió el móvil y vio que tenía un mensaje de Miriam.

¿Vas a llamarlo hoy?

Por un momento, pensó que se refería a Marco, y a punto estuvo de responderla que si se había vuelto loca, pero pronto recordó haber hablado con un hombre la noche anterior, aunque no conseguía ubicarlo del todo. Se esforzó un rato en recordar y entonces se dio cuenta de que era el camarero que la había servido las bebidas, y que, al parecer, estaba interesado en salir con ella. Se puso en pie y se dirigió hacia su bolso, donde, por supuesto, encontró su número de teléfono, y el eco de su voz resonó en su mente para recordarle que se llamaba Iván. Por un momento, observó aquella servilleta pintada como si en ella pudiera encontrar las respuestas a las dudas que asolaban su existencia. Sin duda, era un tipo agradable, parecía interesado en ella, y no podía negar que era atractivo, pero por algún motivo no tenía ganas de llamarlo. Estaba claro que tenía algún problema, porque cualquier chica del mundo lo hubiera hecho al instante. Y, por un momento, pensó que estaba defectuosa o su mente no funcionaba como debiera. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que, de ser así, aquello era también culpa de Marco, porque ella nunca había dudado si debía salir con un hombre guapo hasta ese momento. Sin duda, todo era a causa de aquel hombre que, sin duda, la había hecho más daño del que ella podía calibrar, lo que probaba, una vez más, que le había dado mucho más poder del que merecía en su vida a pesar del poco tiempo que hacía que lo conocía y, por lo tanto, si quería

mantener la cordura debía olvidarlo cuanto antes.

Hoy no

La respuesta que envió a su mejor amiga, tan escueta como directa, no recibió otro mensaje como contestación, sino una llamada.

—¿Cómo que hoy no? ¿Qué quieres decir con eso? —Preguntó en cuanto descolgó el teléfono.

—Pues lo que has oído... No sé si lo llamaré, pero hoy no voy a hacerlo.

—¿Por qué?

Nadia levantó la mirada, buscando desesperada el café y un calmante para su espantoso dolor de cabeza.

—Pues por varias razones: en primer lugar, ahora mismo no puedo, porque me duele tanto la cabeza que ni siquiera soy capaz de pensar, e incluso hablar contigo es un suplicio. Y, en segundo lugar...

Nadia se detuvo en ese momento, decidida a no terminar la frase. En realidad, lo que quería decir era que aún se sentía tan herida por el rechazo de su última obsesión, Marco, que no creía estar preparada para salir con otros hombres, pero incluso en su estado resacoso supo que, si quería mantener un poco de dignidad ante ella misma y, por supuesto, ante su mejor amiga, no podía decir aquello en voz alta.

—Y en segundo lugar... ¿qué? —La apremió Miriam, impaciente.

Nadia negó con la cabeza, buscando la forma de deshacerse de su curiosidad con su respuesta.

—Pues que, en segundo lugar, tengo demasiada hambre. Hasta que no coma algo no voy a poder llamar a nadie...

Nadia escuchó como Miriam se carcajeaba a través de la línea mientras ella luchaba para meter el café molido en la cafetera con una sola mano.

—Ah, vale. Me habías asustado. Creí que no querías llamarlo porque aún estabas pensando en el capullo ese... Y estaba decidida a ir a darte una paliza si confirmabas mis sospechas...

—Pues ya ves que no es cierto, así que puedes estar tranquila.

Nadia supo al instante que estaba mintiendo, pero no tenía otro remedio, así que trató de no sentirse culpable al respecto. Al fin y al cabo, en ese tema no podía ser sincera, y no sólo porque sus sentimientos no tenían ningún sentido, debido al poco tiempo que conocía a Marco, sino también porque, si se lo contaba a sus amigas, recordaría su pérdida a cada momento, y nunca sería capaz de olvidarlo. Y, si algo tenía claro, era que lo que más necesitaba en ese momento era olvidar, y dejar atrás el pasado. Y, para eso, debía dejar de recordarlo a cada momento. No había otro remedio.

—Sí... Ya veo. Bueno, entonces te dejo desayunar tranquila. No hagas

demasiado el vago, porque esta noche salimos otra vez... Y lo pasaremos aún mejor que ayer, así que no puedes fallarnos.

Nadia suspiró. En ese momento se sentía tan mal que incluso caminar era un triunfo, dado lo mareada que estaba, pero, en realidad, no tenía otra opción. Debía salir aquella noche, puesto que de lo contrario iba a quedarse sola con sus pensamientos en la terrible quietud de su apartamento, y eso la llevaría a pensar en molestos recuerdos del pasado...

—Claro. Luego me dices a qué hora quedamos.

Miriam pareció satisfecha con su aceptación, así que ambas se despidieron por unas horas y colgaron el teléfono. Entonces, Nadia se sentó en uno de los taburetes de su cocina y tomó un sorbo de su café. Le encantaba el café, pero aquel sabía como carbón, lo que no hacía más que aumentar sus ganas de vomitar. Sin embargo, poco a poco su estómago pareció empezar a asentarse y la calma invadió su mente al fin, ofreciéndola la paz que en ese momento necesitaba.

Fue entonces cuando su móvil volvió a sonar de nuevo, interrumpiendo la tranquilidad que tanto anhelaba. Nadia resopló molesta y cogió el móvil al instante, dispuesta a dejar claro a Miriam que se verían por la noche, pero en ese momento necesitaba estar sola, cuando de repente se quedó sin aliento. La pantalla del móvil no mostraba el nombre de Miriam o ninguna otra de sus amigas, sino de Marco. Por un instante pensó que era un error, que quizá la resaca había provocado que se desmayara y aquello sólo era un sueño, pero algo en su interior le comunicaba que no era así. Marco la estaba llamando, y ella deseaba tanto aceptar la llamada que incluso la dolían los dedos. Pero no lo hizo. Y no porque le guardara rencor, o quisiera vengarse del daño causado. Simplemente, aquella semana había aprendido lecciones importantes, y la más relevante de todas era que él no era el hombre adecuado para ella. No iba a permitir que volviera a hacerla daño. Y eso no era negociable. Jamás iba a volver a verlo, por mucho que así lo quisiera.

CAPÍTULO 35

Marco volvió a pulsar el botón de llamada una vez más aquella mañana. Aún no podía comprender lo que estaba ocurriendo. Al parecer, Nadia había decidido de repente alejarse de él, a pesar de que lo habían pasado muy bien la noche que habían salido juntos... y el resto del fin de semana que habían pasado en su cama. Estaba totalmente seguro de que ella había disfrutado a su lado, pero por algún momento de repente lo rehuía de nuevo. Estaba claro que nunca iba a ser capaz de comprender a esa mujer. Se había pasado meses rehuyéndolo, y cuando parecía que al fin se había rendido a sus deseos, de repente volvía a evitarlo sin motivo.

Y lo peor de todo era que, después de todo lo que había vivido aquellos días, ni siquiera podía pensar con claridad. Apenas podía concentrarse en Nadia, por mucho que le importara sentir que, una vez más, la estaba perdiendo, porque los sucesos acontecidos aquella semana le habían agotado por completo. Aún no podía creerse que su padre hubiera estado a punto de morir. No era la primera vez que en su familia se metían en problemas, por supuesto, pero sí la que había visto a su padre más cerca de la muerte, y eso era algo que, sin duda, le había marcado para el resto de su vida. Y eso unido a que su familia había estado a punto de destruirse después que los secretos más recónditos hubieran salido a la luz... Era un cóctel explosivo que iba a tardar en superar, sin duda. Por suerte, todo había salido bien al final. Su familia estaba unida de nuevo y su relación con su hermano se había arreglado. Sin embargo, cuando pensaba que ya podía dejar todo aquel dolor atrás, había surgido un nuevo inconveniente que no había previsto antes, aunque quizá debió de haberlo hecho: Nadia se había alejado de él una vez más, y ya empezaba a estar cansado de su huida. A veces quería ir a verla y explicarle que, por mucho que ella tratase de luchar contra sus sentimientos, no iba a poder alejarse de él por el mismo motivo que él no podía alejarse de ella: su atracción era tan fuerte que, sin duda, era inevitable. Nunca antes había sentido nada parecido con ninguna mujer, y eso le había convertido en una especie de adicto rápidamente, y a ella en su incontrolable adicción. Todo era tan extraño que apenas era capaz de asimilarlo, pero no tenía más remedio que hacerlo si no quería perder a Nadia otra vez, así que salió de su casa, y, sin pensar demasiado en ello, se dirigió a casa de su hermano. Al fin y al cabo, era un buen momento para hablar con él, sobre todo porque se sentía tan confundido que necesitaba hablar con alguien, y quién mejor que su hermano para hacerlo.

Él siempre parecía tener la respuesta adecuada desde que eran pequeños, así que necesitaba escucharle cuando se sentía perdido.

En cuanto entró por la puerta, Alessandro le recibió con una sonrisa y una palmada en la espalda, aunque él no tuviera tantas ganas de sonreír. Al fin y al cabo, él había conseguido recuperar al amor de su vida, pero Marco no parecía que fuera a tener tanta suerte como su hermano en ese aspecto.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien? —Dijo al ver que Marco no era capaz de corresponder su gesto alegre, algo poco habitual en él, que solía ser el más positivo de la familia —Si es por padre no tienes de qué preocuparte. Cada día está mejor, y en nada estará dando guerra de nuevo...

—No, tío, no es por eso. Sé que no puede estar mejor que en tus manos... —Confesó Marco preocupado.

—Bien, entonces pasa y cuéntame qué ocurre.

Ales le dirigió hacia el salón y le ofreció asiento antes de acomodarse a su lado en el sillón. Le puso una copa de whisky frente a él y Marco tomó un trago antes de decidirse a comenzar.

—Se trata de Nadia...

Alessandro se quedó asombrado un instante al escuchar aquellas palabras antes de relajar el gesto de nuevo.

—¿Qué ha pasado, Marco?

—Nada... Bueno, en realidad ha pasado algo, pero el problema es que no entiendo nada.

—Bien ¿Qué te parece si me explicas con un poco más de detalle lo que ha ocurrido para que entienda lo que me estás contando?

Marco ignoró la pequeña sonrisa de Alessandro y asintió con la cabeza. En realidad, era muy extraño ver así de feliz a su hermano. Estaba claro que sus males de amor habían terminado al fin. La única pena era que los suyos parecían haber empezado, y por el momento aquella extraña obsesión no le estaba proporcionando demasiadas alegrías.

—Sí, supongo que tienes razón. Es sólo que... Esto es más complicado de lo que pensaba...

Alessandro negó con la cabeza antes de dar un sorbo a su bebida.

—Vaya... Eso es nuevo. No parecía tan complicado cuando era yo quien tenía problemas...

—Sí, supongo que es más fácil cuando no eres tú el afectado...

Alessandro asintió y dejó escapar un suspiro. No podía negar que sus ganas de reírse a costa de su hermano habían desaparecido al fin. Por primera vez parecía realmente interesado en una mujer. Nunca antes lo había visto tan afectado por ninguna otra, y eso que había estado con muchas. Hubiera deseado

que la primera vez que se interesara en serio por una mujer no fuera su secretaria, pero él sabía por experiencia propia que no puedes elegir a la mujer de tus sueños, a sí que supuso que debía aceptar su destino y esforzarse al máximo para tratar de ayudarlo de todas maneras.

—Sí. Creo que tienes razón.

—Bueno, si de verdad necesitas que te ayude, deberías ir al grano...

Marco asintió de nuevo y se decidió al fin a contarle a Alessandro lo que le había pasado, aunque fuera mucho más complicado de lo que imaginaba. Era extraño que él tuviera problemas con una mujer. Normalmente no le interesaban demasiado, aparte de para pasar un par de noches con ellas... Pero en este caso era diferente, porque las noches que había pasado con Nadia no le habían saciado sus ganas de estar con ella. Al contrario. Aún quería mucho más, lo que era algo nuevo para él, y lo que era aún peor, empezaba a dudar si algún día se cansaría de ella, aunque eso no le asustaba demasiado en ese momento, porque supuso que sólo era cuestión de tiempo que lo hiciera. Quizá con ella iba a tardar un poco más, pero seguro que acabaría superándola como a todas las demás. Era imposible que fuese de otra manera.

—Pues verás... El fin de semana pasado lo pasamos juntos —Alessandro asintió, animándolo a continuar, aunque no estaba seguro de que le fuera a gustar demasiado lo que iba a escuchar a continuación, pero era su hermano y debía apoyarlo, como había hecho a lo largo de toda su vida —Todo fue muy bien, incluso me atrevería a decir que mucho mejor de lo que me imaginaba, pero hoy la he llamado y no me coge el teléfono, así que no entiendo nada.

Alessandro se mantuvo un momento reflexionando en silencio antes de decidirse a contestar.

—¿Qué le hiciste? —Preguntó al fin, preocupado —Tío, te dije que es mi secretaria y debías tener cuidado...

—Nada, nada. En serio. No le hice nada. No es nada de eso, estoy seguro. De hecho, todo fue genial, y cuando me despedí de ella parecía muy contenta, muy relajada a mi lado. Ya no estaba tan tensa como cuando hablaba con ella en la empresa... Y supuse que eso era una buena señal, pero después de que hoy pase de mis llamadas ya no lo tengo tan claro...

—Vale... —Alessandro lo observó un instante, como si quisiera leerle la mente —Entonces, os despedísteis y todo fue bien... —Marco asintió y Alessandro apretó los labios, frustrado —Entonces, no entiendo nada. Lo que dices no tiene demasiado sentido, hermano...

—Lo sé... Lo sé, ¿por qué te crees que he venido a pedirte consejo? Joder, estoy alucinando...

Marco lo observó desesperado y Alessandro decidió intentar un enfoque

nuevo.

—Bien... Vamos a pensar en los detalles. Aunque a veces no nos damos cuenta, las mujeres se fijan mucho en gilipolleces que nosotros ni siquiera imaginamos, así que seguro que conseguiremos comprender lo que pasa si pensamos en ello ¿Qué le dijiste cuando te despediste de ella?

—Pues supongo que adiós... —Respondió Marco con rudeza mientras fruncía el ceño —Venga ya, Ales ¿Crees que me acuerdo de cada palabra...?

—No... No hace falta que te acuerdes de cada palabra, bastará con que me expliques cómo fue, más o menos...

Marco se pasó las manos por el rostro, tratando de serenarse para obedecer a su hermano, aunque lo que decía no parecía tener sentido alguno.

—Pues no sé... Creo que le di un beso y le dije que la llamaría al día siguiente o algo así...

—¿Al día siguiente? —Preguntó Alessandro perplejo —¿En serio? ¿Le dijiste que la llamarías al día siguiente? ¿Y te extraña que ignore tus llamadas? Marco, tío, ha pasado casi una semana desde que os visteis y no has dado señales de vida. Debe de estar bastante cabreada...

Marco se quedó un momento en silencio, tratando de asimilar lo que acababa de averiguar. En efecto, aquello tenía bastante sentido.

—Mierda, puede que tengas razón... —Admitió al fin —La verdad es que estos días han sido como un terremoto y apenas he pensado en nada fuera de nuestra familia...

—Pero ella no lo sabe —Aclaró Alessandro, sabiéndose certero —Creo que, si quieres que lo comprenda vas a tener que explicárselo tú mismo y disculparte...

Marco bajó la cabeza y frunció el ceño.

—¿En serio? ¿Crees que debería disculparme?

—Sí, estoy seguro de ello. A no ser que no quieras volver a hablar con ella, claro...

—Eso no es lo que quiero, si no no estaría aquí... Pero sabes que ese no es mi fuerte... —Le recordó Marco con una pequeña sonrisa.

—Sí, lo sé. Pero, lo siento mucho, hermano, creo que en esta ocasión no vas a tener más remedio...

Marco asintió, consciente de que Alessandro tenía razón.

—Vale... Entonces lo haré, aunque va a ser complicado si sigue sin cogerme el teléfono... Es una testaruda, ni siquiera quiere escucharme...

Alessandro miró a su hermano con una media sonrisa dibujada en los labios antes de decidirse a responderlo.

—¿En serio? ¿Eso te preocupa? Creo que los dos sabemos que, si quieres

conseguir algo, no hay nada que pueda detenerte, Marco, y menos un simple teléfono.

Marco entendió al instante las palabras de su hermano, así que amplió su sonrisa y se puso en pie de un salto.

—Sí, tienes razón. Iré a su casa a hablar con ella. Allí no será tan fácil ignorarme —Después, guiñó un ojo en señal de complicidad antes de dirigirse a la salida, con su hermano siguiéndolo muy despacio —Muchas gracias —Dijo al fin a modo de despedida.

—De nada. Sabes que estoy aquí siempre que me necesites, pero... —Marco escuchó el tono de advertencia en la voz de su hermano, aunque fue tan sutil que apenas pudo percatarse de ella —No la jodas, ¿vale? Nadia parece buena chica, y es una gran secretaria. No se merece que la vuelvas loca. Si vas a buscarla, asegúrate de que es lo que quieres realmente y no se trata sólo de un reto, ¿de acuerdo?

Marco asintió antes de responder a su advertencia.

—No te preocupes. No sé exactamente lo que está pasando entre nosotros, pero si algo tengo claro es que no se trata sólo de un reto. Puedes estar seguro de eso.

Y, tras pronunciar aquellas certeras palabras, se marchó de allí tan rápido como le fue posible, tratando de comprender lo que le estaba ocurriendo. En realidad, lo que le había dicho a su hermano era verdad, pero no era capaz de entender nada. Si no era un simple reto para él, ¿qué era lo que le estaba pasando? ¿Acaso era posible que pudiera sentir por Nadia algo más que deseo?

CAPÍTULO 36

Nadia volvió a mirar la pantalla de su smartphone una vez más. Cinco llamadas. Ya tenía cinco llamadas perdidas de Marco a las que, por supuesto, no había dado respuesta. Sin embargo, por muy enfadada que aún estuviera con él, no podía negar que su fortaleza estaba empezando a debilitarse ¿Acaso no merecía que le diera la oportunidad de explicarse? Eso era algo que no se le podía negar a nadie... Pero en este caso debía hacerlo. Al fin y al cabo, ella se sentía muy vulnerable en presencia de Marco, y eso no ayudaba. Al contrario, era probable que, debido a su debilidad ante él, ella lo perdonara dijera lo que dijera, incluso si utilizaba una excusa absurda para justificar la forma en que la había ignorado, así que no tenía otra opción: debía seguir rechazando sus llamadas, como había hecho hasta ese momento, como él le había hecho a ella durante toda la semana, y no podía recular en la decisión que había tomado. Él no merecía su comprensión. Después de lo que había hecho, no merecía nada, así que no había nada más que pensar: debía aceptar lo irremediable. No había otra posibilidad.

Aún estaba pensando en aquello cuando, de repente, su móvil sonó una vez más encima de la mesita que tenía frente a ella. Sin embargo, en aquella ocasión no indicaba que había recibido una llamada, sino un mensaje. Ni siquiera lo pensó un instante antes de coger el teléfono.

Abre la puerta

Eso era todo lo que había escrito al lado del nombre del remitente: Marco. Por un instante, sus mejillas se acaloraron y su corazón empezó a latir muy deprisa. Aquello era totalmente inesperado. El mensaje decía claramente que Marco estaba en la puerta y había ido a su casa sin preguntarla siquiera. Era algo inconcebible, pero, dado que no tuvo tiempo de pensarlo demasiado cuando acto seguido llamaron a la puerta, no tuvo más remedio que levantarse a abrir. Al fin y al cabo, Marco había cometido un error, pero dejarle esperando fuera sin abrirle siquiera para decirle que no quería volver a verlo la pareció bastante exagerado, así que respiró hondo y tomó el pomo para derribar el único muro que en ese momento les separaba, y cuando al fin lo hizo no pudo evitar quedarse sin aliento. Marco estaba allí, solo, esperando en silencio con gesto compungido, y no podía negar que se le veía incluso más atractivo de lo que recordaba, lo que no facilitaba su tarea en absoluto, aunque no tuviera más remedio que afrontar su destino de todas maneras.

—Hola... —Le saludó Marco mirándola con fijeza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Preguntó Nadia con sequedad, dejando claro que no tenía intención de ponérselo nada fácil a Marco, quien, por la cara que puso al escucharla, pareció que se dio cuenta al instante de lo que pretendía.

—¿Cómo que qué estoy haciendo aquí? —Marco estaba desconcertado —No contestabas a mis llamadas y necesitaba verte.

—¿Para qué?

Lo sabes perfectamente. Necesito que aclaremos las cosas...

—Pues yo creo que no hace falta, porque todo está muy claro —Nadia pensó que aquellas palabras ponían fin a la conversación, pero estaba claro que se equivocaba. Marco no hizo ademán de irse tras escucharla. Sólo negó con la cabeza y bajó la mirada al suelo antes de volver a clavarla en su rostro de nuevo.

—Veo que ya lo tienes todo decidido... Sin ni siquiera escuchar lo que tengo que decirte...

—¿Y por qué iba a escucharte?

—Porque quiero explicarte lo que ha pasado, y creo que tengo derecho a hacerlo. Por eso —Nadia no pudo evitar sorprenderse ante la actitud de Marco. Aunque había cometido un grave error al no llamarla como dijo que iba a hacer, no parecía arrepentido, tal como ella esperaba. Al contrario, se mostraba arrogante, como siempre, y combativo, lo que le indicó que su conversación iba a ser mucho más breve de lo que imaginaba.

—Vale. Entonces, explica lo que quieras cuanto antes. Tengo prisa...

Marco la observó un instante, confundido.

—¿Quieres decir que quieres que hablemos aquí, de pie, en el descansillo del portal? ¿Ni siquiera vas a dejar que entre en tu casa, Nadia? ¿En serio?

Nadia lo observó un instante tratando de pensar en cuál era la respuesta más adecuada para aquella pregunta. En el fondo, sabía que no debía permitir que entrara. No confiaba en él, y eso era un gran impedimento para estar a solas a su lado. La terrible atracción que sentía en cuanto estaba cerca de su cuerpo tampoco ayudaba demasiado, pero pronto se dio cuenta de que, en realidad, Marco tenía razón. Que conversaran en su casa era lo más civilizado, y no iba a cambiar nada entre ellos. Le iba a dejar explicarse y luego le despediría para siempre. No tenía de qué preocuparse. Era una mujer adulta y podía controlar su deseo por un hombre que ya había demostrado que no la convenía. Así que, con todas esas ideas en mente, supo al instante lo que debía hacer.

—Bien, de acuerdo. Tienes razón. Puedes pasar. Pero te advierto que eso no va a cambiar mi respuesta.

Marco asintió muy serio y dio un paso para entrar en su casa al fin.

—De acuerdo.

CAPÍTULO 37

Nadia observó a Marco un instante mientras tomaba asiento incómodo en el sillón. No podía negar que se le veía extraño con un gesto tan serio. No era habitual en él, lo conocía lo suficiente como para saberlo, y además era raro verlo en su casa. Era como si fuera demasiado grande para un apartamento tan pequeño, como si no estuviera proporcionado al lugar donde se encontraba, pero Nadia supuso que soltar una carcajada no era apropiado. Además, por muy gracioso que fuera, no podía evitar sentir que lo último que la apetecía en ese momento era reírse. Aún estaba muy enfadada con Marco por la forma en que la había tratado. No había sido justo con ella, y cuando al fin había decidido superar su rechazo, se presentaba de repente en su casa, dispuesto a impedirle como fuera. No era justo de nuevo. Ella tenía derecho a seguir con su vida, y él no tenía ningún derecho a evitarlo después de como se había comportado. Pero, de todos modos, no sería del todo sincera si no aceptara que, por muy enojada que estuviera, le gustaba que Marco hubiera ido a su casa. A pesar de todo lo que había ocurrido entre ellos, a pesar de no estar segura de estar haciendo lo correcto al haber aceptado escucharlo, no podía negar que lo había echado mucho de menos, así que verlo allí, frente a ella, dispuesto a luchar para volver a su lado fuera por el motivo que fuera era como un sueño hecho realidad... un sueño demasiado hermoso como para ser creíble, pero un sueño al fin y al cabo.

Nadia esperó paciente hasta que Marco se hubo acomodado, pero él no parecía interesado en comenzar a hablar, así que empezó a impacientarse.

—Bueno, tú dirás... —Dijo al fin con la intención de animarlo a comenzar su discurso, convencida de que, cuanto antes empezara, antes iba a terminar aquel incómodo encuentro. Marco levantó la mirada y frunció el ceño, como si supiera exactamente lo que pensaba, lo que no le gustó en absoluto.

—Veo que tienes prisa por hablar...

—Sí... La verdad es que me gustaría terminar con esto cuanto antes. Ya te he dicho que estoy muy ocupada...

Marco miró alrededor antes de volver a clavar la mirada en ella.

—Pues la verdad es que no lo parece...

—Me da igual lo que te parezca. Di ya lo que sea —Le apresuró Nadia, empezando a enfadarse. Marco la observó un instante como si tuviera intención de decir algo más, pero finalmente negó con la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—Vale, como quieras —Respondió al fin —Pero te agradecería que dejaras

de mirarme como si no tuvieras intención de creerte nada de lo que te diga. No niego que quizá mi comportamiento estos días no ha sido ejemplar contigo, pero al menos siempre he sido sincero...

—No lo creo. Me dijiste que me llamarías al día siguiente y no lo hiciste en una semana... ¿Eso es lo que significa para ti ser sincero?

—Cuando te dije eso tenía intención de hacerlo, y si las cosas no se hubieran complicado lo hubiera hecho —Explicó Marco con contundencia. Nadia se quedó un instante mirando sus ojos en silencio con fijeza, como si tratara de encontrar en ellos las respuestas que necesitaba.

—¿Qué cosas?

—¿Cómo dices? —Preguntó Marco desconcertado.

—¿Qué cosas son las que se complicaron?

En un momento, Marco pudo ver los pensamientos de Nadia a través de sus hermosos iris azules. Después de creer que la había traicionado, que sólo la había utilizado y después se había desecho de ella como si fuera basura, aún estaba decidida a escucharlo y, si su explicación era lo suficientemente convincente, incluso existía la posibilidad de perdonarlo, pero por desgracia había algo con lo que no había contado: aquel día había decidido hacer entender a Nadia que no había sido su intención faltar a su palabra. En realidad, y aunque no fuera capaz de explicar el motivo, ella le importaba lo suficiente como para aparecer de repente en su casa y tratar de convencerla de que no debía alejarse de él, a pesar de que en el fondo supiera con certeza que eso no era verdad, porque su vida era tan complicada que ella estaría mejor cuanto más se alejara de él y el resto de su familia, pero no tenía ni idea de cómo iba a poder explicarle lo que había ocurrido sin desvelar su secreto, sin confesarla quién era en realidad, y si algo tenía claro era que, al menos por el momento, no podía hacerlo. Era demasiado pronto como para decirle a qué se dedicaba, quién era él y lo que implicaba estar a su lado. Aún no era posible, y si no le decía la verdad iba a huir de él una vez más, así que, sin duda, tenía un gran problema.

—Tuve un contratiempo, eso es todo —Aclaró al fin, esperando que eso fuera suficiente. Sin embargo, por la forma en que Nadia apretó los labios al escucharlo, por desgracia, pronto se percató de que no iba a serlo.

—Espero que estés de broma... —Replicó Nadia, confundida —¿O has venido hasta aquí y prácticamente me has forzado a dejar que entraras en mi casa para explicarte para luego darme una evasiva? ¿Estás hablando en serio?

—No es una evasiva... Es la verdad...

Nadia lo miró un instante, tratando de mostrarse comprensiva, pues en ese momento lo único que deseaba era echarlo de su casa a tal velocidad que él ni siquiera iba a tener tiempo de asimilar lo que estaba ocurriendo.

—Vale... En ese caso... —Nadia reflexionó un momento, tratando de mostrarse razonable, antes de decidirse a continuar —Dime cuál fue el contratiempo.

Marco se pasó las manos por la cara, desesperado. Había supuesto que Nadia no iba a conformarse con aquella respuesta, pero no podía explicarle nada más, así que negó con la cabeza.

—Un asunto familiar, Nadia. Ahora mismo, no puedo decirte más que eso.

—¿No puedes o no quieres? —Insistió ella de nuevo, decidida a averiguar lo que deseaba.

—No puedo —Confirmó Marco de nuevo.

—¿Por qué? —Nadia lo miró como si quisiera comprenderlo, pero estaba claro que no era capaz de hacerlo, lo que significaba que aquella visita no había servido de nada. Iba a perderla a pesar de todo y tenía que aceptarlo, no había otro remedio.

—Porque la historia no me involucra sólo a mí, Nadia. Por eso.

Por un momento, esperó que Nadia se sintiera satisfecha con aquella respuesta, por pobre que fuera, dado que era la pura verdad, pero cuando un par de segundos después vio cómo se ponía en pie y lo miraba con tal frialdad que incluso sintió como la sangre se helaba en sus venas, supo que no iba a ser así de ninguna manera.

—Bien. En ese caso, gracias por tu visita, y ahora que ya te he escuchado y, tal como suponía, no ha servido de nada, espero que te vayas.

Marco la miró sentado, esperando que cambiara de opinión, pero cuando vio que no iba a ser así se puso en pie al fin y negó con la cabeza.

—De acuerdo. En ese caso, me marchó.

—Perfecto.

Nadia lo siguió con la mirada hasta la puerta, pero cuando cogió el pomo, dejó caer los hombros y se dio la vuelta.

—Quiero que te quede clara una cosa —Dijo con voz autoritaria mientras mantenía la mirada clavada en sus pupilas —Me voy porque es lo que quieres, pero quiero que entiendas que, aunque no te pueda explicar más, lo que ha ocurrido no ha sido culpa mía. Nunca te he mentado y nunca voy a hacerlo. Si pudieras confiar en mí, todo sería más sencillo, pero por desgracia no es así, así que mejor me largo, porque en realidad no debería haber venido...

Y, con aquellas palabras, Marco se dio la vuelta al fin y desapareció tan rápido como una exhalación, mientras Nadia se quedaba mirando a la puerta donde había estado poco antes tratando de comprender lo que estaba ocurriendo. De alguna forma, parecía que él la culpaba a ella de que su relación no hubiera funcionado, pero eso no era justo, ni tampoco cierto. Ella no había tenido la

culpa de que él la traicionara, y no podía confiar en un hombre que faltaba a su palabra y luego no le explicaba por qué. Lo más probable era que la estuviera mintiendo, y aunque había cometido un error al darle una oportunidad, no iba a hacerlo de nuevo. Sería absurdo confiar en alguien así. No podía confiar en él si ni siquiera dejaba que lo conociera... ¿Cierto?

CAPÍTULO 38

Los siguientes días fueron complicados. Por algún motivo que no llegaba a comprender, Nadia no era capaz de dejar de pensar en las palabras de Marco, como si no pudiera evitar sentir que eran una especie de mensaje cifrado que debía comprender. Por momentos, incluso sintió que se estaba volviendo loca, pero poco a poco parecía ir superándolo.

Aquel fin de semana había salido con sus amigas por la noche, pero no podía apartar la mente de Marco. Aunque sólo llevaba un par de días sin verlo, lo echaba mucho de menos, y algo en su interior le gritaba que estaba siendo sincero. Al fin y al cabo, parecía decir la verdad, y Alessandro había desaparecido del trabajo durante días, algo increíble en él, que era un claro adicto al trabajo ¿Y si, en realidad, no la estaba mintiendo? ¿Y si no quería hacerla daño, pero tal como la había explicado, no había tenido otro remedio que ocultar la verdad de lo que estaba ocurriendo? ¿Qué podía haber ocurrido en su familia para que no pudiera explicárselo? Nada tenía sentido, nada excepto una cosa: si ella quería mantener algo parecido a una relación con Marco, debía confiar en él, y no lo estaba haciendo. El problema era que Marco era tan complicado que era difícil fiarse de él, y más aún si seguía ocultando secretos.

Se pasó todo el domingo tratando de descifrar el enigmático mensaje de Marco, primero ella sola, y por la tarde con Miriam, que fue amablemente a su casa a hacerla una visita, pero, por desgracia, después de horas hablando no parecían conseguir sacar nada en claro, así que se pusieron una película de risa y empezaron a comer helado.

—Es un tío muy extraño... —Comentó Miriam de repente cuando terminó la ficción —No te llama pero luego resulta que quiere verte, y ni siquiera quiere explicarte lo que le ha pasado... ¿No estará loco? Quizá sea ese su secreto...

Nadia empezó a reír con tanta fuerza que casi se atraganta antes de empezar a negar con la cabeza.

—No... No puede ser eso, porque dijo que tenía que ver con su familia...

—Ah, sí. Es verdad —Miriam se quedó pensativa un instante, y justo después hizo un gesto que comunicaba que tenía una idea —Ya lo tengo. Deben tener problemas de dinero... Seguro que es eso.

Nadia se quedó pensativa un instante antes de negar con la cabeza. Recordó los trajes impecables de Marco, y también los de Alessandro, siempre de marca, y supo que eso no era posible, por desgracia.

—No... No lo creo. Si hay algo que está claro es que tienen mucho dinero...

—Entonces, no tengo ni idea de lo que puede estar pasando —Nadia miró la pantalla del televisor, observando los créditos finales como si fueran interesantes —O también podría ser... ¿Sabes cuántos años tiene su padre?

Nadia frunció el ceño, sin comprender por qué su mejor amiga quería saber ese detalle.

—Pues no, no lo sé... Pero no entiendo qué tiene que ver eso...

—Pues que, si es mayor, quizá esté enfermo... Quizá incluso se esté muriendo y sea eso lo que te está ocultando... Esa sería una buena razón para no llamarte... ¿No te parece?

Nadia asintió, pero pronto se dio cuenta de que aquello no tenía demasiada lógica.—Podría ser... Pero, ¿por qué iba a querer ocultarme eso? No tiene sentido...

Miriam se encogió de hombros.

—Bueno, quizá no lo tenga para ti, pero tú me has dicho que ese hombre es muy celoso de su intimidad, y que no suele expresar sus sentimientos. Quizá para él sea diferente... ¿No te parece?

Nadia se quedó mirando a su mejor amiga tratando de asimilar aquello. En realidad, era posible que tuviera razón. Marco no solía demostrar sus sentimientos, de hecho generalmente solía ser frío como el hielo. En todo el tiempo que lo conocía sólo le había visto serio de verdad una vez, y fue cuando vino a su casa para explicarse, aunque al final no lo hubiera hecho. Fue la única vez que demostró que ella le importaba, aunque por desgracia no fuera lo suficiente como para ser del todo sincero. Pero, después de lo que le había dicho Miriam, tenía una nueva perspectiva de lo que estaba ocurriendo. Quizá él había sido sincero. Quizá era cierto que no podía explicarle el motivo de que no hubiera contactado con ella esos días. Quizá era tan cerrado que le costaba abrirse a cualquiera, incluso a ella. Todo era demasiado difícil, pero en realidad podía reducirse a una pregunta, mucho más sencilla: ¿Estaba ella dispuesta a perdonar lo que la había hecho? ¿Podía confiar en un hombre que no era capaz de entregarse a ella?

—Es posible que tengas razón, pero...

—¿Sí? —La apremió su mejor amiga, impaciente por saber lo que estaba pensando.

—No sé si eso es suficiente, la verdad —Confesó preocupada —Pongamos que yo olvido todo lo que ha pasado, pongamos que confío en su palabra aunque él no ha querido explicarme nada... ¿Sería así nuestra relación siempre?

—Bueno... Eso no lo había pensado...

—Y no es sólo eso... ¿Hará lo mismo cuando le venga en gana, esperando

que yo lo acepte? No creo que pueda soportarlo. Yo no concibo así una relación entre dos personas adultas. No me gusta que me oculten nada. No me gusta dudar de mi pareja... Y no puedo confiar en alguien que, en realidad, no tiene intención de ser sincero... Así que supongo que no tiene sentido pensarlo siquiera.

Miriam observó cómo se metía una gran cucharada de helado en la boca antes de hacer lo mismo que ella, y, mientras tragaba aquel gran bocado, empezó a hablar con la boca llena.

—Bueno, es posible que tengas razón, pero... no sé... Quizá, si lo intentas, podría llegar a sincerarse con el tiempo...

Nadia abrió mucho los ojos mientras su mano se quedaba congelada sobre el tarro de helado. Por increíble que pudiera parecer, ni siquiera había pensado en eso. Nunca había imaginado que quizá con él tiempo fuera capaz de confiar en ella, pero esa opción abría una nueva esperanza que antes había ignorado por completo.

—Eso no lo había pensado...

—Pues creo que ya es hora de que vayas haciéndolo —Nadia asintió y cogió un nuevo bocado —La cuestión es ¿Crees que serás capaz de confiar en él a pesar de todo? Porque, si le das otra oportunidad, vas a tener que hacerlo...

Nadia no pudo negar que esa era una buena pregunta. Aún no había tomado una decisión firme, pero la pregunta estaba clara: si al final se decidía a olvidar lo que había ocurrido ¿De verdad iba a poder hacerlo?

CAPÍTULO 39

Muy a pesar de Nadia, los siguientes días fueron complicados. Aunque trataba de concentrarse en el trabajo, cada vez era más difícil, porque lo único en lo que podía pensar en todo momento era en Marco, el hombre que había dejado escapar pensando que hacía lo correcto. Ni siquiera sabía si alguna vez había tenido alguna posibilidad con él, pero si algo le había quedado claro en aquellos días era que, si no confiaba ciegamente en él a pesar de no conocerlo en absoluto, podía olvidarse de él para siempre. Por suerte, llevaba unos días sin aparecer por la oficina de su hermano, lo que lo hizo todo más fácil... hasta esa mañana.

Nadia estaba buscando unos ficheros en los cajones de su escritorio pero no conseguía encontrarlos, y debía hacerlo de forma urgente. La reunión de Alessandro con Mafessa, uno de sus clientes más importantes, dependía de ello, y si le decía que había extraviado la documentación en el peor momento posible, se quedaría sin trabajo, estaba convencida de ello. Aunque su jefe había cambiado mucho desde que la contrató, mostrándose cada vez más comprensivo y atento, no creía que fuera tanto como para perdonar un error que podía valer millones de euros, así que tenía que encontrarlos como fuera. Empezó a vaciar los cajones y al final, desesperada, se sentó en el suelo, decidida a encontrar aquellos papeles fuera como fuera. Por desgracia, los cajones estaban repletos de hojas que, seguramente, no servían para nada, pero hacían muy complicado encontrar nada. Sin embargo, debía hacerlo, y cuanto antes, porque sólo quedaba media hora para la reunión con Mafessa, y en menos de quince minutos Alessandro estarían solicitando la documentación, así que empezó a sacar informes de forma compulsiva y, en menos de cinco minutos, ya casi se hallaba sumergida en ellos. Empezó a resoplar desesperada, suponiendo que en el último cajón debían estar sin otro remedio, cuando de repente notó una presencia a su lado. Unos zapatos brillantes y pantalones de tela oscura le indicaron que no estaba sola, así que se puso de pie de un salto, dispuesta a atender a quien fuera que estuviera esperando en silencio de forma tan educada, y deseando que no fuera algún cliente que se había presentado con bastante anterioridad a la reunión, lo que la pondría en una posición complicada. Sin embargo, cuando vio quién estaba frente a ella, respiró aliviada por un instante antes de quedarse sin respiración. Desde luego, no era nadie de Mafessa, lo que era algo positivo, pero era Marco, lo que no lo era tanto. Al fin y al cabo, se encontraba en una situación

bastante comprometida, y no era el mejor momento para aquel nuevo encuentro. Estaba demasiado nerviosa y ocupada, y por mucho que había reflexionado sobre ello no era capaz de tomar una decisión sobre todo lo que había pasado entre ellos. No se sentía preparada para afrontar su presencia todavía, pero parecía que iba a tener que hacerlo sin más remedio.

—Hola, Nadia ¿Qué haces por ahí abajo? ¿Necesitas que te ayude en algo?

Nadia no ignoró el tono simpático de su saludo, ni tampoco la maravillosa sonrisa que lo acompañaba. Por suerte, eso pareció relajar un poco el ambiente tenso que había esperado en su primer encuentro después de su extraña discusión. En ese momento, recordó a Marco tal como era siempre. Era un hombre fuerte, de eso no cabía duda, y también muy atractivo, y tenía una sonrisa deslumbrante, algo que parecía haber olvidado en los últimos días, pero agradecía a sobremanera recordarlo.

—No, gracias, señor Bassetti... —Respondió ella moviendo la cabeza en tono de negación —Sólo estaba buscando unos documentos, eso es todo...

La sonrisa de Marco desapareció de sus labios al momento, aunque ella no entendió por qué.

—Bien, entonces no te molesto. Sólo he venido a visitar a mi hermano, supongo que está dentro...

Nadia negó con la cabeza de nuevo, tratando de ignorar la diferencia de tono con que le había hablado en aquella ocasión. De repente, su tono era demasiado serio para que ella pudiera sentirse tranquila con ello.

—Usted no me molesta, señor Bassetti —Dijo tratando de volver a su conversación relajada de antes, aunque lo único que consiguió fue que Marco apretara los labios con fuerza en señal de frustración, por lo que decidió que lo mejor era dejar el tema —Y sí, su hermano está dentro.

—De acuerdo. Gracias.

Nadia vio como Marco se marchaba para entrar al despacho de su hermano y resopló indignada. No comprendía lo que había ocurrido. Aún no estaba del todo segura sobre lo que quería decir al hermano de su jefe, pero si algo tenía claro era que deseaba que su relación fuera cómoda, teniendo en cuenta que iban a tener que verse a menudo, aunque si él se mostraba tan frío y cerrado como siempre, no iba a resultar tan sencillo como la hubiera gustado.

Aún estaba reflexionando sobre eso cuando, de repente, encontró la documentación que tanto había buscado al fin. La ordenó con eficiencia y la dejó preparada para entregársela a su jefe en cuanto fuera necesario, y luego comenzó a organizar de nuevo todos los papeles que había dejado por el suelo. En cuanto terminó se sentó en su mesa y miró su reloj. Ya sólo quedaban diez minutos para la reunión con Mafessa, pero su jefe seguía encerrado en la oficina con su

hermano, así que cogió el teléfono de su mesa y marcó la clave para llamarlo.

—Señor Bassetti —Respondió de forma automática en cuanto él cogió el teléfono —le recuerdo que su próxima reunión es en diez minutos. Ya tengo preparados los documentos.

—Muchas gracias, Nadia. Saldré enseguida.

—De acuerdo.

En efecto, no habían pasado ni dos minutos cuando Marco salió de la oficina, aunque no iba acompañado de su hermano.

—Que tengas un buen día de trabajo, Nadia —Le deseó a modo de despedida con el mismo gesto duro y rígido de antes. Nadia se sintió cada vez más confundida, y aunque supuso que debía decir algo más, no se le ocurría nada.

—Lo mismo le deseo, señor Bassetti... —Fue todo lo que fue capaz de decir antes de ver cómo Marco se marchaba sin mirar atrás al escucharla. En ese momento, sintió una punzada de dolor en el corazón que no le gustó nada. Por un instante, pensó que debía hablar con Marco, que las cosas entre ellos no podían seguir estando tan tirantes, y no sólo porque debían verse a menudo en la oficina, sino porque su actitud distante la estaba afectando más de lo que quería admitir. En realidad, aún lo deseaba, por más que tratara de convencerse de que no le convenía en absoluto, así que supuso que lo mejor era que aclararan aquella situación cuanto antes. Y para eso debían hablar como personas adultas. Podían llegar a un acuerdo si se lo proponían, estaba segura. Sólo debía asegurarse de algo bastante complicado: no debía volver a mostrarse vulnerable, y debía comprender que su relación no iba a ir en serio. De ser así, todo iría bien, estaba segura de ello, así que para cuando Alessandro salió de su despacho y le dio la documentación para la reunión a la que debía acudir, su decisión estaba tomada: debía afrontar lo que había entre Marco y ella cuanto antes. No tenía otro remedio.

CAPÍTULO 40

Nadia sintió cómo sus dedos temblaban cuando fue a pulsar las teclas de su smartphone al enviarle a Marco un mensaje.

Creo que tenemos que hablar ¿Podemos vernos luego?

Había estado un rato pensándolo y aquella le pareció la mejor opción. Era bastante simple y directo, justo como ella deseaba. Sólo esperaba que no lo ignorara, porque llegados a aquel punto ya no sabía qué esperar. Cuando lo había visto aquella mañana, parecía risueño, pero antes de que se diera cuenta, su humor había cambiado de repente, y no tenía ni idea del motivo. Quizá, sólo quizá, también él la echaba de menos. Esperaba que ese fuera el motivo, porque ella lo deseaba con todas sus fuerzas. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, a pesar de que no sabía si debía confiar en él, ella lo echaba tanto de menos que incluso la dolía.

Por supuesto. Dime cuándo y dónde.

Nadia sintió que había triunfado cuando recibió acto seguido aquel mensaje de respuesta. Por un momento, fantaseó pensando que él sentía la misma necesidad de verla y estaba sufriendo alejado de ella, que sentía la misma atracción irracional aunque no se le notara, así que sonrió y le contestó de nuevo:

¿Después del trabajo en la cafetería que hay enfrente de la empresa?

Nadia esperó paciente la respuesta de Marco una vez más, aunque en aquella ocasión tardó un poco más en llegar. En realidad, sólo fueron cinco minutos, pero a ella se la hicieron eternos.

De acuerdo.

Al leer su nueva contestación, Nadia no pudo evitar sonreír como una boba. Era como si hubiera aceptado una cita con ella por primera vez, a pesar de que sabía que no era así. Ya se habían visto antes, pero le seguía haciendo la misma ilusión saber que iba a verlo aquella tarde. Lo único que no tenía claro era cómo iba a transcurrir aquella conversación, dado que los problemas que la habían llevado a alejarse de él la primera vez seguían siendo los mismos. Ella no sabía si él estaba emocionalmente disponible, si deseaba una relación al igual que ella o, aún peor, si podía confiar en él después de lo que había pasado entre ellos. Marco afirmaba que no la había mentado, pero había faltado a su palabra sin ofrecerla después una explicación. Quería creer que, quizá, estaba siendo sincero, pero al cerrarse a ella de esa manera era muy complicado. Lo único que le quedaba era pensar que Miriam debía tener razón y, si ella le daba tiempo,

acabaría confesándola toda la verdad tarde o temprano. En realidad, no era algo seguro, pero según caminaba hacia la cafetería en la que habían quedado después del trabajo, no cabía duda de que, si la charla se desarrollaba de la forma que ella esperaba y Marco le daba la posibilidad, merecía la pena apostar por ello.

Nadia entró en el café en el que habían quedado aquella tarde decidida a conseguir llegar a un acuerdo, pero necesitaba que él también pusiera de su parte, lo que consideraba poco probable, así que no podía evitar estar nerviosa. Por suerte, en cuanto entró lo vio en una mesita céntrica sirviendo su azúcar con calma, y sin darse cuenta sus nervios se desvanecieron al momento. Sin pensarlo demasiado, avanzó hasta donde estaba y se sentó frente a él, dejando el bolso a su lado.

—Hola.

—Hola, Nadia —Dijo muy serio de nuevo. Por un instante, Nadia pensó que echaba de menos su sonrisa, aunque sólo hacía unas horas que la había visto por última vez.

—Espero no haber llegado tarde... —Dijo mirando el reloj de su muñeca.

—No, no pasa nada. Soy yo quien ha venido antes.

En ese momento, el camarero interrumpió su conversación para preguntar lo que Nadia deseaba, y ella pidió un café con leche, igual que Marco. El camarero tomó nota de su pedido y se marchó por donde había venido, mientras ella se quedaba observando a Marco un instante, esperando ver en su rostro algo que calmara sus nervios.

—Bueno, ¿qué es lo que ocurre? ¿Ha habido algún problema?

—No... ¿Por qué iba a haberlo? Eres tú la que querías verme. Estoy esperando a qué me expliques el motivo, porque para mí ha sido toda una sorpresa...

—¿Una sorpresa? —Preguntó Nadia, perpleja —¿Qué quieres decir con eso?

Lo cierto era que tenía muchas ganas de verlo, pero su actitud estaba siendo mucho más combativa de lo que esperaba, y después de haber cometido un error que la había obligado a alejarse de él no le parecía la posición más correcta.

—Ah, vaya ¿Es que no lo entiendes? No te preocupes, te lo explicaré enseguida —En ese momento, Marco esbozó una pequeña sonrisa, lo que la hubiera agradado si no hubiera sido tan maliciosa, y se acercó un poco más a ella —Verás, Nadia. Hace unos días te tenía en mi cama y ahora parece que ni siquiera quieres mirarme a la cara, y por lo que veo has vuelto a llamarme de usted, así que he entendido que no quieres saber nada más de mí después de lo que ha pasado entre nosotros. Estaba dispuesto a aceptarlo, y ahora me escribes para que hablemos... Sé que las mujeres sois complicadas, pero esto es demasiado...

En ese momento, Nadia empezó a comprender lo que había pasado. Ni siquiera se había dado cuenta de que le había llamado de usted aquella mañana, aunque quizá no había sido lo más inteligente. En realidad, era algo que hacía de forma automática en el trabajo. Hablaba a todo el mundo de usted sin pensar en ello, pero quizá en ese caso había sido un error, y grande, porque su actitud había cambiado por completo al hacerlo.

—Sí, bueno. Creí que quizá debíamos aclarar lo que ha pasado entre nosotros... —Explicó Nadia tratando de mostrarse comprensiva.

—¿Y crees que llamarme de usted es lo más adecuado para mantener esta charla?

—No... En realidad, no sé por qué lo he hecho. Es como si en el trabajo tuviera un piloto automático, que se activa cuando me siento en la mesa, y algunas cosas me salen solas, entre ellas eso. No tenía intención de ofenderte al hacerlo...

Nadia vio cómo el gesto de Marco se relajó al instante después de escuchar aquellas palabras, lo que provocó que su corazón dejara de galopar con fuerza también en su pecho.

—¿En serio? —Preguntó Marco. Nadia mantuvo la mirada fija en sus ojos mientras asentía como respuesta —Vaya... Entonces, creo que lo he entendido mal. Al oírte llamarme «señor Bassetti» otra vez, creí que no querías volver a verme nunca más, y esa era tu forma de mantener las distancias para dejarlo claro...

—Pues ya ves que te equivocabas... —Respondió Nadia esbozando una pequeña sonrisa, mientras veía complacida como él hacía lo mismo, dejando atrás su actitud rígida al fin de nuevo.

—Sí, ya lo veo.

Nadia respiró hondo y se preparó para la conversación que la esperaba, mucho más tranquila.

—Bien, entonces creo que ya ha llegado el momento de empezar con nuestra charla.

Marco asintió y la miró expectante antes de contestar:

—De acuerdo.

CAPÍTULO 41

Marco miró a Nadia, esperando leer en sus ojos lo que deseaba.

—Bueno, pues ahora que hemos aclarado este punto, creo que podemos empezar ¿Para qué querías hablar conmigo?

Nadia se mordió el labio, tratando de pensar cómo abordar el tema que debía tratar en ese momento. Lo cierto era que lo había tenido muy claro en su mente poco antes, pero en ese instante, con Marco frente a ella observándola con fijeza, ya no era tan sencillo mantener ordenadas sus ideas.

—Sí, bueno... La verdad es que no sé por dónde empezar...

—Pues por el principio suele ser lo más aconsejable... —Bromeó Marco con una media sonrisa en los labios que pronto se contagió a los de Nadia.

—Lo sé... Pero aún así, es complicado... —Nadia se quedó un momento en silencio, tratando de calmarse para empezar una conversación que la alteraba más de lo que quería admitir, pero finalmente supo que debía hablar al fin, así que se armó de valor, levantó la vista de nuevo para clavarla en los hermosos ojos castaños de Marco, y fingió una confianza que, en realidad, no sentía —Te he echado de menos —Admitió al fin. Marco se quedó un instante petrificado al escuchar aquellas palabras que, claramente, no esperaba, y luego carraspeó, tratando de asimilar aquel inesperado mensaje.

—Vaya... Menuda sorpresa.

—¿Sorpresa? ¿Por qué? —Preguntó Nadia, atónita. En realidad, por mucho daño que la hubiera hecho Marco, ella siempre lo había deseado, y, por supuesto, aún seguía haciéndolo. Era algo tan obvio que era imposible que no se hubiera dado cuenta.

—Pues no sé... —Respondió Marco con sarcasmo —Cuando una mujer me manda a la mierda, no suelo suponer que me está echando de menos...

—Yo no te mandé a la mierda —Aclaró Nadia tratando de mostrarse razonable. Marco hizo un gesto de incredulidad, así que ella decidió que debía explicarse —Yo quiero estar contigo, esa es la verdad, pero es muy complicado.

—¿Por qué? —Marco parecía intrigado.

—Porque nunca sé a qué atenerme contigo —Concluyó Nadia al fin — Nunca hemos hablado de qué clase de relación tenemos, y si a eso le añadimos que siempre te cierras a mí y no eres sincero...

—No digas eso. Yo siempre he sido sincero contigo —La corrigió Marco, molesto —Ya te expliqué que no pude llamarte porque surgieron problemas...

—Sí, pero no me has dicho cuáles, ni parece que tengas ninguna intención de hacerlo —Nadia lo miró con tristeza, empezando a darse cuenta de que, una vez más, su conversación no avanzaba a partir de un punto que ella no creía que fuera capaz de tolerar —No puedo estar con un hombre así... No sé nada de tu vida, y nunca lo voy a averiguar si sigues negándote a hablar conmigo.

—Vale, eso lo entiendo —Marco se quedó un momento pensativo, tratando de buscar la forma de explicar lo que estaba ocurriendo sin desvelar ninguno de sus secretos, pero pronto se dio cuenta de que no iba a ser capaz —Entonces, ¿qué es lo que propones?

—Quiero saber lo que sientes, Marco —Exigió Nadia mirándolo a los ojos con fijeza —Quiero saber lo que piensas. Quiero que no haya secretos entre nosotros... ¿Entiendes?

—Sí, lo entiendo —Marco mantuvo su mirada sin esfuerzo —¿Y tú entiendes que para mí no es tan fácil como tú lo ves?

Nadia se quedó confundida al escuchar aquellas palabras.

—¿Por qué? —Preguntó al fin.

—Porque mi vida es muy... complicada... —Marco se sujetó el puente de la nariz con los dedos, y Nadia se dio cuenta de que, tal y como esperaba, Marco había puesto un muro entre ellos y no tenía intención de dejar que lo derribara, lo que la ponía en una posición complicada.

—Sí, eso ya me lo has dicho antes... Pero en ningún momento me has explicado en qué sentido... ¿No puedes, al menos, decirme por qué?

Marco apretó los ojos con fuerza.

—Porque sí... Simplemente, lo es. Ahora, ¿podemos dejar el tema?

Nadia dejó escapar un suspiro y miró alrededor, como si tratara de averiguar dónde se encontraba. Por un instante, pensó que era imposible comprender a Marco, porque estaba decidido a no dejar que lo conociera, que aquella conversación sólo demostraba que nunca iba a entregarse a ella, y estuvo a punto de ponerse en pie y marcharse sin más. Su mente le gritaba que había cometido un error a cada segundo que seguía a su lado. Seguir pensando en dar una nueva oportunidad a Marco cuando él no tenía ninguna intención o interés en arreglar lo que iba mal entre ellos había sido un grave error, ya no cabía ninguna duda, pero decidió que lo mejor era dar una última oportunidad al hombre de sus sueños antes de tomar una decisión tan drástica, aunque lo más probable era que no se la mereciera.

—Vale, entonces, dime sólo una cosa: —Marco asintió, esperando con impaciencia mientras removía el café que tenía frente a él —¿Qué sientes por mí?

En ese momento, Marco levantó la mirada y la clavó en sus ojos al momento.

—¿Necesitas que te lo diga? —Nadia asintió, y él frunció el ceño. Todo su buen humor parecía haberse esfumado de nuevo —Yo creo que está bastante claro. Estoy aquí, ¿no?

—Es posible que para ti esté claro, pero para mí no. Por una vez, necesito que seas claro, que me digas lo que sientes por mí. Necesito oírlo de tus labios. Sin rodeos, sin evasivas. Quiero sólo la verdad, Marco. Hablo en serio. Marco bajó la vista al suelo, derrotado.

—Vale... Creo que lo he entendido —Marco fijó la mirada en ella de nuevo —Me gustas más que ninguna otra mujer que haya conocido en mi vida, Nadia. Y te juro que ahora mismo estoy siendo sincero. Cuando te alejaste de mí sólo quería volver a estar contigo porque no quería perderte... aún no quiero. Pero no sé cómo hacer que esto funcione, esa es toda la verdad.

—De acuerdo, creo que eso responde a mi pregunta —Nadia lo miró perpleja un momento. Lo cierto era que no se esperaba aquellas palabras, y, además, después de lo que había ocurrido entre ellos, ni siquiera hubiera sido capaz de creerlas si no viera frente a ella sus ojos sinceros —Gracias por decirme la verdad. Pero aún me queda algo que preguntarte.

—Vale, dispara cuando quieras.

—¿Qué hay entre nosotros, Marco? —Preguntó aterrada por averiguar la respuesta, esperando que no fuera la que ella deseaba.

—Creo que, quizá, sería más importante averiguar primero qué quieres tú que haya entre nosotros, Nadia...

—No, yo no lo creo. Quiero saber qué es lo que tú deseas.

Marco mantuvo la mirada fija en sus ojos antes de bajarla hasta sus labios. Su mano se elevó de repente hasta alcanzar su boca y acarició su labio inferior con la yema de su dedo corazón, mientras ella se quedaba inmóvil disfrutando de su tacto sintiendo un escalofrío por todo su cuerpo.

—No sé qué hay entre nosotros exactamente. Lo único que puedo decirte es que ahora mismo te deseo a ti. Sólo a ti, y eso no me había pasado nunca con nadie ¿Te vale esa respuesta?

Nadia quiso decir que no. Que eso no concretaba nada, que necesitaba saber si lo suyo iba en serio o no era más que un juego, pero cuando Marco apartó la mano de su rostro lo único en lo que podía pensar era en estar una vez más en sentir su piel una vez más, preferiblemente en su cama, de modo que su mente se nubló y apenas pudo pensar mucho más antes de asentir con la cabeza.

—Claro.

Marco sonrió al fin, satisfecho.

—Entonces, ¿qué te parece si ahora vamos a mi casa?

Nadia sabía que debía negarse. Sabía que sólo trataba de distraerla porque

aquella conversación no le interesaba, pero no fue capaz de controlarse antes de responder:

—Perfecto.

CAPÍTULO 42

Cuando Nadia entró en casa de Marco, ni siquiera podía pensar con claridad. Lo único que tenía en mente era volver a tocar su cuerpo, volver a sentirlo en su interior. No podía creer que hubiera aguantado todos aquellos días sin poder abrazarlo o besar sus labios, pero en ese momento, sentía tal anhelo que incluso le dolía por dentro. Por suerte, Marco no le hizo esperar demasiado. La cogió de la mano y, de un empujón, la puso contra la pared y empezó a besar su boca con premura mientras sus dedos se enredaban entre sus cabellos. Nadia gimió cuando sintió cómo una de sus manos bajaban hasta sus pechos, acariciándolos por encima de la tela de su fino vestido. No tenía demasiado escote, pero Marco no tuvo problema con aquello, porque antes de darse cuenta de lo que había ocurrido, bajó su cremallera y dejó su pecho desnudo ante sus ojos. Nadia cerró los ojos y sintió cómo los labios de Marco rodaban por su piel hasta alcanzar sus pezones, que lamió y mordió con fuerza mientras ella jadeaba, deseosa de sentirle dentro. Su nombre se escapó de su garganta en un suave lamento, lo que pareció alentar a Marco, que sin dudar un instante le arrancó las bragas y, mientras ella lo rodeaba con sus piernas sin necesidad de que él se lo ordenara, se introdujo en su interior con fuerza, disfrutando del tacto húmedo que lo embargaba.

—Dios... Qué apretada estás... —Murmuró Marco casi sin aliento —No sabes cuánto te he echado de menos...

Aquellas palabras provocaron una gran sonrisa en los labios de Nadia, que disfrutó al fin al sentir que también Marco la había anhelado durante el tiempo que habían estado separados, aunque para él no fuera tan fácil confesarlo. Sin embargo, al final lo había acabado haciendo, y la forma en que notó la afectación en la forma en que había pronunciado aquellas palabras significaba mucho más de lo que nunca hubiera imaginado. Al fin y al cabo, Marco era un hombre tan atractivo que estaba segura de que no le faltaban mujeres dispuestas a complacerlo sexualmente. Si la había echado de menos, no podía ser sólo por eso. Tenía que haber algo más, algo más profundo, algo que ni ella ni él mismo podían explicar. Y eso la hizo sentir tan feliz que, por un momento, incluso olvidó todos los secretos que Marco ocultaba, concentrándose sólo en el placer que la hacía sentir, y la idea de que sentía algo mucho más profundo por ella de lo que era capaz de asimilar por el momento. Eso la dio esperanzas para el futuro, aunque aún todo fuera demasiado incierto.

Nadia sintió cómo Marco embestía de nuevo en su interior con tal instensidad que por un momento creyó que iba a desmayarse, pero al final consiguió permanecer consciente para disfrutar de la forma en que la abrazaba mientras se hundía cada vez más profundamente dentro de ella. Apoyó la cabeza en la pared mientras cerraba los ojos y se abandonó al fin, sintiendo cómo se hacía pedazos con cada descarga de placer que la invadía, mientras Marco disfrutaba del momento con los labios sobre su hombro, saboreando su piel.

Cuando al fin el momento de clímax terminó, Nadia sintió que su cerebro empezaba a funcionar con normalidad de nuevo. No hizo amago de moverse durante un rato, sintiendo los brazos de Marco rodeándola mientras ella permanecía con las piernas alrededor de su cintura. El aliento de Marco se derramaba en su piel y sus jadeos se escuchaban como si tuvieran eco en el silencio de la sala de estar de Marco. Aún no podía creer lo que había hecho. Ni siquiera había sido capaz de aguardar hasta llegar al dormitorio para sentirle otra vez. Nunca la había pasado nada parecido antes, y estaba claro que eso demostraba que, por más que ninguno de los dos lo verbalizaran, lo que había entre ellos era mucho más fuerte de lo que podían admitir.

Marco esperó unos minutos hasta que su respiración empezó a relajarse, y después se apartó un poco de ella para mirarla a la cara, la ayudó a bajar de su cuerpo para que sus pies tocaran de nuevo el suelo y, finalmente, carició su mejilla antes de darle un tierno beso en los labios. Nadia esperó un instante eterno admirando sus hermosos ojos marrones, esperando que le dijera algo tan romántico como esperaba, pero lo único que hizo fue sonreír antes de decir:

—Eres increíble... ¿Quieres que pida la cena? La verdad es que tengo un poco de hambre...

Nadia asintió sin dudar, a pesar de que aquellas palabras fueron una pequeña decepción dadas las expectativas que tenía al respecto.

—Claro —Aceptó con sinceridad.

—Bien, en ese caso, siéntate. Voy a pedir una pizza y vuelvo en un momento.

Nadia asintió de nuevo antes de que sus ojos siguieran la silueta de Marco mientras sacaba su smarphone plateado del bolsillo hasta que desapareció al fin por su enorme apartamento. En ese instante, tomó asiento en el sillón y empezó a pensar si volver con él sin aclarar su situación había sido una buena idea... Al fin y al cabo, aparte de haberse acostado juntos no había sacado mucho más en claro, y eso no parecía un gran avance. En ese momento, unas palabras que había susurrado poco antes volvieron a su mente, recordándola que la había echado de menos y una gran sonrisa acudió a sus labios. En efecto, Marco sentía algo por ella. Y no iba a parar hasta que, al igual que ella, él también lo aceptara, por

difícil que fuera.

—Bueno... Me han dicho que vienen en media hora... ¿Qué podemos hacer mientras esperamos?

Nadia sonrió, sabiendo exactamente a qué se refería. Lo cierto era que, después de todo el tiempo que habían estado separados, estar junto a Marco la había hecho recuperar su buen humor, y parecía que a él le pasaba lo mismo, así que disfrutaron mutuamente de su cuerpo una vez más hasta que el repartidor les interrumpió, y ambos cenaron bocados de pizza enredados en el sillón, como si se tratara de uno de sus mejores sueños.

Aún sentía la dureza de la cama en la que había pasado sus últimos días bajo su piel. No podía olvidar lo triste que había sido estar en soledad, al igual que tampoco tenía intención de olvidar quién tenía la culpa de que hubiera acabado allí. Dio unos pasos más, siguiendo al funcionario que a cada paso que daba volvía la mirada hacia donde se encontraba con desprecio mientras ejercía de guía por el laberinto de la cárcel, y miró a los ojos al hombre que le devolvió sus pertenencias de nuevo. Aún no podía creerse que fuera a salir de aquel agujero. Aunque no llevaba demasiado tiempo allí, ya había perdido la esperanza, pero estaba claro que sus contactos eran mucho mejores de lo que esperaba. Y no iba a esperar para utilizarlos en su provecho. Iba a vengarse de los responsables de su tormento. Ya no quedaba mucho para que empezara la diversión. La decisión estaba tomada. Los hermanos Bassetti iban a pagar por lo que habían hecho. Iba a hacerles todo el daño que fuera posible, y no le importaba quien cayera con ellos.

CAPÍTULO 43

Cuando Nadia llegó aquella mañana al trabajo, tenía una sonrisa permanente en los labios. No podía negar que, pasara lo que pasara en el futuro, si algo le había quedado claro aquellos días era que Marco merecía la pena. Apenas podía creerse la forma en que había adorado su cuerpo, como la había estrechado entre sus brazos como si la hubiera anhelado tanto como ella a él durante el tiempo que habían estado separados. Para ella había sido un infierno, y si algo le había quedado claro después de su inesperada reconciliación era que para él tampoco había sido nada fácil, así que supuso que con eso podía conformarse por el momento. Al fin y al cabo, era mucho más de lo que imaginaba. No sabía cómo iba a desarrollarse su relación, ni si iba a llenarla tal como deseaba, pero al menos por el momento estaba segura de que a Marco le importaba ella, y eso era suficiente para decidirse a seguir avanzando. No podía negar que, por primera vez en su vida, no podía esperar a averiguar lo que le deparaba el futuro, estaba tan ansiosa que su corazón empezaba a galopar sólo de pensarlo, así que supuso que lo mejor era dejar de pensar en ello, al menos durante su horario de trabajo.

Justo cuando llegó a aquella conclusión, escuchó el pitido de su teléfono, informándola de que su jefe la requería... Después de contestar e informarle de que iba enseguida, se puso en pie y llamó a la puerta antes de pasar para sentarse frente a él.

—Buenos días, señor Bassetti. Le pondré al día enseguida —Explicó cogiendo sus papeles, tratando de organizarse, mientras Alessandro la observaba paciente, con más curiosidad de la habitual. Nadia no se dio cuenta de ese detalle, y empezó a relatar sus obligaciones aquella mañana sin percatarse de la forma en que Alessandro la observaba con fijeza mientras hablaba —... Bueno, aparte de su reunión de esta tarde con el señor Jiménez, tiene la agenda bastante despejada.

Nadia siguió mirando sus papeles un instante mientras el silencio invadía la estancia por un momento. Entonces, levantó la mirada al fin, y se percató de la forma en que su jefe la observaba.

—¿Hay algún problema? —Preguntó extrañada.

—No... —Respondió Alessandro con una sonrisa.

—Entonces, ¿por qué me mira así? —Nadia perdió la sonrisa al momento mientras fruncía el ceño molesta.

—No, por nada... Perdona, no quería hacerte sentir incómoda. Es sólo que...

Esta mañana estás muy sonriente, y me ha llamado la atención, eso es todo.

Nadia se dio cuenta de que aquella explicación ocultaba algo que Alessandro se había resistido a decir en voz alta ¿Acaso él sabía que había vuelto con su hermano? De ser así, podría ser muy incómodo... Y no la gustaba nada...

—Sí, he dormido bien, supongo...

—Me alegro mucho. La verdad es que estos últimos días no parecías en plena forma y me tenías un poco preocupado...

Nadia no pudo evitar fruncir el ceño de nuevo antes de asimilar aquellas palabras ¿Acaso debía entender aquello como un reproche? No comprendía nada.

—¿Es que he cometido algún error? ¿No he cumplido con mis obligaciones...?

—No... No, por favor. No me entiendas mal. No me refería a eso... Es sólo que... Parecías algo más callada que de costumbre, y creí que quizá tenías algún problema... Eso es todo. Tu trabajo es tan impecable como siempre.

Nadia se sintió mucho más tranquila al escuchar aquellas palabras, aunque seguía sin comprender del todo su significado ¿Acaso él sabía lo que había pasado entre ella y su hermano? Por desgracia, siempre había sabido que era probable que fuera así y sólo esperaba que aquello no influyera de forma negativa en su trabajo.

—Bueno, no tiene que preocuparse de nada. Aunque quizá no lo haya parecido estos días, estoy en plena forma. No voy a fallarle, señor Bassetti.

—No me cabe duda de ello.

En ese momento, el teléfono de su mesa sonó y Alessandro lo cogió sin dudar un instante.

—Hola... Sí, espera un momento —Dijo antes de apartar el auricular de su boca y silenciar la llamada —Bueno, me alegra mucho haberlo aclarado. Tengo que atender esta llamada. Muchas gracias por todo, Nadia.

Nadia asintió antes de ponerse en pie para marcharse, aunque cuando cerró la puerta tras ella no pudo evitar enarcar las cejas de nuevo. A pesar de la charla tan animada que estaban mateniendo, que casi parecía de dos amigos más que de un jefe con su empleada, Alessandro la había echado de repente sin miramientos, y no era la primera vez que lo hacía. Aquello era extraño, porque ella conocía todos sus proyectos, a todos sus clientes. No tenía lógica, a no ser que la llamada fuera personal, pero Alessandro no parecía el tipo de hombre que tenía charlas íntimas en el trabajo con su novia... aunque quizá las apariencias engañaran. Sin embargo, cuando se sentó al fin en su mesa y empezó a desempeñar su trabajo, no pudo evitar pensar que lo más probable era que estuviera exagerando. Al fin y al cabo, podía ser algún amigo, o alguien de su familia, y era lógico que no

quisiera compartir con ella conversaciones personales, por muy bien que se llevaran últimamente. Al fin y al cabo, ella sólo era su secretaria. Aunque estaba viéndose con su hermano, no era de su familia y lo más probable es que nunca llegara a serlo. Además, no creía que Marco le hubiera contado nada, o, al menos, no demasiado de lo que estaba ocurriendo entre ellos. Así que lo más probable era que se estuviera preocupando por nada. Con esa idea en la cabeza, volvió al fin a concentrarse en su trabajo hasta que, de repente, Alessandro salió de su despacho.

—Me voy a comer, Nadia. Vuelvo en una hora.

—De acuerdo —Nadia no quiso reparar en que Alessandro había vuelto a su modo habitual, mucho más serio y tenso que cuando había llegado aquella mañana. No le gustaba demasiado, de hecho el Alessandro relajado era mucho más atractivo, aunque él no parecía darse cuenta. Por un momento se preguntó cómo sería tener una relación con su jefe, no porque la atrajera, sino porque a primera vista parecía tan frío que no parecía demasiado atrayente, pero supuso que quizá en la intimidad era diferente, porque Emma parecía feliz a su lado, y eso era lo único que importaba. Al menos, así lo percibió ella cuando vio cómo aparecía a su lado, la saludaba y luego le daba un pequeño beso en la mejilla mientras sonreía claramente enamorada. Mientras los veía desaparecer por el pasillo, dispuestos a comer juntos, dudó si algún día Nadia llegaría a tener una relación como aquella, si algún día llegaría a sentirse completa con un hombre, y, sobre todo, si aquel hombre sería Marco. Pero estaba claro que era demasiado pronto para saberlo, y en el fondo la daba tanto miedo averiguar la respuesta, por si no era la que ella deseaba, que decidió olvidarse de aquel tema cuanto antes. Para su sorpresa, no le fue difícil conseguirlo mientras volvía a concentrarse en su trabajo, al menos hasta que llegó su hora de marcharse. En ese momento, se puso en pie, cogió su bolso y, cuando se disponía a avisar a su jefe de que se marchaba, escuchó un pitido en su móvil que le indicaba que tenía un nuevo mensaje.

¿Qué te parece si nos vemos en mi casa?

Desde luego, Marco había sido mucho más directo de lo habitual en aquella ocasión, pero eso sólo atrajo una pequeña sonrisa a los labios de Nadia. No podía negar que ella estaba tan deseosa de verlo como él, y aún más impaciente por meterse otra vez en su cama.

Me parece perfecto... pero tengo hambre.

Su contestación tuvo una respuesta inmediata.

Bien... No hay problema. Tengo comida de sobra. Pero te advierto luego tendrás que pasar la noche cautiva en mi cama.

Nadia no pudo evitar reír a carcajadas al leer su respuesta.

Me parece un buen plan. Estaré allí en veinte minutos.

Nadia iba a dirigirse a la oficina de su jefe para avisarle de que se marchaba, cuando escucho el pitido de un nuevo mensaje en el móvil.

¿No prefieres que te envíe el coche? Así llegarías antes...

Su sonrisa se amplió mientras negaba con la cabeza, como si Marco pudiera verla, aunque no era así.

No. No hace falta. Llegaré enseguida, no te preocupes por eso.

Nadia recibió un simple «de acuerdo» como respuesta, así que avanzó hacia la oficina de Alessandro, le avisó de que se marchaba, feliz al comprobar que su jefe parecía de nuevo mucho más relajado, y se marchó al fin para encontrarse con Marco. Iba pensando que quizá estaba exagerando y lo único que ocurría era que, tal como ella ya sabía, su jefe se tomaba muy en serio su trabajo, razón por la que en ocasiones podía verlo un poco más tenso, cuando de repente sintió algo extraño. No podía explicar con claridad lo que era, pero sabía que aquel sentimiento era nuevo para ella. Era como una presencia extraña, como si alguien la estuviera observando mientras caminaba. Con aquella idea en mente, miró a su alrededor, esperando encontrar algo que ni siquiera sabía que buscaba. La calle, igual que cada día, estaba abarrotada de gente que caminaba con rapidez, siempre estresada, al igual que ella misma hacía a diario. Esa era la enfermedad más común en la gran ciudad: el estrés. Y, aunque tenía que admitir que en el fondo no le gustaba nada, ya se había acostumbrado a verlo y a sentirlo a menudo, tanto que ni siquiera le daba importancia. Por un momento, pensó que quizá era ese estrés lo que la había llevado a sentirse de esa manera tan rara, pero en el fondo sabía que no era así. Había algo más, algo que no podía comprender, pero aún así la alarmaba, aunque no fuera capaz de saber lo que era exactamente ¿Alguien la perseguía? Aquello no tenía ningún sentido ¿Qué razón iban a tener para hacer algo así? Debía estar alucinando, así que respiró hondo y siguió su camino, decidida a ignorar aquel extraño presentimiento que aún la acompañaba.

CAPÍTULO 44

Nadia levantó la mirada y observó el hermoso perfil de Marco mientras cogía una fresa del plato que tenían frente a ellos. Los dos estaban desnudos y degustaban un exquisito postre con nata mientras trataban de volver a la realidad después del increíble orgasmo que habían compartido unos minutos antes. Aún no podía creerse que fuera a pasar la noche con él de nuevo. Había momentos, como aquel, en que sentía que estaba viviendo un sueño. Estaba en la cama junto al hombre más guapo que había visto en su vida y, por algún motivo que aún no podía comprender, parecía bastante interesado en ella. Aunque no podía negar eso que no era todo lo que deseaba, puesto que siempre iba a necesitar más de él, era mucho más de lo que nunca había esperado, y por lo tanto con eso se conformaba... por el momento.

—¿Quieres una? —Escuchó preguntar de repente, sacándola al instante de su ensoñación. No pudo evitar esbozar una gran sonrisa cuando observó a Marco mirándola expectante. Conocía esa mirada a la perfección, al igual que lo que significaba.

—Claro... —Dijo antes de observar cómo sus largos dedos acercaban una fresa repleta de nata a sus labios. Estaba, simplemente, deliciosa.

—Vaya, te has manchado... —Apuntó Marco antes de acercarse lentamente a su boca y lamer la comisura con delicadeza. Nadia cerró los ojos, disfrutó del momento, hasta que Marco decidió al fin retirarse de su lado. Volvió a su lugar al otro extremo de la cama y siguió comiendo fruta como si no hubiera pasado nada, mientras ella sentía que la había encendido de nuevo. No sabía si esa había sido su intención, pero estaba claro que, fuera como fuera, una vez más lo había conseguido sin ningún esfuerzo. Nadia bajó la mirada y esperó a que sus mejillas volvieran a su color natural antes de hablar de nuevo.

—Bueno... ¿Qué tal el día? ¿Has tenido mucho trabajo?

—Bastante... —Marco respondió entre bocados sin darle ninguna importancia, pero para Nadia aquella conversación aparentemente intrascendente era importante. Por una vez, había pensado que aparte de compartir tiempo en la cama podían hablar como una pareja normal y corriente, a pesar de que no estaba del todo segura de que lo fueran, y, para su sorpresa, por primera vez tampoco la preocupaba demasiado. Marco estaba allí, a su lado, y su forma de buscarla los últimos días demostraba que le interesaba más de lo que deseaba admitir. Por el momento eso era suficiente, pero él la gustaba demasiado como

para limitar sus encuentros a simples aproximaciones sexuales. Quería conocerlo más a fondo, y la única forma que se la ocurría por el momento era hablando con él, así que decidió que lo mejor era hacer precisamente eso.

—¿Estás con algún caso importante? —Nadia se mordió el labio al darse cuenta de que no sabía apenas nada de él. Estaba casi segura, por algunas conversaciones que había escuchado en el trabajo, de que era abogado, pero no tenía idea de nada más y necesitaba saber todo lo posible sobre él, todo lo que él quisiera compartir con ella al menos, que, por el momento, no era demasiado.

—Un par, sí. Pero no son demasiado complicados... —Dijo él mirándola a los ojos de repente. El fuego que desprendían era abrasador, pero Nadia supo que debía dejar el sexo a un lado al menos durante un rato si quería mantener una charla agradable con el hombre que la acompañaba.

—¿Qué quiere decir eso?

—Pues que están ganados, preciosa —Dijo con una sonrisa arrogante que recordaba haber visto varias veces en el pasado —Sólo eso.

—Entonces, no parece demasiado interesante. Ya sabes, si no hay emoción...

—Siempre hay emoción. Pero yo soy muy bueno, y siempre gano.

Nadia se quedó perpleja ante aquella afirmación, que sólo provocó más dudas, más sed de conocimiento por el hombre perfecto que tenía ante ella.

—¿Nunca has perdido un caso? —Preguntó alucinada.

—No —Respondió Marco sin dudar mientras negaba con la cabeza —No es lo mío... ¿Por qué te sorprende tanto?

Nadia se lamió los labios con la lengua, tratando de buscar una respuesta lógica a aquella extraña pregunta.

—Pues... no sé... Es raro... ¿Tú conoces a algún abogado que nunca haya perdido un caso?

—Claro que sí: los que son buenos —Su afirmación fue irrefutable, así que Nadia decidió cambiar de tema.

—Y, ¿siempre quisiste ser abogado?

Aquella pregunta debió ser un poco más intensa de lo que pensaba, porque Marco dejó de masticar y la miró un momento con curiosidad, pero al final asintió con la cabeza.

—Sí, supongo ¿Por qué?

—Por nada... Sólo... Estoy intentando conocerte, eso es todo —Explicó ella sintiendo como sus mejillas se acaloraban de nuevo.

—¿Conocerme? —Marco se acercó a ella con una pícaro sonrisa mientras se relamía la nata que quedaba en sus labios —¿Aún quieres conocerme más? Yo creía que ya me conocías bastante...

Nadia no pudo evitar sonreír al ver el pícaro gesto alegre de Marco cuando

pronunció aquellas palabras. No cabía duda de a qué se refería, pero aún así negó con la cabeza, decidida a ser sincera.

—Sí. Conozco tu cuerpo a la perfección, pero también quiero conocer tu mente...

—Vaya... Eso sí que no me lo esperaba —Marco no apartó los ojos de Nadia ni un solo segundo mientras hablaba —Yo creí que con mi cuerpo tenías suficiente...

—Pues te equivocabas... —Nadia se quedó muy seria mientras esperaba que Marco contestase ¿Acaso para él era suficiente con conocer su cuerpo? Parecía que era así, y no podía negar que eso la decepcionaba un poco, pero estaba tan feliz de tenerlo allí, junto a ella, que de algún modo todo lo demás carecía de importancia en ese momento.

—Bien... Entonces, creo que yo también tengo derecho a saber cosas de ti...

—Supongo —Dijo ella recuperando la sonrisa mientras se encogía de hombros. Al parecer, Marco también estaba interesado en su mente, y no sólo en su cuerpo —¿Qué quieres saber?

Nadia esperó mientras Marco pensaba su respuesta con un gesto cómico de reflexión mientras se acariciaba el mentón con los dedos.

—Pues ahora mismo... Me gustaría saber... Cómo te trata mi hermano, por ejemplo.

Nadia amplió su sonrisa al escucharlo. Aquel tema era muy sencillo. No podía negar que adoraba a Alessandro. Por suerte, la primera impresión que había tenido de él había sido errónea, pero en realidad era un jefe bueno y atento.

—Muy bien... Es un buen jefe. No tienes que preocuparte por eso.

—No me preocupa. Es simple curiosidad... —Nadia no comprendió aquellas palabras, pero no tenía ninguna intención de preguntar al respecto, sobre todo cuando Marco amplió también su sonrisa y se acercó a su cuello para succionarlo con fuerza, mientras su mano subía lentamente por su pierna hasta su sexo. Nadia sintió como un escalofrío la recorría entera y pudo percibir la sonrisa que apareció en su boca cuando la apretaba contra su piel de nuevo —En realidad, ahora mismo me preocupan más otras cosas... —Añadió mientras acariciaba su pelo, obligándola a tumbarse boca arriba para darle pleno acceso a su cuerpo.

—¿Como qué? —Preguntó ella con la voz entrecortada, sintiendo como cada una de sus caricias encendían su cuerpo de nuevo.

—Quiero saber... —Marco se tomó su tiempo, mientras Nadia se mordía el labio, tratando de controlar su deseo —¿Cómo es posible que seas mía?

Nadia abrió los ojos de repente y observó que Marco se había quedado muy serio de nuevo, y, aunque no había parado de tocar su parte más sensible, en

aquel momento sus ojos transmitían algo más que puro deseo. Nadia no pudo evitar sonreír antes de que su mano se elevara para acariciar su rostro perfecto.

—No sé. Quizá no haya un motivo concreto, pero está claro que es cierto...

Marco se abalanzó sobre ella al escuchar aquellas palabras y la hizo callar con un beso. Sus labios rodaron por su cuerpo, provocándola tal placer que a punto estuvo de estallar en mil pedazos antes de tiempo, y finalmente la penetró con fuerza, mientras sujetaba su rostro entre las manos, decidido a no apartar la vista de su cara, embebiéndose en cada mirada, en cada gesto, mientras ambos llegaban juntos al orgasmo más intenso que habían sentido en toda su vida, y que les dejó exhaustos durante bastante tiempo.

CAPÍTULO 45

Aquel viernes Nadia quería al fin olvidarse del trabajo y vivir una noche de libertad... y, por supuesto, Miriam estuvo más que de acuerdo en eso. Aún no podía creerse que la extraña relación que había empezado a mantener con Marco fuera tan bien, pero después de unos días empezaba a hacerse a la idea. Al contrario de lo que nunca hubiera podido imaginar, Marco se portaba con ella de una forma tan atenta y cariñosa que apenas era capaz de respirar cuando estaba a su lado, y aunque eso no fuera ninguna garantía de nada, estaba claro que al menos parecía una buena señal, algo que le daba fuerzas para seguir luchando por conseguir su objetivo con él: una relación real, en la que no hubiera lugar para las dudas y los arrepentimientos. Y eso era algo que merecía la pena, aunque no fuera una apuesta segura por desgracia. Al parecer, Miriam comprendió su situación con demasiada facilidad, tanto que no tardó en mostrarse preocupada.

—Entonces... Lo que me estás queriendo decir es que has empezado una relación seria con Marco...

—Sí, algo así... —Admitió Nadia, a pesar de que no estaba segura de lo que significaba para ella la palabra «seria».

—¿Como que algo así? ¿Es que no estás segura...? ¿No lo habéis hablado? —Preguntó Miriam confundida.

—No... Bueno, no exactamente... Marco es una persona... muy especial. No es de los que habla demasiado de sus sentimientos, y no quiero asustarlo...

Miriam apretó los labios en un gesto preocupado que a Nadia no le pasó desapercibido.

—Pero... Entonces, ¿cómo sabes que vuestra relación va bien? ¿Cómo sabes que vais en serio, y que lo que hay entre vosotros avanza, si él no te ha dicho nada? No lo comprendo.

—Pues no sé... Es como un sentimiento —Explicó Nadia, tratando de ser sincera, antes de dar un sorbo a su vodka con zumo de piña mientras trataba de organizar sus pensamientos —Antes le veía más cerrado, pero ahora parece cada vez más abierto conmigo...

—O sea, que ha dicho lo que siente por ti...

—No... No exactamente. Creo que, más bien, lo ha insinuado...

—¿Crees? —Miriam empezó a mostrarse bastante preocupada ante lo que estaba escuchando, y eso hizo desvanecerse la sonrisa de Nadia al instante —

¿Eso crees? ¿Crees que lo insinúa? ¿Qué significa eso?

—Significa que... —Nadia se mordió el labio tratando de entender lo que quería transmitir a su mejor amiga, pero pronto se dio cuenta de que era más complicado de lo que la hubiera gustado, porque ni siquiera ella misma lo entendía del todo —La verdad es que no lo sé... Oye, ¿esto es una charla de bar? Porque no lo parece para nada...

—No. No es una charla de bar aunque estemos en un bar, Nadia —Contestó Miriam cada vez más consternada —Es una charla de una amiga que cree que te estás equivocando... Eso es todo.

—¿En qué? ¿En qué me estoy equivocando, según tú?

—En que te estás haciendo ilusiones por un tío que, en realidad, no te ha prometido nada.

Nadia sintió cómo si le arrojasen un cubo de agua fría en cuanto escuchó aquellas palabras ¿Era eso cierto? Porque, sin duda, así lo parecía. En realidad, Marco no había expresado lo que sentía por ella de forma directa en ningún momento. Únicamente había pasado muchas noches con ella en la cama y había adorado su cuerpo, pero apenas habían hablado de nada íntimo, aunque ella deseara hacerlo a menudo, y, aunque parecía mucho más tranquilo a su lado, en ningún momento la había comunicado que quisiera una relación más seria con ella, así que lo más probable era que Miriam tuviera razón y se estuviera equivocando, pero aunque objetivamente no cabía duda de que eso era lo más probable, algo en su interior la transmitía que, por alguna razón que no era capaz de explicar, ella sabía que sentía algo por ella mucho más fuerte que el sexo, aunque no pudiera explicar cómo lo había averiguado.

—Vale, no niego que lo que digo puede sonar raro... Incluso a mí misma me está sonando raro ahora mismo... Pero te aseguro que sé de lo que hablo. Marco no está jugando conmigo, si es lo que piensas. Yo le importo de verdad, no soy una más... Puedo sentirlo cada vez que estoy a su lado...

—¿Y cómo es posible que estés segura de algo así sin que él te lo diga, Nadia?

—No sé explicarlo, pero es así, créeme. No tengo ninguna duda. Marco ha cambiado mucho conmigo en los últimos días... Eso es algo que simplemente se sabe, hazme caso.

Miriam no parecía demasiado convencida, pero aún así asintió con la cabeza.

—Bueno, entonces, supongo que vuestra relación es exclusiva...

—Claro, por supuesto —Nadia no dudó un instante en responder a pesar de que, una vez más, debía admitir, al menos ante sí misma que en ningún momento habían hablado de eso. Pero, a pesar de todo, no la cabía duda de que era así, por lo que supuso que era mejor dejarlo claro.

—Bueno, algo es algo. Entonces, creo que a pesar de todas mis dudas tengo que empezar a alegrarme por ti... ¿no es cierto?

Nadia vio como la sonrisa de su mejor amiga regresaba de nuevo a sus labios, y sus nervios se calmaron. Lo cierto era que, por mucho que estuviera convencida de que su relación iba por buen camino, las cosas no estaban lo suficientemente afianzadas como para estar en disposición de dar tantas explicaciones, así que aquella conversación no la estaba ayudando en nada.

—Sí, eso me gustaría.

—Entonces, eso haré —Admitió Miriam guiñándola un ojo —Si es lo que tú deseas, tienes todo mi apoyo, ya lo sabes —Miriam la miró con curiosidad antes de añadir: —Bueno, y también un poco de envidia... Tienes un hombre guapo y maravilloso que parece feliz a tu lado... ¿Cuándo voy a conseguir yo eso?

—Cuando empieces a buscarlo —Aseveró Nadia antes de empezar a reír a carcajadas junto a su mejor amiga. En el fondo, ambas eran plenamente conscientes de que Miriam no estaba preparada para una relación así, y por lo tanto no podía envidiarla demasiado en ese aspecto.

—Bien. En ese caso, supongo que empezaré un día de estos... —Miriam miró alrededor antes de detener sus ojos en un hombre alto y robusto que la observaba con fijeza —Pero hoy no, eso está claro.

—Ya lo veo... —Nadia volvió a reír y Miriam volvió a fijar la vista en ella de nuevo.

—Bueno, pues entonces veo que estos días las cosas te han ido bien. Me alegro mucho...

—Sí, la verdad es que no puedo quejarme, excepto... —Nadia se detuvo en cuanto comenzó la frase, pero para ese momento Miriam ya se había percatado de que algo la preocupaba, así que perdió una vez más la sonrisa y la miró turbada mientras alargaba la mano para coger la de ella, tratando de darle valor para que continuara.

—¿Excepto qué? ¿Ha ocurrido algo en el trabajo? —Preguntó cada vez más angustiada. Nadia sonrió abiertamente, tratando de restar importancia a sus absurdas ideas neuróticas, antes de continuar.

—No, no es eso... En realidad, no pasa nada, ni siquiera sé por qué lo he mencionado.

—Pues yo preferiría que me lo contaras, sea lo que sea...

Nadia dudó un momento, pero finalmente asintió con la cabeza, sabiendo que seguramente en cuanto lo contara en voz alta se daría cuenta de lo absurdo que era lo que la estaba ocurriendo.

—Vale, como quieras, pero no te preocupes, sé que no es nada... Verás... —Nadia se mordió el labio antes de continuar —Últimamente creo que tengo

manías persecutorias...

—¿Cómo dices?

Nadia asintió con la cabeza mientras trataba de aguantar la risa, lo que dejaba claro que no se tomaba aquello demasiado en serio.

—Lo que oyes... Últimamente siento como si alguien me siguiera... Es muy raro... Pero supongo que es por el estrés del trabajo. Seguro que se me pasa pronto...

Miriam la miró con una pequeña sonrisa, tratando de comprender lo que la estaba explicando.

—Pero, ¿has visto a alguien?

—No... No, nunca he visto a nadie, en realidad —Confesó volviendo a quedarse seria de nuevo —Nunca he visto a nadie en concreto... Es más bien como un presentimiento... Es muy extraño, la verdad. Creo que estos días he dormido poco y seguramente debe de ser por eso. En cuanto descanse como es debido se me pasará, estoy segura.

Miriam no pareció demasiado alarmada por lo que estaba escuchando, así que sonrió y asintió una vez más con la cabeza.

—Sí, seguro que tienes razón. Además, siempre has sido muy dramática...

Nadia también hizo un gesto de afirmación con la cabeza, mostrándose de acuerdo.

—Desde luego, tienes razón. Siempre he sido muy exagerada...

Miriam se relajó cuando ambas llegaron a esa conclusión, lo que calmó los nervios de Nadia al instante, sobre todo cuando levantó su copa para brindar con su mejor amiga.

—Entonces, brindo por eso.

Nadia pasó el resto de la noche riendo despreocupada junto a su mejor amiga, hasta que llegó la hora de marcharse porque se encontraba bastante cansada. Entonces, se puso en pie y empezó a buscar un taxi. Cuando vio que todos estaban ocupados empezó a caminar hacia su casa, con la esperanza de que alguno libre se dignase a parar en breve, dado que Miriam se había quedado en el bar con el cachas que había visto poco antes, y fue entonces cuando pudo sentirlo, como si de cuchillos de hielo se tratase. Una vez más, podía sentir una mirada clavada en su cuerpo, aunque cuando se detuvo y miró alrededor, al igual que las veces anteriores, no vio a nadie. La calle estaba oscura y desierta, y no había un alma a su alrededor que apoyase sus extraños presentimientos. Empezó a caminar de nuevo muy despacio, decidida a escapar de lo que fuera que estaba ocurriendo, cuando de repente vio un taxi delante de ella. Sin pensarlo demasiado, levantó la mano y el taxi dio la vuelta para rescatarla de sus absurdas obesiones y, al fin, llevarla a casa.

CAPÍTULO 46

Nadia levantó la mirada para ver a Marco de repente frente a ella. Era como si, desde hacía unos días, estuviera viviendo un sueño con su príncipe azul, y al contrario de lo que esperaba, se había acostumbrado con mucha más facilidad de lo que podría haber imaginado. Marco llevaba unos días yendo a recogerla al trabajo, con la excusa de saludar a su hermano a esa hora, y ella se sentía tan extasiada de felicidad que lo único que deseaba era gritarlo a los cuatro vientos, aunque por miedo había intentado aparentar naturalidad al respecto: empezaba a sentir por Marco algo mucho más fuerte de lo que le parecía saludable, y no estaba segura de que eso fuera algo bueno, por muy bien que se estuviera desarrollando su relación últimamente, pero estaba tan contenta que se negaba a pensar en ello. Sólo deseaba disfrutar el momento por una vez en su vida, y eso era, precisamente, lo que estaba haciendo.

—¿Has terminado ya? —Preguntó Marco de repente a su lado, a pesar de que en realidad ya sabía la respuesta.

—Sí, claro. Voy a coger mi bolso y nos vamos.

—Perfecto.

Nadia entró en el coche de Marco sin dar importancia al hecho de que fuera él quien condujera en lugar de su chófer, cuando un olor muy peculiar invadió sus fosas nasales de repente.

—¿Qué es eso? —Preguntó frunciendo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A ese olor que me está haciendo sentir que me estoy muriendo de hambre.

Marco esbozó una pequeña sonrisa antes de asentir con la cabeza.

—Ah, sí. Eso... He pensado que hoy podemos ir a mi casa y cenar allí, así que me he tomado la libertad de comprar un poco de sushi para cenar... ¿Qué te parece?

Nadia sonrió también sin dudar un solo instante antes de asentir mientras mantenía la mirada fija frente a ella.

—Pues has tenido una muy buena idea... La verdad es que estoy ansiosa por probar el sushi...

—Yo creí que estarías más ansiosa por probarme a mí...

Nadia no pudo evitar que una carcajada se escapara de su garganta al escuchar aquello.

—Sí, eso también... —Admitió con sinceridad —Pero habrá que dejarlo para

luego, a no ser que quieras que me desmaye...

Marco amplió su sonrisa antes de decidirse a contestar.

—Bueno... En ese caso, supongo que habrá que dejarlo para luego...

Sin embargo, sus actos no correspondieron sus palabras, y en cuanto entraron por la puerta de su casa, tiró la bolsa de comida sobre la mesita de la entrada y se lanzó hacia Nadia sin compasión, poseyendo sus labios mientras empezaba a despojarla de su ropa hasta dejarla desnuda por completo.

—Creí que íbamos a cenar antes... —Se quejó ella entre jadeos, sin convicción, contra sus labios.

—He cambiado de idea. Te necesito ahora mismo y no puedo esperar más.

En ese momento, Nadia se abandonó en los brazos de Marco tal como hacía de forma habitual, sabiendo que nunca podría rechazarle cuando la deseaba. Además, no podía negar que, por muy hambrienta que estuviese, le había echado tanto de menos que no podría apartarse de su cuerpo de ninguna manera. De ese modo, se tumbó en el suelo cuando Marco la guió y, permitiendo que sus dedos se enredasen en su cabello cobrizo, sintió cómo los labios de Marco rodaban por su pecho hasta su estómago, mientras sus manos realizaban su magia habitual en su sexo, hasta que la humedad de su interior fue ideal y Marco desabrochó sus pantalones y decidió penetrarla por completo. Un suave grito escapó de sus labios en ese momento, mientras Marco la miraba a los ojos con fijeza. Sus iris castaños escupían fuego cada vez que embestía con fuerza en lo más profundo de su ser, provocándola tal placer que a punto estuvo de desmayarse. Marco parecía decidido a poseerla con mucho más énfasis que en ocasiones anteriores, y ella no era capaz de comprender el motivo, pero lejos de preguntárselo, decidió olvidarlo y disfrutar el momento, enredándose en su cuerpo mientras gozaba tanto que incluso creyó que iba a estallar, mientras Marco se adentraba en su interior con urgencia. Ambos se vieron sorprendidos por un espectacular orgasmo poco después, y en cuanto el placer finalizó, Marco se dejó caer sobre ella, descargando la tensión sobre su torso, mientras luchaba para que su respiración se normalizara de nuevo.

—Me encanta que siempre estés dispuesta... —Comentó al fin, mientras se incorporaba para sentarse a su lado, a pesar de que ella no hizo amago de moverse mientras sus ojos lo seguían desde el suelo —Eres increíble...

—Gracias —Dijo ella entre jadeos, sin saber qué más podía contestar a sus palabras. Lo cierto era que no sonaban demasiado románticas, pero tampoco era necesario. Marco estaba allí, a su lado, cuando podría estar en cualquier otro lugar y con la compañía que deseara, y eso era lo único en lo que tenía intención de concentrarse en ese momento.

—No, gracias a ti. Eres... muy diferente a lo que esperaba.

Por un instante, Nadia se sintió confundida, pero no quiso responder a aquellas palabras para no estropear el momento, pero finalmente decidió que al menos en aquella ocasión tenía que averiguar lo que había querido decir con aquello. No sabía por qué pero le sonaba a un insulto, y no le gustaba nada.

—¿A qué te refieres?

Marco sonrió mientras se abrochaba, y luego negó con la cabeza.

—A nada... Sólo que... Cuando te conocí, me pareciste un reto. A primera vista, me diste la impresión de ser la típica puritana que sólo desea casarse, y la forma en que me rechazaste después no hizo más que confirmar mis sospechas, pero por lo que veo está claro que me equivocaba.

Por un instante, Nadia no supo como contestar a aquello. Desde luego, no se consideraba una puritana, pero no comprendía qué tenía de malo el matrimonio, y por supuesto que quería casarse cuando llegara el momento, aunque por lo que había transmitido Marco con sus palabras, no era su objetivo en un futuro cercano.

—No te entiendo... ¿Es que hay algo de malo en casarse?

Marco perdió la sonrisa al instante antes de fijar su mirada en ella, aunque su gesto volvió a ser frío de nuevo, y, de repente, no transmitía nada.

—No... Claro que no. No quería decir eso...

—¿Entonces qué querías decir?

Marco se dio cuenta de que aquella conversación no podía terminar bien de ninguna manera, así que recuperó su característica sonrisa, y negó con la cabeza.

—Nada. No quería decir nada. Olvida lo que he dicho y vamos a cenar, ¿de acuerdo?

Nadia quería decir que no estaba de acuerdo. Por primera vez, empezaba a darse cuenta de que quizá Miriam tuviera razón y aquella extraña relación para Marco no significaba nada. Quizá era el momento de aclararlo, pero el sushi olía de maravilla, al igual que Marco, y supuso que comenzar una conversación que era más que probable que terminara en una terrible discusión no era lo más adecuado cuando estaba tan hambrienta, así que ignoró sus sentimientos una vez más, y, forzando una sonrisa, asintió con la cabeza.

Poco a poco, los nervios que la habían atenazado la garganta empezaron a relajarse con cada pedazo de sushi que devoraba. La tensión dio paso a una charla agradable mientras ambos cenaban juntos en la cama donde poco después se quedaron dormidos. Mientras iba perdiendo la consciencia, Nadia empezó a dudar si, a pesar de lo feliz que se sentía junto a Marco, estaba cometiendo un grave error al estar a su lado. Al fin y al cabo, él no parecía sentirse tan interesado en ella como pensaba, y los sentimientos de Nadia por él cada vez iban creciendo más, hasta el punto de que, en ese momento, empezaba a estar

segura de que lo amaba, pero antes de que pudiera pensar mucho más sobre aquello, su reflexión se vio acallada cuando perdió el conocimiento.

CAPÍTULO 47

La apacible quietud de la noche se vio interrumpida de repente por un molesto zumbido que no cesaba. Nadia trató de no despertar de su dulce sueño, pero poco a poco se vio obligada a hacerlo, a pesar de que la realidad no le atrajera tanto como el hermoso sueño en que se encontraba. Sus ojos se abrieron muy despacio, y ella trató de ver lo que estaba ocurriendo, pero era complicado debido a los ruidos que escuchaba a su alrededor. Aunque tardó un rato, poco a poco empezó a distinguirlos con mayor claridad. Un par de sonidos sordos dieron lugar a la voz de un hombre, y aunque fue capaz de escuchar las palabras que decía, no fue capaz de asimilar su contenido... todavía.

—¿...Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado? ... No, dímelo ahora. Hablo en serio ... Joder ... Mierda, estaré ahí en cinco minutos ... Me importa una mierda lo que creas. Voy para allá.

Incluso en medio de su ensoñación, Nadia se percató de que aquella conversación era extraña. Un nuevo ruido le provocó un escalofrío que sacudió todo su cuerpo, despertándola por completo al instante. Se incorporó hasta quedarse sentada y trató de abrir los ojos, observando alrededor. Todo estaba más o menos como lo había dejado... excepto que Marco no estaba tumbado con ella en la cama. No comprendía adónde podía haberse marchado, pero poco a poco se dio cuenta de que había desaparecido de su habitación. Sin dudar un instante, se puso en pie y salió del cuarto donde se encontraba, que de repente le parecía tan frío y distante como su dueño, a pesar de la calidez y tranquilidad que la había transmitido la noche anterior. Por suerte, escuchó un nuevo ruido cuando atravesó la puerta de la cocina, lo que le indicó que, al menos, no estaba sola. En unos pasos más, Nadia vio a Marco al fin frente a ella, aunque ni siquiera se había percatado de su presencia todavía. Corría a toda velocidad poniéndose unos vaqueros y una camiseta antes de coger las llaves y el móvil, y estaba a punto de salir por la puerta sin ni siquiera avisarla, cuando decidió que debía hacer algo, así que se obligó a hablar, aunque se sentía tan confundida que no sabía qué debía decir.

—¿Te vas? —Preguntó al fin, desconcertada. Marco se dio la vuelta en ese momento y se la encontró allí, semidesnuda, tapada únicamente con su sábana de seda negra. Lo cierto era que aquella visión de su piel pálida fuertemente contrastada con la oscuridad de su sábana era tan hermosa que casi lo dejó sin aliento, pero por desgracia tenía un asunto urgente que atender, y no podía

demorarse más.

—Sí —Dijo volviendo en sí. Bajó la mirada, y empezó a buscar algo a su alrededor, ignorando a Nadia de nuevo, lo que provocó que ella empezara a sentirse frustrada.

—¿Y no pensabas despedirte de mí? —Preguntó cada vez más confundida. En realidad, la noche anterior había sido maravillosa, prácticamente perfecta en todos los aspectos, tanto que ella incluso empezaba a estar dispuesta a admitir que sus sentimientos por él habían aumentado lo suficiente para llegar al grado de que lo quería de verdad, a pesar de lo poco que lo conocía, algo que, por desgracia, estaba comprobando en ese momento. Por algún motivo que no llegaba a comprender, Marco había decidido marcharse en mitad de la noche sin comunicárselo ni explicarla el motivo que le había llevado a abandonarla ¿Acaso para él no había sido una noche perfecta? ¿Al fin había conseguido de ella todo lo que deseaba y estaba dispuesto a dejarla para dar paso a su próxima conquista? Quizá había hecho una apuesta para comprobar lo que estaba dispuesta a aguantar de él, cuántas humillaciones y afrentas era capaz de soportar antes de apartarse de su lado... aunque era difícil de creer, porque cuando habían hablado juntos no parecía estar fingiendo, pero quizá fuera mejor actor de lo que pensaba. En un segundo, todas las posibilidades se unieron en su mente hasta colapsarla, y no tuvo más remedio que esperar hasta que Marco decidió contestarla, aunque por su mirada ya suponía que su respuesta no iba a complacerla en absoluto.

—No tengo tiempo...

Nadia miró el reloj que había colgado en el salón. Eran las cinco y media de la madrugada... Era una hora poco corriente para que hubiera una urgencia en su trabajo como abogado, pero no era imposible.

—¿Un asunto de trabajo?

—No, es personal... —Marco cogió al fin la cartera que había estado buscando durante los últimos segundos, y se dispuso a salir de su casa sin decir nada más.

—Pero... ¡Espera! —Gritó Nadia, desesperada. Marco se dio la vuelta y la observó un instante, irritado.

—Te he dicho que no tengo tiempo...

—Lo sé, pero, si vas a dejarme sola en mitad de la noche, al menos tendrás que decirme qué está ocurriendo... —Exigió ella con una voz suave que contradecía sus intenciones. Y entonces fue cuando lo vio con claridad. Marco esbozó una sonrisa que no la gustó nada antes de dar un par de pasos para avanzar hacia ella. De repente, no parecía el mismo hombre de la noche anterior. Su gesto era siniestro, hasta tal punto que incluso llegó a darla miedo, razón por

la cual dio un par de pasos atrás mientras él avanzaba, hasta que se detuvo al fin, y ella hizo lo mismo, quedándose petrificada en donde estaba.

—¿Qué quieres decir, Nadia? ¿Es que crees que yo te debo algo? —Preguntó con un tono de voz brusco y agresivo en absoluta consonancia con el gesto que lo acompañaba —Me parece que estás muy equivocada... —Nadia quiso hablar, pero cuando abrió la boca, las palabras no atravesaron su garganta. No comprendía muy bien cómo, pero se había quedado paralizada. Era como si su cuerpo se hubiera adormecido, en consonancia con su mente, y no podía hablar, ni moverse, ni siquiera pensar, mientras esperaba las siguientes palabras de Marco, sabiendo de algún modo que iban a destrozarla —Tú y yo no somos nada. No tengo porqué explicarte nada. Nunca te he dicho que seamos pareja, y nunca vamos a serlo, joder. Eres más ingenua de lo que pensaba, pero no tienes ni puta idea de dónde te estás metiendo... —Marco se detuvo en ese momento, como si se hubiera arrepentido de sus últimas palabras, cerrando los ojos un instante antes de volver a clavarlos en los de Nadia, ignorando la humedad que empezaba a formarse en ellos al escuchar sus duras palabras —Se acabó. Esto no tiene sentido, así que lárgate de aquí. No quiero verte cuando vuelva.

Y, con aquella dura orden, se dio la vuelta y se marchó al fin, dando un fuerte portazo al salir que estremeció cada centímetro del cuerpo de Nadia. Entonces, todo quedó en silencio. Ella trató de asimilar lo que había ocurrido, aunque no era capaz de conseguirlo. Marco, el hombre dulce y maravilloso al que se había entregado la noche anterior, se había convertido de repente en un ser malvado y agresivo que incluso había llegado a asustarla antes de echarla literalmente de su casa. Después, se había marchado sin ni siquiera despedirse ni darle explicaciones sobre su comportamiento. Era tan extraño que apenas podía pensar en ello, pero poco a poco el peso de lo que había ocurrido empezó a caer sobre ella como una losa. No comprendía el motivo, y nunca iba a hacerlo, porque él no tenía intención de aclarar nada, pero finalmente había pasado lo que tanto había temido: Marco la había despedido sin contemplaciones y no quería volver a verla. Eso era lo único que la había quedado claro de aquella extraña charla. Nunca iba a volver a estar con él, excepto cuando fuera a visitar a su hermano, y ella tuviera que soportar la humillación de verlo después de cómo la había tratado. Estaba claro que había cometido un grave error al mantener una relación con él, y mucho más al darle otra oportunidad para que él, una vez más, la desaprovechara. Era un hombre cruel y despreciable, al fin lo había visto con claridad, y no iba a continuar engañándose. En cuanto llegó a aquella conclusión, sus piernas fallaron y cayó al suelo mientras sus lágrimas resbalaban al fin por sus mejillas, rindiéndose al fin a la realidad: todas sus ilusiones se habían hecho añicos. Marco había roto su corazón después de tenerlo entre sus

manos, y no había sentido remordimientos. Y fue entonces cuando vio con claridad lo que había pasado, y tomó una decisión irrevocable: no iba a volver a verlo. Iba a ser mucho más fuerte de lo que pensaba, y no iba a demostrarle el daño que la había hecho, pues supuso que ese era parte de su plan para sentirse un hombre poderoso, y no tenía ninguna intención de entrar en su juego. Por destrozada que estuviera, iba a marcharse con la poca dignidad que la quedaba e iba a continuar con su vida hasta que hubiera superado su ofensa por completo. Iba a ser fuerte hasta que ese hombre que tanto daño la había hecho no fuera más que un recuerdo abominable de un mal sueño.

FIN DE LA 1ª PARTE (Ya tienes disponible en amazon la 2ª)